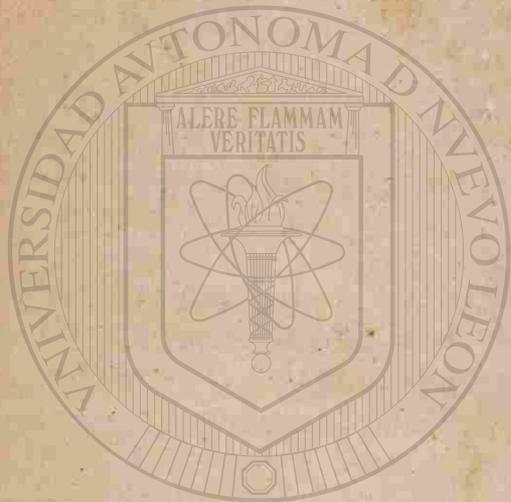


7
DAD A
CIÓN G



1080046200



646 B#140

84-3

B

OBRAS ESCOJIDAS

DE

M. DE BALZAC.

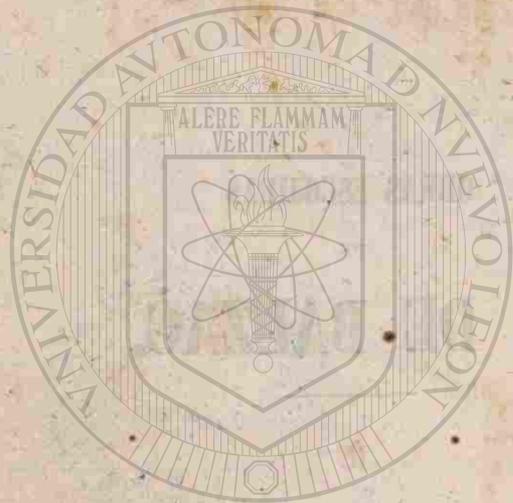
II.

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE IGNACIO OLIVERÉS.

LA

PIEL DE ZAPA.

TRADUCCION

de L. C.

TOMO I.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

111517

Barcelona.

LIBRERIA DE DON JUAN OLIVERES,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.

29645

PA 2167
p6
56



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO BIBLIOTECA SURFICA

La piel de zapa.
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PIEL DE ZAPATA

I.

A fines del pasado octubre y á la hora de abrirse las casas de juego, segun la ley que protege, en Paris, á una pasion esencialmente productiva para el fisco, entró un jóven en el *Palais-Royal* y subi6se sin titubear al trinquete establecido en el número 39.

¿Y el sombrero? grit6le con voz seca y regañona un viejote parapetado en un rinc6n oscuro, que al levantarse con celeridad mostr6 una cara marchita é inoble.

Al que entra en una casa de juego, la ley comienza por quitarle el sombrero. ¿Será este la prenda que se le ecsije como gaje de un pacto infernal? ¿Se querrá por ventura obligársele á guar-

dar decoro ante los que le han de ganar el dinero? ¿Acaso es una curiosidad de la policía, que rejistrando todas las inmundicias sociales, está interesada en saber el nombre del sombrerero, para lo que pudiere acaecer? ¿O servirá por fortuna para tomar la medida del cráneo y formar una instructiva estadística acerca de la capacidad cerebral de los jugadores? Sobre este particular reina un silencio completo en la administración.

Lo cierto es que apenas se ha dado un paso hácia la banca, ya no le pertenece al hombre su sombrero mas de lo que él á sí mismo. Entonces pertenece al juego, él, toda su hacienda, hasta su sombrero, capa y baston. Cuando salga, el *juego*, le probará por un atroz epigrama en acción, que todavia le deja alguna cosa con devolverle la prenda que prestó; pero si por ignorancia iba con vestido nuevo, á expensas propias aprenderia que debe irse con traje de jugador.

La admiración manifestada en el semblante del desconocido que habia subido al trinquete, cuando le dieron una tarjeta numerada, indicaba bastante una alma todavia inocente.

El vejete que sin duda se habia encenegado desde su tierna adolescencia en los atroces deleites de los jugadores, le lanzó una mirada lánguida y fria, en la que un filósofo habria leído todas las miserias del hospital, las truanerías de la jente arruinada,

los sumarios de una infinidad de suicidados, la galeras perpetuas, las espatriaciones al nuevo mulo...

Aquel hombre que no vivia ya mas que de ados de jelatina, presentaba una viviente imagen á la pasión reducida á su término mas simple. En las arrugas de su cara se veían vestijios de inveteralos padecimientos. Aquel hombre debía jugar su escasa paga el dia mismo en que la recibia. Finalmente, parecido á un rocin á quien los latigazos no hacen acelerar el paso, no se estremecia ya por los sordos gemidos, mudas imprecaciones, y horribles miradas de los jugadores, que salian arruinados. Era el juego personificado.

Si el jóven hubiese contemplado bien aquel terrible Cerbero, se hubiera dicho tal vez á sí mismo:

— En aquel corazon no hay mas que un juego de naipes....

Ma, no escuchó el desconocido ese consejo material, colocado allí por la providencia asi como ha puesto a hediondez á la puerta de todo lugar malo... no; entró resueltamente en la sala donde se dejaba oír la pestijiosa música del oro... Aquel jóven iba allí arrastido probablemente por la mas lójica de tantas eloquentes frases de J.-J. Rousseau cuyo triste sentido es, sino me engaño, el siguiente:— *Si, concibo qu un hombre vaya al juego; pero unicamente cuandentre él y la muerte no vé mas que su postretr dudo...*

Allí se ven muchos hombres honrados que van á buscar distracciones, las cuales pagan de la misma manera que pagarían el placer del teatro ó de la fonda; del mismo modo que irían á comprar en un burdel y con poco dinero, remordimientos para tres meses.

¿Pero puede comprenderse toda la enerjia, todo el delirio que debe fermentar en el espíritu del hombre que espera con impaciencia la apertura de un trinquete?...

Del jugador de la mañana al de la tarde vá la diferencia que distingue al marido negligente del amante enajenado rondando bajo los balcones de su dama... Por la mañana llega solamente la pasión palpitante y la necesidad en su horror franco.... Entonces si que se puede admirar á un verdadero jugador, á un jugador que no ha comido, dormido, vivido ni pensado; tan duramente se halla instigado por el látigo de su gamarra; tanto es lo que padece, atormentado por el prurito de una jugada de treinta y cuarenta. En aquella hora maldita, se encuentran ojos cuya calma horroriza, semblantes que fascinan, miradas que levantan los naipes y los devoran.

Por esto, las casas de juego nunca son tan sublimes como en el principio de sus sesiones... Si tiene España sus corridas de toros, si Roma tuvo sus gladiadores, Paris se gloria de su *Palais-Royal*

cuyas atractivas rolinas facilitan el deleite de ver manar la sangre á torrentes, sin peligro de resbalar por aquella que podría quedar en el suelo. El que quiera echar una ojeada sobre aquel palenque, que entre en él. (1)

¡Que desnudez!... Las paredes, cubiertas de papel mugriento hasta la altura de un hombre, no presentan ni una sola imágen que pueda refrescar el alma; no hay en ellas un clavo que pueda dar lugar al suicidio... El enmaderado pavimento está gastado, sucio. El centro de la sala ocupado por una mesa redonda, y la sencillez de las sillas de paja apretadas al rededor de aquel tapiz usado por el oro, anuncian una singular indiferencia para el lujo en aquellos mismos hombres que van allí á perecer por la riqueza y por el lujo.

Esta antítesis humana se vé establecida siempre que el alma se rehace poderosamente sobre sí misma. El amante quisiera envolver á su querida con telas de seda, revestirla de mullidos cachemiras, y casi siempre la posee en un lecho miserable: se afana el ambicioso para quedar en la cumbre del poder, y está arrastrándose bajo los pies de un dignatario: vive el mercader en húmeda y malsana tienda,

(1) La descripción que nos presenta Mr. de Balzac de la casa de juego en Paris es horriblemente exacta. En el día primero del año 1838, el gobierno mandó cerrar todos los trinquetes.

al mismo tiempo que se construye una casa soberbia en la que no viviria un año..... Por fin, si se exceptua la vista de las cocinas, y el olor de las tabernas, ¿hay en el mundo cosa mas displicente que una casa de placer?... ¡Singular problema!... ¡En todos los actos de la vida firma el hombre su impotencia!... Jamás es ni completamente feliz, ni absolutamente miserable.

Al instante en que el jóven entró en la sala, ya habia algunos jugadores en ella.

Tres ancianos, sin cabellos, se hallaban negligentemente sentados al rededor del tapiz verde. Sus rostros de yeso, impasibles como rostros diplomáticos, revelaban embotadas almas, corazones que tiempo habia no palpitaban, aun cuando jugaban los bienes de una esposa, de sus hijos.

Un italiano jóven, de negra cabellera y morena tez, tenia el codo tranquilamente apoyado en un extremo de la mesa, y parecia consultar aquellos ocultos presentimientos que gritan con fatalidad al jugador: — Si... — No... Aquella cabeza meridional respiraba fuego y oro.

De siete á ocho espectadores, en pie, colocados en forma de galería, esperaban las escenas que debian prepararles las jugadas, los semblantes de los actores, el movimiento del dinero y los rastrillos. Aquellos ociosos se hallaban aquí, silenciosos, inmóviles, atentos, como el pueblo en la plaza

de la Grève, cuando el verdugo corta una cabeza.

Un hombre de estatura alta, seco, de raída casa, tenia en una mano un papel, y en la otra un alfiler para marcar los pases de la bola roja, ó de la negra. Era uno de esos Tántalos modernos que viva al márjen de todos los goces de su siglo; uno de aquellos avaros sin tesoro, que juegan idealmente una apuesta imaginaria, especie de locos racionales, que sobrellevan sus miserias acariciando una horrible quimera, sucediendoles en cuanto al vicio y la virtud lo que á los sacerdotes jóvenes les sucede tocante á Dios, cuando celebran misas de ensayo.

En seguida, frente la banca, dos ó tres de aquellos astutos especuladores, espertos en las probabilidades del juego, semejantes á envejecidos presidarios que no se espantan ya de las galeras, asistian al infernal teatro, para aventurar tres jugadas y salir despues con la ganancia casual de que vivian.

Dos antiguos mozos de sala, se paseaban indiferentemente, cruzados los brazos, mirando de vez en cuando, desde las ventanas al jardín, como para mostrar, á guisa de enseña, sus amoratadas caras á los inocentes que pasásen.

El tallador y el banquero acababan de echar á los jugadores aquella lánguida mirada que les asesina, y decian con indiferente acento,

—Jueguen ustedes!... cuando abrió la puerta nuestro jóven.

Un grande silencio reinaba entonces y llegó á ser mucho mas profundo, despues de haberse vultó las cabezas, solo por curiosidad.

Mas, ¡acaecimiento verdaderamente extraordinario! los ancianos del embotado corazon, los empleados de piedra, los espectadores, y hasta el fanático italiano, experimentaron simultaneamente no sé que terrible sentimiento al ver al desconocido.

¡No debe de ser uno bien desventurado, para obtener compasion, bien débil para escitar una simpatía, y bien siniestro para hacer horripilar á las almas en aquella sala, en la cual deben ser mudos los dolores, alegre la miseria, y decente la desesperacion?... Y bien! algo de todo eso habia en la nueva sensacion que atravesó á todos aquellos corazones helados, causada por el aspecto del jóven desconocido. ¡Pero, que los verdugos no han llorado tambien alguna vez sobre las virjenes, cuyas blondas cabezas la revolucion les mandaba cortar!... (1)

Los jugadores leyeron á primera vista en aquel semblante horrible misterio.

En sus facciones estaba imprimida cierta gracia

(1) El lector ya sabrá que madama Roland, la esposa de Luis XVI, y Catalina Corday escitaron dolorosas simpatías por su trájica muerte.

nebulosa. En su mirada se veian muchos esfuerzos estériles, y no pocas esperanzas frustradas, la sombra impasibilidad del suicidio daba á su frente una palidez lóbrega y enfermiza, en los ángulos de la boca se veian pliegues formados por una amarga sonrisa y el conjunto de su fisonomia presentaba una resignacion sofocante.

Un ingenio secreto destellaba en el fondo de sus ojos, mirchitos por los excesos del delito; porque el libertinaje marcaba con su sello hediondo aquella noble figura, pura y brillante en otro tiempo, aunque entonces degradada. Los médicos hubieran atribuido tal vez á lesiones orgánicas del corazon ó de los pulmones, el circulo amarillo que rodeaba sus parpados, y el quebrado color que jaspeaba sus mejillas; mientras que los poetas hubieran pretendido reconocer en aquellas señales la destruccion de la ciencia, y los vestijios de muchas noches pasadas á la luz de la estudiosa lámpara. Pero, una pasion mas mortal que la enfermedad, una enfermedad mas terrible que el estudio y el jenio, alteraban aquella jóven cabeza, contraian aquellos músculos vivaces, y torcian aquel corazon, órganos que con dificultad habian podido morder las orjias, el estudio y la enfermedad.

A la manera que los forzados acojen con respeto á un famoso criminal que llega á su presidio; asi, todos aquellos demonios humanos, tan esper-

tos en torturas, saludaron un dolor estupendo, una herida cuya profundidad sospechaban por instinto. Por la majestad de su muda ironía, por la elegante miseria de sus vestidos, reconocieron á uno de sus príncipes.

Bien llevaba el jóven un fraque de buen gusto; pero la union de su chaleco y su corbata era mantenida demasiado atentamente, para suponer en regla su camisa. Sus manos, lindas como las de una señora, no estaban sobrado limpias. Dos dias habia que no llevaba guantes. Este diagnóstico lo decia todo.

La causa de estremecerse el tallador y hasta los mozos, era, que en sus formas delicadas y finas, en sus cabellos blondos y claros, buclados naturalmente, sobresalian aun los encantos de la inocencia... Aquella cara tenia aun veinte y cinco años, y parecia que el vicio no era en ella mas que un accidente. En ella, la verde vida de la juventud luchaba todavia con los asoladores efectos de una liviandad impotente. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia se combatian en aquel semblante, produciendo gracia y horror á la par. Presentábase el jóven alli sin resplandor, como un anjel extraviado en su camino. Asi es, que todos aquellos imperterritos profesores del vicio y de la infamia, semejantes á una vieja desdentada que se compadece de una doncella que se ofrece á la prostitucion, estuvieron á punto de gritar al novicio:

— Retrocede !...

Este se dirijió via recta á la mesa. Quedóse en pie, tiró sin calculo sobre el tapete una pieza de oro que traia en la mano, y en seguida, aborreciendo, como toda alma fuerte, pesadas incertidumbres, lanzó al tallador una mirada á la vez tranquila y turbulenta.

Era tan poderoso el interes de aquella jugada, que los viejos no se decidieron á aventurar su apuesta; mas el Italiano, creyendo con todo el fanatismo de la pasion en una idea que le sonreia, puso un monton de oro contra la jugada de nuestro desconocido.

Olvidóse el banquero de soltar aquellas frases que con el tiempo han venido á parar en un grito ronco y casi ininteligible.

-- Jueguen Vdes. señores.

— Tiro.

— No se admite mas...

El tallador esparramó los naypes, deseando al parecer buena suerte al recién venido, pues le era indiferente la perdida ó ganancia de los empresarios de diversiones tan sombrías.

Todos los ojos, clavados sobre las fatídicas cartas centelleaban entonces, pues los espectadores veian en aquella pieza de oro, un gran drama, y la ultima escena de una noble vida. Pero, á pesar de la atencion con que miraron alternativa-

mente los naipes y al jóven, ningun síntoma de emocion pudieron percibir en aquel frio y resignado semblante.

— Pierde la roja... dijo oficialmente el que tallaba.

Una exclamacion asaz brutal salió del pecho del Italiano, cuando vió caer los billetes que le tiró el banquero.

Por lo que toca al jóven, no comprendió su ruina hasta el instante en que alargaron el rastrillo para recoger la moneda. El marfil hizola despedir un ruido sordo y pasó rapida como una flecha, á reunirse al monton de oro que brillaba ante la caja.

Cerró levemente sus ojos el desconocido y perdieron sus labios el color. Mas, pronto volvieron á levantarse sus parpados; apareció de nuevo en su boca el coral; afectó el ayre de un ingles que há agotado los placeres de la vida, y se fué de la sala, sin mendigar ni un consuelo por una de aquellas desgarradoras miradas que en su desesperacion suelen lanzar los jugadores al círculo de que se separan.

¡ Cuantos acaccimientos se agrupan en el espacio de un segundo, y cuan extraño abismo debe pues ser el entendimiento del hombre!

— Parece que este era su último cartucho!... dijo sonriendose el banquero y apretando en su pulgar é indice la pieza de oro, la cual enseñaba á los concurrentes.

— Es una cabeza destemplada que va á tirarse al rio!... respondió un habituado, dirijiendose á sus concomitantes, porque todos aquellos jugadores se conocian.

— Bah! murmuró el mozo del despacho, ensanchando sus narices para tomar un polvo.

— Caramba! si hubieramos imitado á este caballero!...dijo á sus colegas un viejo, designando al Italiano; y entonces, todos los ojos se fijaron sobre el afortunado jugador á quien temblaban las manos, tal era la agitacion que le conmovia, estrechando sus billetes.

Oí, dijo este, una voz que me gritaba al oido: El juego será mas poderoso que la desesperacion de aquel hombre!

— A buen seguro que no es un jugador; repuso el banquero, de lo contrario hubiera jugado su dinero en tres veces, para apurar la suerte.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Al salir, pasaba el joven sin reclamar su sombrero, mas, como había aquel miserable centinela observado ya el mal estado de la prenda, se lo volvió sin decir una palabra, y nuestro jugador restituyó su papeleta por un movimiento maquinal. Luego, bajó las escaleras, silvando el *di tanti palpiti* con tan debil aliento, que apenas podia oír el mismo sus deliciosas notas. Hallóse en breve bajo las galerías del Palais-Royal. Dirigido por un postrer pensamiento, encaminóse hácia la calle Saint-Honoré, fuése derecho á las Tullerías, y atravesó su jardin con indeterminado paso. Andaba como hubiese podido hacerlo en medio de un desierto, codeado por

sujetos que no veia; no escuchando al traves del tumulto popular sino á una voz; la de la muerte: finalmente iba perdido en una meditacion soporifera igual á la que debiera un dia entorpecer los criminales conducidos á la guillotina; cadalso bien recubierto de sangre, pues que contiene toda la que en él se ha derramado desde el año 1793.

Hay en el suicidio no sé que grande y estupendo. Las caidas de una muchedumbre de jentes son poco peligrosas, asi como las de los niños cuya estatura es demasiado baja para que puedan hacerse daño; pero cuando un hombre se estrella, debe caer de muy arriba, haberse elevado hasta los cielos, y entrevisto algun paraíso inaccesible. Terrible debe de ser un uracan cuando nos compele á que pidamos la paz al cañon de una pistola.

Cuantos jóvenes talentos se disipan arrinconados en alguna manida, y alli fenecen por falta de un amigo, de una mujer consoladora, en medio de un millon de seres, en presencia de una muchedumbre que nada en el oro, y se fastidia...

A esta reflecion, toma el suicidio proporciones gigantescas.

Entre una muerte voluntaria, y la fecunda esperanza cuya voz llama un joven á Paris, solo Dios sabe cuantas obras maestras hay abortadas, cuanta poesia, cuantos pensamientos sofocados, cuanta resignacion y cuantas contorsiones acalladas y sobre

todo, que de tentativas esteriles!... Cada suicidio es un poema sublime de melancolia. Entre todos los libros que sobrenadan en el oceano de las literaturas, donde encontraremos uno solo que pueda competir en jenio con estas dos lineas?

Ayer, á las cuatro de la tarde, una jóven se precipitó al Sena desde el puente de las Artes...

Al lado de ese laconismo parisiense, las novelas, los dramas, todo palidece.

En esto, fué acometido nuestro jóven por mil trajicos recuerdos que le amargaban mas y mas su situacion, pues que á su determinacion se referian, pasando por su mente, á fragmentos, como pasan en medio de un combate estandartes que tremolan á pedazos. Despues, trataba de deponer por un instante el peso de su intelijencia á la sazón enorme, para mirar algunas flores, y contemplaba sus cabezas blandamente acariciadas por juguetona brisa entre alhagüña verdura.

Impelido por una convulsion de la vida la que forcejeaba aun debajo la pesada idea del suicidio, levantó los ojos al cielo; pero las pardas nubes, oleadas de viento impregnadas de tristeza, y un estado de atmosfera nada lijero le aconsejaban todavia el morir...

Al salir del jardin se dirijió hácia el Puente Real acudiendole á la memoria los postrimeros caprichos de sus predecesores. No pudo menos de sonreirse,

al pensar que Lord Castelreagh habia satisfecho la mas humilde de nuestras necesidades antes de cortarse el cuello, y que Mr. Auger, el académico, habia ido á buscar su caja de tabaco, para tomar algun polvo al mismo tiempo que marchaba á la muerte...

Analizando estas singularidades, y consultándose á sí mismo, habia ya llegado al puente, y aunque se arrimó á la baranda para dejar paso libre á un mozo de cordel, este le manchó un poco el codo con un saco de harina que traia, pero el desconocido sacudió muy cuidadosamente el polvo de su manga.

Llegado que hubo al punto mas encumbrado de la bóveda, miró el agua con siniestro ademan.

— Mal tiempo para anegarse!...le dijo risoteando una vieja cuyo vestido estaba hecho de andrajos. Que puerco y frio está el Sena!...

Respondiéndola con una sonrisa llena de una inocencia que atestiguaba claramente el delirio de su valor; pero, estremeciéndose de repente al ver desde lejos en el puerto de las Tullerías la barraca coronada con una enseña en la cual están escritas del tamaño de un pie las letras siguientes:

SOCORRO A LOS AHOGADOS.

Aparecióle Mr. Descheux, armado de su filantropía, sacando aquellas virtuosas trancas, y ma-

nejándolas de modo á romper la cabeza de los ahogados que por desgracia remonten sobre el agua. Representósele agrupando á los curiosos, yendo en busca de un médico, preparando fumigaciones... Leyó, idealmente, los lamentos de los periodistas, escritos entre la claridad de un festin, y la sonrisa de una actriz. Figurósele oír el sonido de los duros que el Prefecto del Sena contaba por su cadaver á los barqueros... Muerto, valia cincuenta francos; pero, vivo, no era mas que un hombre de talento, sin protectores, sin amigos, sin payaso, una verdadera nulidad social, un cero con respeto al estado.....

Entonces pareciéndole innoble la muerte en medio del dia, resolvió morir por la noche, á fin de entregar un cadáver indescifrable á esa sociedad que desconocia la utilidad de su vida. Siguiendo pues su camino, continuó andando con el indeciso talante de un holgazan que quiere matar las horas.

Al bajar los escalones que terminan el pavimento del puente, vió en el angulo del muelle Voltaire una parada de libros viejos. A poco le vino que no preguntase por el precio de algunos...

Asomóse á sus labios la sonrisa, y colando entonces muy filosóficamente las manos en los bolsillos, iba á tomar de nuevo un ademan de negligencia y de desprecio, cuando oyó con sorpresa el choque de algunas piezas que resonaban en el fondo de su faltriquera de un modo verdaderamente fantastico.

Una emoción de divina esperanza iluminó su cara; pintada primero en sus labios, se derramó en sus facciones, y se esplayó en su frente: sus ojos, y hasta sus sombrías mejillas rebrillaron de placer. Esta centella de felicidad se parecía á los círculos de fuego que divagan por los vestijios de un papel ya consumido por la llama; pero tambien, tuvo su rostro la fortuna de las negras cenizas: volvióse al instante á su primer estado, luego que hubo sacado vivamente sus manos de los bolsillos, y visto que eran tres gruesos sueldos.

— Ah! mi buen Señor, *la carita! la carita!...*— *Caritina!...* Un cuartito para comprar pan... Tales eran las exclamaciones de un chico cuya abotargada cara, sucio cuerpo, y descosidos andrajos se oponian al paso de aquel hombre para arrancarle aun aquellos sueldos. A dos pasos del pequeño saboyardo se halló con un pobre viejo, quebrantado y vergonzoso, miserablemente cubierto con un tapiz acribillado, é inclinando la cabeza, le decia con voz sorda.

— Caballero, deme *lo que V. quiere*, y rogaré al señor por V.....

Mas, luego que el jóven hubo vuelto la cabeza para mirar al anciano, este calló, y no profirió mas palabras, reconociendo tal vez en aquel fúnebre semblante la librea de una miseria mas áspera que la suya.

La carita! la carita!...
Tiró el desconocido sus tres sueldos al limpia chimeneas y al viejo mendigo apartandose presuroso del puente, porque ya no podia sobrellevar por mas tiempo el terrible murmullo, y la punzante lobreguez del Sena.

— Rogaremos á Dios por la conservacion de su vida de V! le dijeron los dos pobres.

Como pasára por delante de una tienda de estampas, el desconocido encontró á una mujer jóven. Bajaba esta de su brillante cabriolé, y por haber quedado su vestido lijeramente enredado sobre la escalerilla, dejó ver una pierna cuyos finos contornos dibujaba una media blanca bien ajustada, y contempló con placer aquella encantadora jóven la cual tenia su embelesante cara en elegante sombrero encuadrada... Luego fue cautivado por su talle esbelto, por su gentil donaire. Entróse en la tienda la bella mujer, ajustó ridiculos, colecciones de litografias... Y gastó algunas monedas de oro que brillaron al mismo tiempo que resonaban en el despacho.

El jóven, ocupado al parecer en examinar desde el umbral de la puerta las pinturas espuestas en el mostrador, dirijió con viveza á la hermosa la mirada mas penetrante que puede lanzar un hombre, recibiendo en cambio una superficial ojeada, tal como se acostumbra con una persona insignificante que se vé en la calle únicamente de paso, y sin embar-

go, aquella mirada era de su parte, un adiós al amor y á la mujer!... Esa postrimera interrogacion, aunque tan poderosa como era, ni solamente escitó aquel corazon de mujer frivola, pues no la hizo sonrojar, ni bajar los ojos...; Como la estimaba?... como una admiracion á que supondria estar acostumbrada, como un deseo escitado, que por la noche produciria á lo mas estas palabras: *hoy estaba de conquista.*

De repente se puso á ecsaminar otra estampa, y ni aun volvió la cabeza para ver como la aficionada subia al coche. Los caballos partieron con rapidez aristocrática... y aquella última imájen del lujo, de la elegancia, centelleó delante de él, rápida como su vida.

Entonces caminó con melancólico paso á lo largo de los almacenes, ecsaminando, á la verdad no con mucho interés, todas sus muestras. Y cuando le faltaban tiendas, contemplaba el Louvre, el Instituto, las torres de Nuestra-Señora, las del Palacio, el Puente-de las Artes. Aquellos monumentos parecian tomar una triste fisonomia, reflejando las pardas tintas del cielo, cuyas raras claridades daban un continente amenazador á Paris, ciudad que igual á las mujeres, se halla sujeta á inesplicables caprichos de fealdad y de hermosura. Por tanto, la misma naturaleza contribuia á abismarle en éstasis dolorosos.

Poseido de aquel poder dañino, del cual esperi-

mentamos la accion disolvente ciertos dias de nuestra vida, sentia llegar insensiblemente su organismo hasta los fenómenos de la fluidez. Imprimianle las tormentas de tal agonia un movimiento semejante al de las aguas, haciendole ver los edificios y los hombres al traves de borrascoso medio, en el cual todo tremolaba como las olas en la mar. Queriendo sustraerse por algunos instantes que le quedaban de existencia á las titillaciones morales que en su mente producian las reacciones de la vida física, se dirigió á un almacen de antiguedades, con la intencion de dar pábulo á sus sentidos, y aguardar allí la noche, regateando objetos de arte. Esto, por decirlo así, era mendigar valor, y pedir un cordial, asi como los reos que temen por sus fuerzas, cuando deben marchar al cadalso.

mentales la acción decisiva ciertos días de nues-
tra vida, sentía llegar insensiblemente su organismo
hasta los fenómenos de la fiebre. Impugnante las
tormentas de tal agonia un movimiento semejante
al de las aguas, haciéndole ver los edificios y los
hombres al traves de borrascos neblineros, en el cual
todo tremolaba como las olas en la mar. Ocurrió
entonces por algunos instantes que se quedaba en su
existencia á las tinieblas, en las que en su re-
ta producian las reacciones de la vida física, se diri-
gió á un almacén de antigüedades, con la intención
de dar palmo á sus sentidos, y aguardar allí la
noche, tratando de olvidar el día. Por decirlo
así, era mendigar el dolor, y pedir un cordial, así co-
mo los reos que también por sus inercias, cuando debían
marchar al cadalso.

IV.

La conciencia de su fin cercano devolvió por un
instante al desconocido la orgullosa imperturbabili-
dad de una duquesa que tiene dos amantes. Por es-
to entró en el almacén de curiosidades con sereno
continente, vagando sobre sus labios una sonrisa
continuada, fija como la de un borracho. Y en efecto
no era enbriagado de la vida, ó quizás de la muerte?
Pero, en breve volvió á sentirse fascinado, y continuó
viendo las cosas bajo extraños colores, ó animadas
de un movimiento lijero, cuya causa estaba sin du-
da en la irregular circulacion de su sangre, ora bor-
botante, ora tranquila y sin sabor como agua tibia.
Preguntó con sencillez si podria visitar los al-
macenes para ver si hallaria algunos objetos que

puvieran convenirle. Levantóse un mancebo traca-zero y carrilludo, de rojo cabello, con una gorra de nutria en la cabeza; confió la guardia de su tienda á una vieja, especie de marimacho y ocupada en limpiar una estufa cuyas maravillas se debían al genio de Bernardo de Palissy y luego, dijo al extranjero con tono precipitado:

— Ved, caballero, ved, aqui no tenemos sino cosas muy ordinarias; mas si quereis tomaros la molestia de subir al primer piso, podré enseñaros muy hermosas momias del Cairo, vajillas incrustadas, algunos ébanos esculpidos, *verdadero renacimiento*, llegados de poco y que son de toda belleza.

A causa de la horrible situacion en la que el joven se encontraba, aquella palabreria de cicerone, aquellas frases neciamente mercantiles, produjeron el efecto de las mezquinas habladurias con las cuales asesinan los necios á los hombres de talento. Llevando la cruz hasta la cumbre de su calvario hizo como que escuchaba á su conductor, y respondiale con jestos, ó monosílabos.

Pero supo conquistar insensiblemente el derecho de quedar silencioso, pudiendo entregarse enteramente á sus postreras meditaciones, que fueron gigantescas y terribles. Era poeta, y su alma encontró allí un inmenso pábulo: debia ver anticipadamente las huesosas ruinas de veinte mundos.

A primera vista no vió en los almacenes mas que un cuadro confuso en el cual se entrechocaban todas las obras humanas. Cocodrilos, monos, serpientes disecadas, sonreían á vidrios de iglesias, parecían tener ganas de morder estatuas respetables, agruparse al rededor de lacas y saltar sobre arañas...

Un vaso de Sevres en el cual madama Jacquotot habia pintado á Napoleon, estaba cerca de una esfinge dedicada á Sesostris. El principio del mundo y los acaecimientos recientes se hermanaban con fraternidad grotesca. Un asador estaba puesto sobre un *Viril*, un sable republicano sobre una preciosidad de la edad media.

Madama Dubarry retratada al pastel por Latour con una estrella en la frente, desnuda y caballera en una nube parecia contemplar una cabra india, haciendo como que buscaba la utilidad de las espirales que por serpentinadas tortuosidades hacia ella subian.

Los instrumentos de muerte; como puñales, pistolas esquisitas, armas de secreto resorte se veían mezcladas con instrumentos de vida: fuentes de porcelana, platos de Sajonia, tasas orientales venidas de la China, antiguos saleros y flascos feudales. Un barco de marfil vogaba á toda vela sobre las espaldas de una tortuga inmovil. El emperador Augusto sostenia con uno de sus ojos, sin dar señas de enojo, el peso de una maquina neumatica.

Varios retratos de correjidores franceses, de burgoaestres holandeses, impertubables como siempre, sobresalian en aquel caos de antigüedades mirando al conjunto con frialdad y madurez.

No parecía sino que todos los países de la tierra hubiesen traído allí un resto de sus ciencias, una muestra de sus artes. Era por decirlo así un muladar de filosofía en el cual nada faltaba, desde la pica del salvaje americano, desde el pantufo bordado del serrallo, hasta el yugatan del moro y el idolo de los tartaros. Hubieseis visto la petaca del soldado confundida con el copon eucarístico del cura y con las plumas de un solio derrocado. Y tantos cuadros monstruosos estaban sujetos á mil accidentes variados por la fantasía de una infinidad de reflejos á la mezcla de la luz debidos, á la brusca oposicion de la oscuridad y el resplandor. El oido del hombre creia escuchar gritos interrumpidos; la vista, distinguir esplendores mal disimulados; y el entendimiento, abarcar dramas incompletos.

Finalmente obstinado polvo tendia su cabalístico velo sobre todos aquellos objetos cuyos multiplicados angulos y desigualdades numerosas producian pintorescas perspectivas.

En los primeros instantes, el desconocido comparó las tres salas, rellenas de civilizacion, de cultos, de divinidades, de obras maestras, de tronos,

de disoluciones, de razon y de demencia, á un espejo de muchas faces, cada una de las cuales representára un mundo.

Pasada que fué esta impresion diafanamente brumosa, quiso escojer sus ultimos goces; pero de tanto mirar, pensar, y discurrir, se halló bajo la influencia de una calentura debida tal vez al hambre que empezaba á rujir en sus entrañas.

Acabaron de entorpecerse los sentidos del jóven con la de tantas ecsistencias nacionales ó bien individuales atestiguadas por estas prendas humanas que les sobrevivian. El deseo que le trajera al almacén fué perfectamente cumplido.

Emancipóse de la vida real, subió gradualmente hácia un mundo incognito y sumerjióse en un éstasis indefinible.

Aparecióle el universo por centellas en caracteres de fuego, así como en otro tiempo pasára llameante el porvenir á los ojos de san Juan en Pathmos.

Una muchedumbre de figuras adoloridas, graciosas, terribles, lucidas, lejanas, vecinas se levantó por grupos, por millares, por generaciones....

El Egipto, entero, misterioso, se levantó de enmedio de sus arenas, representado por una momia envuelta con vendas negras. Los Faraones enterrando jeneraciones para construir una tumba... A buen seguro que entreviera entonces un mundo antiguo y majestuosamente solemne.

Una estatua de mármol fresca y suave sentada sobre torcida columna, radiante de blancura, le habló de los cuentos voluptuosos de la Grecia y de la Jonia.....

Y despues, quien no hubiera sonreido como el al ver sobre un fondo moreno la encarnada doncella bailando dentro del delicado barro de un vaso de Etruria, delante del dios Priapo y saludandole con aire jovial... Y luego en frente, una reina latina acariciaba con amor á su Quimera... Los caprichos de la Roma imperial, sobresalian y respiraban el deleite, revelando la cena, el baño, el tocador, el lecho de una Julia indolente, aguardando voluptuosamente á su Tibúlo.

Luego, la cabeza de Ciceron, terrible como los talismanes de Persia, evocaba los recuerdos de la Roma libre, y desarrollaba las pájinas de Tito Livio: estas ideas nacieron naturalmente en la mente del jóven por la contemplacion de la formula SENATUS POPULUS QUE ROMANUS..... Y aquí los consules con sus lictores, las togas de púrpura bordadas, las luchas del foro y el pueblo enfurecido desfilaban en su presencia, como las vaporosas apariciones de un ensueño.

Finalmente la Roma cristiana dominaba tan grandiosas imájenes. Abria los cielos una pintura. Veia la Virgen Maria envuelta en una nube de oro en el seno de los angeles, eclipsando la gloria del sol,

escuchando los plañidos de los desventurados, y sonreiale con gracia inesplicable la augusta consoladora...

Mas al tocar un mosaico hecho con las diferentes lavas del Vesúvio y del Etna, lanzabase su alma en la ardiente y poética Italia! Asistia á las cenas de los Borjias, corria por los Abruzzos, aspiraba á los amores del medio dia, y enardecia por gozar las blancas caras de los ojos negros.

Horrorizábase de las escenas nocturnas por el frio puñal de un marido interrumpidas, al fijar sus ojos en una soberbia daga de la edad media, cuyo puño parecia á la labor de un encaje, y cuyo orin representaba como manchas de sangre.

La India con todas sus relijiones, resucitaba en un arlequin chinesco, parada su cabeza de puntiagudo sombrero, cargado de campanillas, de seda y oro vestido... Junto al arlequin una cabellera, pulida como los ojos de la ninfa á la cual perteneciera todavia ecsalaba perfumes. Al aspecto de un enano del Japon de torcidos ojos, boca lateral y miembros disformes, el animo se apesaraba y estendia al mismo tiempo con los recuerdos de un pueblo que cansado de inventar lo bello, encuentra placeres inesprimibles en la fecundidad de las estravagancias sin dejar por esto de ser unitario y consecuente...

Un salero en los talleres de Cellini trabajado, el

traía en el seno de la corte de Francia, en aquel tiempo en que las artes junto con la licencia florecieron, en aquel tiempo en que las diversiones de los soberanos eran suplicios y derrames de sangre, en aquel tiempo en que los grandes dignatarios de la iglesia, en los brazos de sus concubinas reclinados, decretaban la castidad para los simples sacerdotes...

Y sobre un camafeo vido las conquistas de Alejandro; y las carnicerías de Pizarro escritas en un arcabuz que estaba junto á un caballo, y al fondo de un casco vió como dramáticamente representadas las guerras de religión, descabelladas, crueles, infinitas: y luego las alhagueñas imágenes de la caballería aparecieron retratadas en una armadura de Milan damasquinada con gran maestría, bien acicalada, y bajo la visera brillaban aun para el poeta los ojos del paladín.

¿ Que mejor poema pudiera imaginarse que tantas emociones escitára? ¿ Que curiosidad no debía satisfacer la contemplación de tantos muebles, de tantas invenciones, modas, ornamentos y ruinas? El entendimiento no debía hacer mas que ordenar las formas, los colores y pensamientos que vivientes en los objetos estaban; y formar un conjunto metódico y completo de aquellos bosquejos del grande pintor que pudo acopiar tan inmensa paleta en la cual los innumerables accidentes de la vida del

hombre, se hallaban sembrados profusamente y con desprecio.

Despues de haber abrazado al mundo, despues de haber contemplado intrinsecamente, paisés, edades, reinados, el jóven volvió á ecsistencias personales; aperebió su individualidad, y determinó investigar los detalles dejando la vida de las naciones por ser demasiado ponderosa para un hombre solo...

En medio de tantos objetos dormia un niño de cera salido del gabinete de Ruischió, y recordárale su gracioso semblante los deliciosos placeres de su juventud primera.

Al aspecto del paño virjinal que adornaba á una jóven doncella de Otahiti, su ardiente imaginacion le pintaba la vida sencilla y encantadora de la naturaleza, la pura desnudez del verdadero pudor, los deleites de la pereza tan inherente al instinto del hombre, mostrábale un destino tranquilamente placentero, cumplido junto á un arroyo fresco y embelesador, debajo alhagueños plátanos, que sabroso maná prodigáran sin cultura.

Pero transformábase de repente en corsario, y se apropiaba los terribles pensamientos del Lara de Byron, paseando sus miradas y su espíritu por los narcarados colores de varios mariscos y mil preciosidades de concha, ecsaltado por las sensaciones que le causaban algunas madreposas que olian á emociones extremas; á algalia, á tempestades atlánticas.

Retraíase luego su colosal imaginación, para admirar un poco mas adelante las lindas cubiertas, los singulares arabescos de oro y de azur de que estaba enriquecido un misal, precioso manuscrito que le arrancaba del tumulto de los mares. Y guiado por una idea de paz, pensaba en el estudio y las ciencias, casi la ansiaba apática vida de los frailes, libre de pesadumbres aunque esenta de deleites; y se tendía en el humilde lecho de su celda, contemplando inocentemente desde su gótica ventana las praderas, los bosques, los viñedos de su monasterio.

En frente de algunos cuadros de Teniers, se suponía ataviado con la casaca del bizoño, encenagado en la miseria del peon, cubierta la cabeza con la mugrienta gorra de los flamencos, emborrachándose con cervéza, jugando con ellos en la taberna, y requebrando alguna maritornes.

Aunque estas ideas tan variadas y tran grandiosas hubiesen atravesado su cerebro conservábase entera su impresionabilidad; miraba una nevada del pintor Mieris, y tiritaba de frio; delante de un cuadro en el cual Salvator Rosa pintó una batalla, se convertía en ardiente guerrero. Ecsaminando una arca sepulcral de metáles del Illinois, sentía levantarse la piel de su cráneo por el escalpelo de un Cherokeo.

Despues, maravillado del donayre que presentaba un pajecillo, confiábale á la dama de un castillo,

ja que sus melodiosos romances escuchára, y por la noche junto á una gótica chimenea la declarára su amor medio á oscuras, perdiendose de este modo muchas miradas de contento.

Se agarraba á todos los goces, abarcaba todos los dolores, y se apoderaba de todas las formulas de ecsistencia; esparciendo tan jenerosamente su vida y sentimientos sobre los simulacros de aquella naturaleza vacia y fecunda á la par, que el ruido de sus pasos resonaba ya en su alma como el lejano sonido de otro mundo, como suena el rumor de una ciudad oido desde torres altas como las de Nuestra-Señora.

Durante los momentos que subió la escalera interior que daba al primer piso, su acalorada mente le representaba en cada escalon peregrinos escudos, panoplias, tabernaculos esculpidos, retratos de madera pegados á las paredes... Era perseguido por formas las mas extravagantes, por maravillosas creaciones sentadas en las fronteras de la muerte y los confines de la vida. Andaba como en las encantadoras fascinaciones de un ensueño, y llegado á un punto en el cual ignoraba su ecsistencia era poco mas ó menos como los curiosos objetos que miraba, ni bien muerto ni bien vivo.

Quando entró en los nuevos almacenes menguaba ya la claridad del día, pero la luz del sol parecia inutil á las riquezas radiantes de oro y plata que tan abundantemente alli estaban amontonadas.

En aquel vasto bazar de las locuras humanas, se veían los caprichos mas dispendiosos de disolutos, muertos en medio de andrajos, despues de haber poseido muchos bienes. Un tintero apreciado en otro tiempo en el valor de cien mil francos, y vuelto á comprar por un duro, yacia cerca una cerraja cuyo coste de fabricacion hubiese bastado al rescate de un rey.

Allá sí que el jenio del hombre aparecia en toda la pompa de su miseria, en toda la gloria de sus pequenezes gigantescas. Una mesa de ébano, verdadero ídolo de artista, esculpida segun los dibujos de Juan Gouyon, y que costó muchos años de trabajo estaba allí, adquirida tal vez á precio de leña! Preciosos cofrecitos, muebles maravillosos sin orden amontonados inspiraban compasion.

Despues que nuestro jóven hubo llegado á la pieza que terminaba una hilera inmensa de dorados aposentos esculpidos por artistas del siglo pasado, exclamó á pesar de la seriedad que se había impuesto:

Aquí hay millones!...

— ¡ Si los hay! Respondió el carrilludo mancebo.

¡ Pero esto no es nada aun; subid al tercer piso, y vereis!...

Siguiendo el jóven á su conductor, llegó á una cuarta galeria donde pasaron sucesivamente por sus ya cansados ojos varios cuadros del Poussin; una

sublime estatua de Miguel Anjel; algunos encantadores paisajes de Claudio Lorrain; un Jerardo Dow quien recordaba una página de Sterno; y cuadros de Rembrandt, y tambien de Murillo sómbrios y coloreados como un poema de lord Byron; á mas, bajos relieves antiguos, piedras de agata, maravillosos onynjes; finalmente, todos eran trabajos para disgustar del trabajo, obras maestras acumuladas, capaces de hacer odiar las artes, y matar el entusiasmo.

Vió una vírjen de Raphael, pero ya estaba cansado de *Rafael*.

Un retrato de Correjo que queria una mirada, ni aun pudo obtenerla... Un vaso inestimable de antiguo porfiro y cuyas circulares esculturas representaban la mas grotescamente licenciosa de las priapeias romanas, objeto que formára las delicias de alguna Corina, pudo apenas alcanzar una sonrisa.

Hallábase sufocado bajo los escombros de cincuenta siglos; enfermo de tantos pensamientos humanos; asesinado por las ártes y su lujo; oprimido bajo aquellas formas que parecidas á monstruos enjendrados á sus pies por algun jenio atroz le hacian cruel guerra.

Semejante en sus caprichos á la química moderna, que resume la creacion por una sal; el alma del hombre, poderosa máquina, se compone de venenos formidables por la concentracion de sus deleites, de

za esparcida por la superficie de nuestro globo forman parte de los dos pies de tierra que nos suministra pan y flores.

¿Y si bien se considera, no es por ventura Mr. Cuvier el mas gran poeta de nuestros tiempos?... No hay duda que lord Byron reprodujo con palabras algunas agitaciones morales, pero nuestro inmortal naturalista ha resucitado mundos con huesos calcinados, ha reedificado como Cadmo ciudades con dientes, ha vuelto á poblar mil bosques de todos los misterios de la teología con algunos fragmentos de carbon de piedra, ha evidenciado la existencia de razas de gigantes enseñándonos un pie de Mammut... Tan grandiosos cuadros se vivifican, se levantan con toda la majestad de su respeto, y mueblan los antiguos dias del mundo primitivo. Poeta es con guarismos, sublime, colocando un cero al lado de un siete. Despierta la nada, y lo hace sin pronunciar palabras grandemente hechiceras. Analiza un pedacito de jipso, en el percibe una señal y nos dice.

—Mirad!...

Y entonces desarrolla mundos, animaliza los mármoles, vivifica la muerte y no hace llegar este genero humano tan tumultuosamente insolente, sino despues de innumerables dinastías de criaturas gigantescas, despues de razas de peces y de familias moluscas...

Y es á vosotros á quienes Cuvier instituye poe-

tas! A vosotros hombres débiles nacidos de ayer; á pesar de que vuestra retrospectiva mirada puede componer poemas inmensos, como quien diria Apocalipsis ilimitadamente retrógrados.

Entonces delante de tan estupenda resurreccion, á la voz de un solo hombre, este minuto de vida, esa partícula que nos cabe en usufructo dentro de este infinito sin nombre, comun á todas las esferas, y que nosotros hemos llamado con orgullo el tiempo, esta miajita dá compasion. Y en esto se pregunta uno á sí mismo al hallarse agoviado bajo el peso de tantos universos desconocidos á la par que arruinados, ¿de que sirven nuestras glorias, nuestros ódios, nuestros amores?... ¿Y á quien no le viene en su mente que la pena de vivir no deberia casi aceptarse, para venir á parar en un punto impalpable dentro del porvenir? Arrancados entonces del presente, estamos como muertos, hasta que venga nuestro lacayo á decirnos:

— Señor: la condesa se ha servido contestar que os aguardaria por la noche...

Las maravillas que habia presentado en el espíritu del jóven toda la creacion conocida, ocasionaron en su inteligencia aquel fluido anonadamiento que se apodera del filósofo á la inspeccion científica de producciones hasta él desconocidas.

Instigado mas que nunca por los deseos de morir, dejóse caer sobre una silla curul paseando sus

confusas miradas al traves la fantasmagoria del pasado, de la nada. En tal situacion iluminaronse los cuadros, las testas de virjen le sonrieron, las estatuas se colorearon con fantástica vida. Secundadas de la sombra y puestas en movimiento por la calenturienta tempestad que en su cerebro dilacerado fermentaba, tantas y tan diversas obras de que estaba rodeado se agitaron y formaron remolinos ante de él. Cada figura le tiraba una mueca particular. Los ojos de los personajes representados en el marmol, en la tela, parecian brillar en sus órbitas. Las diferentes formas del inmenso conjunto se estremecieron, y despues de palpitantes contracciones se iban destacando de su puesto, con gravedad ó lijereza, con gracia ó con brusqueria segun sus costumbres, su carácter, y su contestura. Pareció aquella vision á una misteriosa bacanal digna de ser comparada con las portentosas rarezas entrevistas en el *Brochen* por el Fausto de Goette.

Pero estos fenómenos de óptica producidos sea por el cansancio, ó escesiva tension de las fuerzas oculares, sea por los caprichos peculiares del crepúsculo, ó mejor por ambas causas á la vez, no eran capaces de espantar al jóven. Para su alma de antemano familiarizada con los horrores de la muerte, eran impotentes los terrores de la vida. Aun favoreció por un esfuerzo de su voluntad irónicamente

te cómplice, las singularidades de aquel galvanismo moral cuyos prodijios se avenian con sus postreros pensamientos, por medio de los cuales desentrañaba su triste ecsistencia.

Ayudado del profundo silencio, que en torno suyo reinaba, se sumerjió en dulce enajenamiento, y haciendose sus impresiones cada vez mas negras, imitaron de grado en grado, de diferencia en diferencia y como por encanto las lentas degradaciones de la luz.

Como un resplandor procsimo á dejar el horizonte produjera luchando contra la noche un postrer reflejo colorado, levantó la cabeza y vió á un esqueleto cuya blancura resaltando en medio de la sombra le permitió ver la direccion de su dedo: el cráneo de este esqueleto pareció inclinarse de derecha á izquierda como para decirle:

— Los muertos aun no te quieren !...

Pasando el jóven la mano por su anchurosa frente para rechazar el letargo que de él empezaba á apoderarse, sintió distintamente un aire fresco producido por no se que cosa velluda que pasó lijeramente por sus mejillas. En esto se estremeció. Pero como los vidrios resonáran con sordo crujido, pensó que tan fria caricia digna por cierto de los misterios de la tumba, sería obra de algun murcielago que por casualidad en aquel silencioso lugar se albergaría.

Los indecisos reflejos del poniente le permitieron aun por algunos instantes, percibir indistintamente las fantasmas del almacén. Luego, perdióse toda aquella naturaleza dentro un manto sombrío.

La noche, la hora de la muerte habia llegado, y de repente.....

Pasóse desde este momento un corto intervalo durante el cual ninguna percepcion determinada tuvo de lo terrestre, sea que hubiese caido en algun desvarío mas profundo, sea que no pudiera por mas tiempo resistir á la somnolencia motivada por el cansancio material, por la infinidad de pensamientos que habian desgarrado su corazon.

Mas, subitamente parecióle haber sido llamado con voz terrible, y experimentó el horroroso desapego que tanto nos conmueve cuando nos precipitamos en algun abismo durante algun penoso ensueño.

Aqui cerró los ojos, deslumbrado por los rayos de un vivo resplandor.

Vió brillar en el seno de las ya formadas tinieblas una rojiza esfera el centro de la cual ocupaba un anciano que estaba en pie y sobre su cara dirijia la luz de una lámpara al parecer misteriosa. No habia oido sus pasos, ni su voz ni sus jestos.....

Tuvo esta aparicion algunas vislumbres de majica. El hombre mas intrépido sorprendido como él en su letargo, hubiese temblado sin duda delante aquel

extraordinario personaje, el cual no parecia sino que hubiese salido de algun sarcófago vecino.

Sino hubiese sido por la singular juventud de los inmóviles ojos de aquella especie de fantasma, atribuyéralo el desconocido á efecto verdaderamente sobrenatural. Y aun á pesar de esto, durante el rapido intervalo que separó su vida somnambúlica de su vida real, estuvo en la duda filosófica encomendada por Descartes, y quedó bajo el poder de aquellas inexplicables situaciones, cuyos misterios rechazamos por orgullo, tratando de hacer su análisis con el auxilio de nuestros estudios impotentes.....

te estar suspendido en los espacios. Su barba cenicienta cortada en punta ocultaba la mitad del rostro de este ser extravagante, dándole la apariencia de aquellas judáicas cabezas, que sirven de tipo á los artistas cuando quieren representar á Moises.

Tan descoloridos estaban los labios de aqueste hombre, y tan sumamente delgados que debía ponerse particular atencion para adivinar en su blanca cara la línea trazada por su boca.

Su espaciosa y arrugada frente, y las sulcadas mejillas, la implacable fijeza de sus verdes ojocillos desprovistos de párpados y cejas, podian casi hacer creer al jóven que el *avaro* de Jerardo Dow habíase salido de su cuadro. Un grado de astucia increíble patentizado por las tortuosas arrugas y circulares hendiduras de sus carrillos, manifestaban claramente una profunda ciencia de las cosas de la vida.

A primera vista ya parecia imposible engañar aquel hombre, pues parecia leerse en su rostro el don de sorprender los pensamientos hasta en lo mas recondito del corazon mas discreto. Resumíanse en su frio semblante las costumbres de todas las naciones del globo, con sus sabidurias, del mismo modo con que se hallaban acumuladas en sus pulverulentos almacenes todas las producciones del mundo. Irradiaba una sorprendente conciencia de fuerza junto con la lucida tranquilidad de un Dios que todo lo vé, ó de un hombre que todo lo ha visto. Con

dos espresiones diferentes, con solas dos pinceladas, un pintor habria sacado de aquel rostro, ya un bello retrato del Omnipotente, ya la máscara infernal de Lucifer: percibíanse á la vez en el conjunto de sus facciones suprema potestad en la frente y siniestros desdenes en su boca.

Dijeriendo por un poder inmenso las amargura y pesadumbres humanas, este hombre debia haber alcanzado matar los goces terrenales. Palidecía uno de horror con el presentimiento de que aquel antiguo jenio habitaba una esfera desconocida del mundo, y que en su círculo vivia solitario, sin placeres, puesto que no tenia ya ilusiones; y sin dolor, puesto que ya no conocia los deleites.

Estaba en pie, inmóvil, fijo como una estrella en medio de su nube de luz. Sus verdes ojos que destilaban no se que malicia indiferente, parecian aclarar el mundo moral asi cómo su lámpara iluminaba el majestuoso gabinete...

Este fué el extraño espectáculo que sorprendiera al jóven al abrir sus cansados ojos, y esto despues de haber sido taladrado por infinitos pensamientos de muerte é infinitas imajenes fantásticas.

Y si se quedó como desatinado, si se dejó dominar momentáneamente por una credulidad digna de los niños al escuchar los cuentos de sus amas, debe atribuirse al velo que sus meditaciones estendieran sobre su vida y su entedimiento, al desvarío pro-

ducido por sus nervios tan irritados, al violento drama que por sus escenas le habia prodigado los delectes atroces que el opio suministra.

Esta vision acaecia en Paris en el muelle Voltaire, en el siglo decimo nono, época y punto en que todo jenero de majia debe ser imposible...

Hallándose junto á la casa en la cual muriera el dios de la incredulidad del siglo diez y ocho, discípulo de Gay-Lussac y de Arago, altamente despreciador de qualquier charlatanismo, sin duda nuestro jóven no obedecia mas que á las poeticas fascinaciones, en cuyo seno prestigioso se sumerjiera, y á las cuales nos entregamos á veces con delirio, como para sustraernos al abatimiento de asombrosas verdades, como para tentar la potestad de Dios...

Pero al fin, tembló ante aquella luz y ante aquel anciano conmovido, por un inesplicable presentimiento de un poder extraordinario. Pero semejante emocion precordial parecia á la que debia experimentar todo hombre que estuviere en presencia de Napoleon, ó de otro gran hombre rodeado del brillante resplandor de la gloria y del jenio.

Al verle, el anciano reconoció en una palabra el nombre del joven, y reconoció bien rápidamente en el nombre de este hombre, reconocido bien rápidamente en el nombre de este hombre que una vez habia visto en un momento de los acontecimientos de su vida, y desde entonces volvió á venir en el mundo real.

VII.

El anciano se adelantó hacia el joven, y le dijo: Este caballero desea ver el retrato de Jesu-Cristo pintado por Raphael?... dijo el anciano cortesmente, con voz tan sonoramente clara y breve que parecia tener algo de metálico.

Y dejó la lámpara encima de un resto de columna, de manera que toda su claridad caía sobre la brumosa caja.

Al oír los nombres verdaderamente religiosos de Jesu-Cristo y de Raphael, soltó el desconocido un jesto de curiosidad sin duda previsto ya de antemano por el viejo. El mercader de antigüedades tocó un resorte, y subitamente la cubierta de caoba resbaló lijeraente en sus encajes, cayendo sin hacer ruido, y dejando la pintura á la libre admiracion de nuestro jóven.

El mercader de antigüedades tocó un resorte, y subitamente la cubierta de caoba resbaló lijeraente en sus encajes, cayendo sin hacer ruido, y dejando la pintura á la libre admiracion de nuestro jóven.

Al aspecto de aquella creacion inmortal, olvidó las fantasias del almacén, las extravagancias de su sueño, en una palabra lo olvidó todo. Volvió á ser hombre, reconoció bien físicamente en el anciano no mas que una criatura de carne, viviente de ningun modo fantasmagórico, y desde entonces volvió á venir en el mundo real.

Inmediatamente fué embalsamado su espíritu por la tierna solicitud y benévola serenidad del divino semblante. Algun perfume de los cielos emanado, disipó las satánicas torturas que hasta la médula de los huesos le quemaban. Por entre tinieblas figuradas por un fondo negro, resaltaba luciente la cabeza del Salvador... Encantadora aureola de radios centellaba dulcemente en derredor de su cabellera desde la cual esta luz queria esparcirse. Habia en la frente y en todas sus carnes una conviccion elocuente que por penetrantes efluvios de cada una de sus facciones emanaba... Sus labios de carmin acababan de hacer resonar la palabra de vida, y el espectador demandaba á los aires su sagrada armonía, pedíale al silencio su encantador acento, la escuchaba dentro del porvenir, volvía á hallarla en las patentes lecciones del pasado... Finalmente todo el Evangelio estaba evidentemente traducido por la tranquila sencillez de sus ojos adorables, ojos en los cuales se refugiaban las almas pervertidas ó ajitadas, y donde su religion se leía por entero en

una suave mirada y magnífica sonrisa que parecia encerrarla en resumen, esprimiendo el precepto que la contiene toda:

— ¡ *Amaos unos á otros!*

Esta pintura inspiraba la plegaria, escitaba el perdón, mataba el egoismo, despertaba todas las virtudes aletargadas... El triunfo de Raphael era com puesto. El curioso olvidaba el pintor.

Su obra que participaba del privilegio de los encantadores arrebatos que la música produce, colocaba bajo el hechicero poder de los recuerdos.... El prestigio de la luz obraba á mas de esto sobre la tal maravilla. De vez en cuando hubiérase dicho que la cabeza se elevaba á lo lejos en medio de alguna nube.

— Yo cubrí este cuadro que veis de monedas de oro!... dijo friamente el mercader.

— ¡ Y bien! no hay mas remedio que morir!... exclamó el jóven que ya acababa de salir de un embeleso cuyo último pensamiento le habia vuelto á estrechar en su fatal destino, haciendole bajar por deducciones insensiblemente graduales desde toda la altura de una esperanza postrera, esperanza á la cual se agarrára.

— ¡ Ah! ¡ ah! con que tenia razon en desconfiar de tí... contestó furiosamente el anciano agarrando ambas manos del jóven y apretandolas en una de las suyas como dentro de un estuche de hierro.

Sonrió tristemente el desconocido por la equivocación del viejo, y dijo con voz de calma.

—¡Eh, buen anciano no temais! se trata de mi vida y de ningún modo de la vuestra... ¿Y pues que me apurais, porque no tengo de descubrir os una supercheria inocente? continuó despues de haber mirado con inquietud al viejo...

Esperando la noche para poderme ahogar sin barullo, determiné venir á ver vuestras riquezas. ¿Y quien no perdonaria este último placer á un hombre de poesía y de ciencia?...

Pero el desconfiado viejo ecsaminaba con terrible sagacidad el nada placentero semblante de su curioso en el entretanto que esprimia estas razones, y tranquilizado por el acento de su voz dolorida, ó leyendo tal vez en su tétrico semblante los siniestros destinos que poco antes horrorizaron á los jugadores, soltóle las manos que con tanto vigor habia apretado. Pero aun por un resto de sospecha que acusaba una esperiencia universal y profunda, estendió casi maquinalmente su brazo hácia un bufete como para apoyarse en él, y tomando un verdugillo que sobre él se hallaba le dijo, mirándole de hito á hito:

—¿Seríais por ventura por espacio de tres años empleado supernumerario de la tesoreria sin haber recibido durante ese tiempo gratificación alguna?

No pudo menos nuestro desconocido de sonreirse é hizo luego un ademan negativo.

— Hubieraos reprochado vuestro padre con sobrado calor el haber venido al mundo?... ó bien os hallais deshonrado?...

— Si deshonrarme quisiera... viviria.

—¿Fuisteis acaso silvado en los Funambulos?... ó bien estais en la necesidad de componer versos alegres para pagar el entierro de vuestra querida? no tendríais antes de todo eso la monomania del oro?... quereis desembarazaros de alguna melancolía?... por fin hablad; que estravió os fuerza á morir?...

— No en las razones vulgares que causan los mas de los suicidios pretendais encontrar el principio de mi mal... Para dispensarme de descubrir os tormentos horribles cuales dificilmente podrian espresarse en lenguaje humano, sabed que estoy dentro de la mas profunda, la mas innoble, la mas desgarrante de todas las miserias conocidas y por conocer.

— Y lo que es mas, con un tono de voz cuya salvaje arrogancia desmentia casi sus palabras precedentes, ni quiero mendigar socorros ni consuelos.

— Eh, eh... contestó el anciano.

Parecieronse estas dos silabas al grito de una crecela.

— Sin yo consolaros y sin vos implorarme, sin que tengais que ruborizaros, continuó el mercader, y sin que os dé;

Un centime de Francia,

Un parat del Levante,
Un taren de Sicilia,
Un heller de Alemania,
Un solo maravedi del mundo antiguo ni una sola
piastra del nuevo;

Sin daros la menor cosa en

Oro,

Plata,

Papel,

O cobre,

Puedo haceros mas rico, mas poderoso y mas
considerado que un rey constitucional... Eh! eh!...

Nuestro jóven quedó casi del todo entorpecido,
creyendo que el mercader se hallaba en la imbeci-
lidad de aquella infancia propia de la vejez.

— Volved la cabeza... dijo el mercader tomando
de repente la lámpara para dirijir su resplandor á
la pared que hacia frente al retrato.

Y en breve añadió...

— Mirad esta piel de ZAPA.

VIII.

Volvióse el jóven bruscamente y dejó escapar un
jesto de sorpresa contemplando un fenómeno asaz
extraordinario.

Un pedazo de *zapa* suspendido en la pared pre-
cisamente sobre el mismo sitio en el cual se habia
sentado, y cuya dimension era poco mas ó menos
la de una piel de zorra, parecia despedir rayos lu-
minosos. En el seno de la oscuridad profunda que en
el almacen reinaba entonces, se hubiera tomado por
la cola de un pequeño cometa.

Acercóse al pretendido talisman el incrédulo jóven,
soberano ya contra el infortunio, burlándose de él
por una frase mental; pero movido sin embargo de

una curiosidad á la sazón legítima, inclinóse para mirarle alternativamente bajo todas sus faces. Y descubrió en breve, que aquella luz singular era producida por una causa natural. Tan bien cuidados y bruñidos eran los granos de la piel, tan limpias y tersas sus caprichosas sinuosidades, que parecidas á facécitas de granate figuraban las asperidades de aquel cuero oriental otros tantos hogarillos que reflejaban vivamente la luz.

Luego demostró matemáticamente la razón de este fenómeno al anciano quien por toda respuesta sonrió con malicia.

Y como esta sonrisa indicára al jóven que podia ser muy bien en aquel instante estafado por alguna charlataneria, para no sepultarse en la tumba con un enigma de mas, revolvió la piel con mucha prontitud á la manera de un niño impaciente por conocer los inocentes secretos de algún nuevo juguete.

— Ah! ah! exclamó luego, esta es la señal del sello que los orientales llaman *el sello de Salomon*.

— ¡ Con que lo conoceis! preguntó el mercader de curiosidades que con una risa nasal, manifestó mas ideas de lo que hubieran podido hacerlo las mas enérgicas palabras.

— ¡ Puede haber en el mundo un hombre tan necio que crea en las extravagancias de esta quimera!... dijo el jóven altamente incomodado por la muda sonrisa del viejo llena de amargas derisiones.

— ¿ Acaso no sabemos, añadió, que las supersticiones del oriente han consagrado la forma mística y los mentirosos caracteres del representante de una potestad fabulosa?... Podeis estar bien persuadido que no seré tachado de imbecilidad en esta circunstancia, como tampoco lo fuera si se tratase de esfinjes ó de grifones, cuya ecsistencia es en algún modo científica.

— Ya que sois un orientalista, tal vez pudierais leer esta sentencia...

Trayendo entonces la lámpara bien cerca del talisman que el jóven tenia por su parte posterior, hizo percibir caracteres en el tejido celular de la piel maravillosa, incrustados de manera que parecían producidos por la misma naturaleza en el animal á quien la piel perteneciera.

— A la verdad confieso, exclamó el desconocido, que no me es muy facil acertar con el procedimiento por medio del cual se consiguió grabar tan profundamente esas letras sobre la piel de un onagro.

Y volviéndose con inquieta curiosidad hácia las mesas de mil diferentes objetos cargadas, parecia devorarlos con sus ojos.

— Que os falta?... preguntóle el anciano.

— Un instrumento para probar si las letras están marcadas superficialmente sobre el cuero, ó si están incrustadas.

Inmediatamente el anciano le presentó un pequeño

estoque. Tomóle y probó de cortar horizontalmente la piel en el espacio que ocupan las letras; pero luego que hubo separádo una lijera capa de cuero, volvieron á aparecer tan claras las palabras y de tal modo conformes á las que sobre la superficie estaban, que por un instante creyó que nada habia tocado.

— La industria del levante posée secretos que realmente le son peculiares! dijo mirando la sentencia oriental con alguna inquietud.

— Esto es, respondió el viejo: mas vale atribuirlo al ingenio humano que á la intelijencia divina!

Las palabras misteriosas se hallaban dispuestas del modo siguiente:

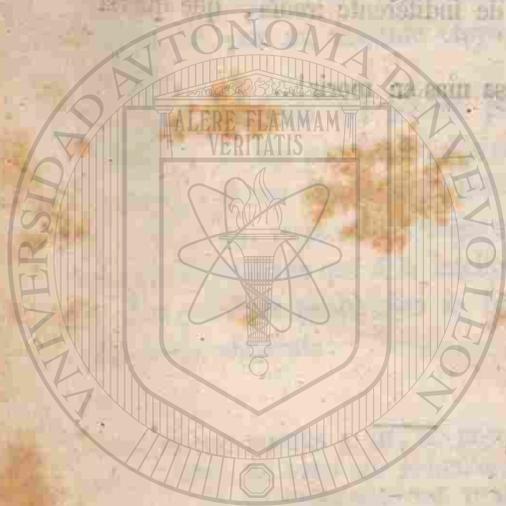
SI ME POSEES Á MI, LO POSEERÁS TODO.
 MAS TU VIDA ME PERTENECERÁ. DIOS
 LO HA DISPUESTO ASI. DESEA, Y TUS
 DESEOS SERÁN CUMPLIDOS, PERO
 REGULA TUS PRETENSIONES POR
 TU VIDA. ESTARÁ AQUI. Á CADA
 UNO DE TUS DESEOS DISMI-
 NUIRÉ, COMO TUS DIAS. ME
 QUIERES AHORA? TOMA:
 DIOS TE SATISFARÁ.
 — AMEN!

— Ola! veo que leéis seguidamente el sanskrit!...
 le dijo el anciano. Sin duda habreis viajado por la
 Bengala ó en Persia.

No señor, respondió el jóven tocando con mucha curiosidad la piel simbólica asaz parecida por su poca flecsibilidad á una hoja de laton.

En esto, el viejo mercader puso segunda vez la lámpara sobre la coluna ya citada, no sin lanzarle una mirada llena de indiferente ironía, que queria decir:

— Ya no piensa mas en morir!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Pero en fin ¿es esto una farsa, un misterio, ó que?.. preguntó con viveza el jóven.

El anciano meneó un poco la cabeza y dijo muy gravemente:

—Con precision no podria deciroslo. Lo cierto es que he ofrecido mas de una vez el talisman que habeis visto con su terrible poder á hombres dotados de mayor enerjia que vos, á lo que parece; pero al mismo tiempo que se han burlado de la problemática influencia que sobre el porvenir de sus destinos debia ejercer, ninguno se ha atrevido á firmar ese contrato propuesto tan fatalmente por no

sé que potestad. Respecto á mí os confesaré que hasta ahora he hecho como ellos, como ellos he dudado, me he abstenido, y...

—¿Y ni siquiera habeis ensayado? dijóle el jóven.

— Ensayar !... repuso el anciano. Si estuvierais en la cumbre de la coluna de la plaza Vendóme ¿ensayarais el echaros por los aires?... ¿Puede uno detener el curso de la vida? Ha sido nunca dueño el hombre de partir por medio á la muerte?

Antes de entrar en mi gabinete, habiais determinado perecer suicidandoos... Mas, de improvisos preocupa un secreto, que os distrae de la muerte. ¡Ah jóven! ¿Cada uno de vuestros días no será por ventura un enigma mucho mas interesante que este que ha podido distraeros ahora?...

— Oidme un instante...

Yo ví la corte licenciosa de Luis XV... Y en aquella epoca, era yo niño, como vos ahora, y era tambien miserable: víme obligado á mendigar pan. No obstante he llegado á la edad de ciento y dos años, y á poseer millones... La misma desgracia me ha deparado las riquezas, y la ignorancia me ha instruido.

Voy á revelaros en pocas palabras un grande misterio de la vida humana.

El hombre se aniquila por dos actos instintivamente cumplidos que agotan los manantiales de su existencia. Dos verbos esprimen todas las

formas con las cuales se revisten estas dos causas de muerte: *querer* y *poder*.

Entre estos dos términos de los actos humanos hay otra fórmula de la cual los sabios se apoderan y á la que soy deudor de los placeres y de la prolongacion de mi vida. *Querer* nos consume, y *poder* nos destruye; pero *SABER* constituye nuestra flaca organizacion en un estado de tranquilidad bonancible. De suerte que, el deseo ó el querer se halla muerto para mí, anonadado por el triunfo de mi pensamiento, y el movimiento ó el poder háse insensiblemente resuelto por el juego natural de mis órganos. En una palabra, hé colocado mi vida, no en el corazon que se quebranta, no en los sentidos que se embotan, sino en el célebro que es mas consistente y sobrevive á todas las demas partes del cuerpo.

Por esto ni mi alma ni mi cuerpo han sido violentados por excesos de ningun jénero. Sin embargo he visto el mundo entero: he estampado las plantas de mis pies en los mas encumbrados montes de América y de Asia: he aprendido todos los idiomas que los hombres hablan, y vivido bajo todos los rejimenes. He prestado dinero á un chino, guardando en prenda el cadáver de su padre, y dormido con mis tesoros en medio del desierto bajo la tienda del Araabe, fiado no mas que en su palabra; y al paso que en las capitales europeas ecsijia contratos forma-

les, he dejado sin temor mis riquezas en la ca-
baña del salvaje..... Todo lo hé alcanzado, por-
que todo hé sabido despreciarlo. [Mi única ambi-
cion ha sido la 'ambicion de ver; puesto que ver,
es saber. ¡ Oh! saber, buen jóven, ¿no es gozar in-
tuitivamente? ¿No es verdad que saber es descu-
brir la misma sustancia íntima de las cosas, y apo-
derarse de ella..... pero de ella y de su esencia?
¿Decidme que nos queda de una posesion mate-
rial?... Nada mas que una idea. Imaginad por con-
siguiente cuan bella no debe ser la vida de aquel
hombre que alcanzando á imprimir todas las reali-
dades en su mente, acarrea las 'fuentes de la fe-
licidad á su espíritu, y de aqui estrae mil deleites
ideales, desnudos de toda inmundicia terrenal. El
pensamiento si, que es la llave de todo tesoro. Faci-
lita los placeres del avaro sin hacer participar de sus
cuidádos... Por esto me he elevado en algun modo so-
bre el mundo, donde mis placeres han sido siempre
goces intelectuales y divinos. Mis extravíos siempre
consistieron en la contemplacion de los mares, de
los pueblos, de las montañas y sus bosques!... To-
do lo he visto; pero debo advertiros que ha sido
sin fatiga y muy pausadamente: jamas ansié la me-
nor cosa, al contrario, siempre esperé que se me
presentára naturalmente. Me he paseado por el uni-
verso como por un jardin que me perteneciera.

Todo lo que los hombres llaman pesadumbres,

amores, ambicion, reveses, tristeza, han sido y son
para mí ideas que convierto en embelesos. En vez
de sentir las, las esplico, las traduzco; y en lugar
de permitir que mancomunadamente devoren mi
vida, yo las dramatizo, las desenvuelvo, y me
complazco en su continuacion como si fueran nove-
las que leyese por vision interior... No habiendo es-
timulado extraordinariamente mis órganos, disfruto
todavia en la edad en que me veis de robusta salud;
y por haber heredado mi espíritu toda la fuerza
orgánica de la cual nunca abusé, esta cabeza se halla
aun mucho mejor amueblada que mis almacenes...
— Aqui!..... exclamó dándose una palmada en
la frente, aqui están los millones. Yo paso deli-
ciosamente mis dias ocupado en echar inteligentes
miradas á través de lo pasado. Resucito naciones en-
teras, sitios, vistas del Océano, cuadros encantado-
res! Tengo un serrallo imaginario en cuyo harem
poseo á todas las mujeres que no han sido mias...
Consulto las guerras y las revoluciones, y las juzgo!...
Oh! ¿como es posible preferir enfermizas y pasaje-
ras admiraciones de algunas carnes mas ó menos
coloradas, de formas mas ó menos contorneadas,
como preferir los infalibles desastres de las volun-
tades humanas amargamente engañadas, á la tan
sublime facultad de convocar al mismo mundo en
el tribunal del entendimiento, al tan inmenso pla-
cer de moverse ilimitadamente sin estar encadena-

do por los lazos del tiempo y del espacio? como preferir aquellos goces, si goces pueden llamarse, comparados con la potestad universal de abarcarlo todo, y ver todas las partes del todo, de asomarse al borde del mundo para consultar desde sus ventanas á las otras esferas, y comprender á Dios?...

— Esto!... dijo con voz sonora indicando con el dedo la piel de zapa, esto es el *poder* y el *querer* reunidos!... Son vuestros deseos escesivos, vuestras destemplanzas, son vuestros placeres que matan, y vuestros dolores en el reinado de los cuales es la vida tan larga!... Porque el mal no es tal vez sino un placer violento. ¿Quién sabe el punto en el cual una sensacion voluptuosa se convierte en dañina, y el punto en el cual el daño pasa á ser otra vez sensacion voluptuosa?... Las luces mas vivas del mundo ideal aun acarician la vista, al paso que la lastiman las tinieblas mas lijeras del mundo fisico. ¿Por ventura *sabiduria* no deriva de saber?...

¿Y cuales son las causas de la demencia? Confesar debe cualquiera que es el exceso de un querer ó de un poder...

— Pues bien, si! quiero saber... exclamó el desconocido joven agarrando la simbólica piel.

— Ola joven! gritó el anciano con increíble prontitud.

— Un dia determiné pasar mi vida en el estudio y la ciencia, pero disté mucho de haber vivido

feliz con aquello que el estudio y la ciencia me proporcionaron. No penseis que me haya dejado alucinar por vuestro sermón digno de Svendemborg y por el talisman del oriente, ó sea por los caritativos esfuerzos que pareceis hacer para que me quede en un mundo en el cual ya no puedo vivir.

— A ver? continuó apretando la piel con mano convulsa á la par que mirando al anciano. Quiero una cena suntuosamente espléndida, alguna bacanal digna del siglo en el cual, segun se dice, todo se ha perfeccionado!... Quiero que los convidados sean jóvenes, instruidos y despreocupados, alegres hasta la locura!... Que los vinos se sucedan siempre mas incisivos, mas espirituosos, y tengan fuerza bastante para emborracharnos por tres dias. Y que la noche esté adornada de mujeres que me enajenen indefinidamente! Quiero por fin ver á la orjia en su delirio, rujiente, y en su carro de cuatro caballos que nos traslade mas allá de los límites del mundo sumerjiéndonos en playas desconocidas... Y bien; ora las almas se remonten al cielo, ora se revuelquen en el fango, quien se atreve á decir en el cual de los dos casos se elevan ó se abajan?... Poco me importa! Pero yo mando á ese siniestro poder de fundirme todos los deleites y alegrías en un solo goce!.. Si, necesito abarcar los placeres del cielo y de la tierra en un postrer abrazo para morir enajenado... Por tanto hé deseado priapeyas antiguas des-

pues del vino, y cantos que puedan despertar á los muertos, y besos redoblados, besos ardientes, cuyo ruido pase sobre Paris como los estallidos de un incendio, y que despierte á todos los matrimonios inspirándoles un ardor devorante, capaz de rejuvenecer hasta los septuagenarios!...

Un estrépito de risa escapado de la boca del anciano, resonó como un vajido del infierno.

El jóven se detuvo por la interruptora risa del mercader.

— ¿Pensais dijo este, que mis estancias van á abrirse de repente para dar libre paso á suntuosas mesas, á convidados del otro mundo? No, no, jóven atolondrado. ¡Habeis firmado el contrato!..... Esto basta.

Desde ahora vuestras voluntades serán escrupulosamente satisfechas; pero recordadlo bien: á espensas de vuestra vida. El círculo de vuestros días representado por esta piel, estrecharáse mas y mas segun el número y la fuerza de vuestros deseos á contar desde el mas ligero hasta el mas escorbicante!.....

El bracmano de quien recibí el talisman me esplicó por estenso que se efectuaría una correlacion misteriosa entre la vida y los deseos del que lo poseyera. El deseo que acabais de formar pudiera yo realizarlo, es asaz vulgar; pero lo dejo al cuidado de vuestra nueva vida. A mas de que ¿no que-

riais morir? ¡Y bien! no habeis hecho mas que diferir vuestro suicidio...

Sorprendido y casi irritado nuestro jóven por verse siempre satirizado por aquel viejo singular, cuya intencion semifilantrópica le pareció claramente demostrada en su última ironía, respondióle en tono reactivo.

— No tardaré mucho, buen anciano, en saber el cambio de mi fortuna, pues que para cambiarse no le doy mas tiempo que el necesario para ir de aqui al puente... Pero si no llevais á cuenta burlaros de un infeliz, deseo para vengarme de regalo tan fatal que os enamoreis de alguna bailarina! Entonces concebireis los arrebatos del libertinaje, y llegareis á ser tal vez muy pródigo de todos los bienes que tan filosóficamente os procurasteis! Despues de estas palabras saludó lijeraente al anciano sin oír un gran suspiro que quizas este arrojába. Atravesó las salas, bajó las escaleras de la casa seguido del carrilludo mancebo quien en vano se dió priesa en alumbrarle; nuestro jóven corria con la velocidad de un ladron cojido en el acto de perpetrar su delito.

Obcecado por una especie de delirio, ni solamente advirtió la ductilidad admirable de aquella piel de zapa la cual habiendose vuelto blanda como un guante, se arrolló bajo sus frenéticos dedos y pudo entrar de este modo en la faltriquera de su fraque, donde la puso con un movimiento maquina.



X.

Saliendo con mucha precipitación de la tienda, topó el desconocido con tres jóvenes que iban asidos de los brazos.

— ¡Animal!

— ¡Imbécil!

Tales fueron las graciosas interpelaciones que se dirigieron mutuamente.

— ¡Calla: si es Rafael!

— ¡Ah! ¡ah! bien, gracias á todos los infiernos! te estabamos buscando!

¡Como, sois vosotros!

Estas frases amicales sucedieron á la injuria producida por el encuentro, á la verdad asaz brusco,

luego que el resplandor de un reverbero balanceado por el viento aclaró los semblantes de aquel grupo admirado.

—Amigo mio, dijo á Rafael el jóven que antes le insultára, debes venir con nosotros.

—¿Pero que novedad hay?

—Tú ven, siguenos, ya te contaré el caso mientras andemos!.....

Y de grado ó por fuerza hallóse Rafael rodeado de sus amigos que habiendole tomado por los brazos le hicieron seguir en su alegre compañía encaminándose hácia el Puente de las Artes.

—Debes de saber amigo mio, dijo el orador continuando, que hace ya una semana que te estábamos buscando. Fuímos primero á tu respetable posada de San-Quintin cuya inamovible muestra (para decirlo entre paréntesis) admiramos por sus letras siempre alternativamente negras y rojas como en tiempo en que vivia en ella J.-J. Rousseau; y tu Leonarda nos dijo que te habias ido al campo desde primeros de junio. Sin embargo no podiamos de ningun modo parecer jente de ecsijencia; alguaciles, acreedores, guardias del comercio, etc...No importa! Como Rastignac te habia visto pocos dias antes en la ópera, continuamos nuestras investigaciones y empleamos todos los recursos para saber si te habrias ahorcado en algun árbol de los Campos-Eliseos; si dormirias acaso por dos sueldos en aquellas casas filantrópicas donde

duermen los mendigos balanceados en esteras tendidas, ó si finalmente te habrias establecido en algun mal burdel.

¡Tampoco podimos hallarte en las mazmorras del hospital! Como ya habiamos sabiamente explorado los ministerios, Opera, casas conventuales, los cafés y bibliotecas, listas de prefectos, despachos de periodistas, fondas, teatros y para decirlo de una vez todo lo que hay en Paris de buenos y de malos lugares, nos lamentábamos de la pérdida de un hombre como tú, dotado de un talento estendido hasta el punto de hacerse buscar igualmente en el palacio del rey y en los calabozos de la cárcel...

Mientras esto decian, pasaban el Puente de las Artes, y Rafael sin escuchar á sus amigos, miraba al Sena, cuyas murmurantes aguas reflejaban las luces de Paris.

Las predicciones del anciano se habian cumplido precisamente sobre el rio desde el cual poco antes queria precipitarse: y la hora de su muerte se habia fatalmente alejado...

—Y como digo, te echábamos menos....; puedes creerlo!... dijo su amigo. Trátase de una combinacion en la cual tu debes jugar en calidad de hombre que siempre puede colócarse sobre todos los asuntos.

—El escamotaje de la bola constitucional bajo el cubilete del rey hácese ahora, querido Rafael, mas

gravemente que nunca. La infame monarquía por el heroísmo popular anonadada, era mujer de mala vida con la cual podía reirse y banquetear; pero la patria es una consorte bonaza y virtuosa cuyas caricias deben por fuerza ó de buen grado aceptarse... Por tanto pues, el poder se ha transportado, como sabes del palacio del rey á las oficinas de los periodistas, así como el presupuesto ha mudado de barrio, pasando del arrabal San-Germain á la Chaussée-de Antin. (1)

¡ Pero hé aquí lo que tu no sabrás! El gobierno, es decir la aristocrécia de banqueros y abogados, que son para la patria lo que en otro tiempo eran los eclesiásticos para la monarquía, el gobierno digo, ha sentido la necesidad de mistificar con palabras é ideas nuevas el buen pueblo de Francia, ni mas ni menos que lo hacian los rejentés del absolutismo. Trátase pues de inculcarnos una opinion monarquicamente nacional, probándonos que es mucho mas cómodo pagar mil doscientos millones treinta y tres centésimos á la patria representada por los señores tales y tales, que la misma suma poco mas ó menos á un rey que decia yo, en vez de decir nosotros; en una palabra, se ha creado un periódico

(1) La *chaussée d' Antin* es una de las calles que desembocan al *boulevard* de los italianos y una de las mas concurridas por los modernos elegantes.

armado de sus buenos dos ó trescientos mil francos, con el fin de hacer una oposicion que contente á los descontentos, sin perjudicar al gobierno nacional del rey ciudadano.....

Pero siendo así que nosotros nos burlamos de la libertad, como tambien del despotismo, de la religion como de la incredulidad; que para nosotros la patria es una capital en que todas las ideas se benefician, en que todos los dias producen abundantes comidas, numerosos espectaculos en los cuales no faltan celebres concubinas, cenas que duran toda la noche, amores tan pasajeros como las ciudadanas; y siendo incontestable que Paris será en todos tiempos la mas adorable de todas las patrias!... la patria de la alegría, de la libertad, del gusto, de las bellas mujeres, de los disolutos, y del buen vino; y que nunca el poder será demasiado duro en su recinto...

Nosotros, verdaderos sectarios del dios Mefistófeles:

Habemos emprendido de formar el espíritu público, de recomponer los actores, de clavar tablas nuevas á la barraca gubernativa, de medicamentar á los doctrinarios, de recoger á los republicanos viejos, de reorganizar á los bonapartistas y ordenar los centros, con tal que se nos permita reir *in petto* de los reyes y de los pueblos, y de variar de rumbo en caso necesario, y de pasar una vida festiva, así, á lo

Rabelais, ó *more orientali*, tendidos sobre voluptuosos cojines.....

Por consiguiente, como te destinábamos las riendas de este imperio macarrónico y burlesco, te conducimos via recta á la cena instalada y pagada por los fundadores de dicho periódico.

Serás recojido como hermano, é inmediatamente te saludaremos rey de esos ingenios volcánicos que jamas se arredran, cuya perspicacia descubre las intenciones del Austria, de la Inglaterra ó de la Rusia, antes que la Rusia, la Inglaterra ó el Austria tengan intenciones...

Si; instituiremoste soberano de aquellas potestades inteligentes que dán al mundo los Mirabeau, los Talleyrand, los Pitt, los Metternich, en una palabra todos esos grandes ladronazos cuya ocupacion consiste en jugar entre sí los destinos de un imperio, sin mas escúpulo que el que tienen los hombres vulgares jugando su *kirche* al dominó.....

Hémoste asegurado por el mas intrepido campeón que haya jamas luchado á brazo partido con el libertinaje, ese monstruo multiforme al cual quieren abrazar todos los grandes ingenios! Hasta hemos afirmado, que aun no te habia vencido. Confio mi buen amigo que no nos dejarás mentir. El factotum nos ha prometido aventajar de mucho las estrechas saturnales de los pequeños Lucullos moder-

nos... Es rico asaz para poner grandeza en las pequenezes, gracia y elegancia en el vicio...

¿Oyes, Rafael? preguntó el orador interrumpiéndose.

— Si!... respondió nuestro jóven no tan admirado del cumplimiento de los deseos que en el almacén formó, como sorprendido del modo natural y sencillo con que se encadenan los sucesos. Aunque le fuera imposible creer á májicas influencias, no obstante le asombraban casi los azáres del humano destino.

— ¡ Mas tú nos dices que si!... como si pensáses en la muerte de tu abuelo... replicóle uno de sus camaradas.

Ah! dijo Rafael con tan candoroso acento que provocó á risa á los tres escritores, la esperanza de la *Francia romantizada*, es que estaba pensando amigos míos, que somos prójimos á ser unos grandes bribones... Hasta ahora hemos hecho el impio solamente entre dos vinos; hemos pesado la vida, pero siendo entusiasmados; hemos apreciado las cosas y los hombres, diciendo; vírgenes prácticamente eramos atrevidos en palabras; pero marcados ahora con el sello corrosivo de la política, vamos á entrar en la terrible galera, y perder en breve nuestras ilusiones... Asi es, que cuando ya uno no cree mas que en el diablo, bien podeis perdonarle que eche menos el paraíso de la adolescencia,

aquel tiempo anjelical en que tendiamos tan devotamente la lengua á un buen cura, para recibir el sacrosanto cuerpo de nuestro señor Jesu-Christo... Ah! amigos míos, si encontrabamos tantos placeres al cometer nuestros primeros pecadillos, era porque teniamos temores ó sea remordimientos para darles mas realce, y aquellos mismos escrupulos los embellecian dándoles mas sabor, mas gusto; mientras que ahora...

— Oh! ahora, dijo el primer interlocutor, aun nos queda...

— Que!... dijo otro...

— El crimen.

— Ah! hé aqui una gran palabra; pero tiene toda la altura del cadalso, y toda la profundidad del Sena!..... contestó Rafael.

— Oh! no me entiendes... yo quiero decir; crímenes políticos... Desde esta mañana no estoy mas que por una ecsistencia..... la de los conspiradores..... Mañana, no sé si mi capricho sera muy duradero, pero toda esta tarde mi corazon sobresalta de disgusto á causa de la agostada vida de nuestra civilizacion pálidamente uniforme como los carriles de un camino de hierro! Me muero de simpatía por los desastres de la campaña de Moscou, por las emociones del *Corsario rojo*, y estoy enamorado de la vida de los contrabandistas. Ya que no hay mas Cartujos aqui en Francia, quisiera por lo menos un

Botany-bay, una especie de enfermeria destinada á los pequeños lord Byron, quienes despues de haber revuelto la vida como una servilleta despues de comer, no tienen mas recurso que incendiar su pais, levantarse la tapa de los sesos, clamar por la república ó la guerra.....

— Emilio, dijo calorosamente el vecino de Rafael al interlocutor, á fé de hombre, sin la revolucion de julio me metia á cura para irme á pasar una vida animal en el fondo de alguna provincia, y...

— ¿Y habrias leído el breviario todos los dias?...

— Si...

— Eres un necio.

— ¿Pues no leemos los periódicos?...

— Mira ¿que os parece? porque tu eres periodista...

Pero calla, mira que andamos en medio de una masa de suscritores. El periodismo ¿entiendes?... es la religion de las sociedades modernas, y hemos progresado en esto, es decir que los nuevos pontífices de esta religion no están obligados á creer, y sus buenos fieles tampoco.

Y con estas razones propias de aquella jente que sabia de memoria el libro de *Viris illustribus* mucho tiempo habia, llegaron á una casa de la calle Joubert.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

Emilio era un autor que había adquirido mas gloria en sus caídas, que la que otros recojen en un buen escrito. Atrevido en sus composiciones, lleno de facundia, y satírico por esencia, reivindicaba con sus buenas cualidades las faltas de que adolecía: era franco, burlon, y echaba á los bigotes un epigrama á uno de sus amigos á quien hubiese defendido en su ausencia con bravura y lealtad. De todo se burlaba, hasta de su propio porvenir; y con pocas blancas en el bolsillo, quedábase como todos los hombres de alguna trascendencia, sumerjido en una pereza inesplicable, tirando todo un libro con una sola palabra á la cara de ciertas jentes que cuan-

do escriben sus voluminosos tratados nada dicen en sus libros. Nada sobrio de promesas que jamas realizaba, habiase hecho de toda su fortuna y gloria una almohada para dormir, corriendo de esta manera entre dos probabilidades, la de despertarse viejo, en el hospital... Por lo demas, amigo hasta el cadalso, fanfarron de cinismo, y sencillo como una criatura, trabajaba por acaloramiento, y alguna que otra vez por necesidad.

— ¡Vamos á regocijarnos en grande! como que será gastronómico-artísticamente; dijole á Rafael mostrandole las cajas de flores, que á las escaleras emprimaveraban, y embalsamaban los patios.

Ah! cuanto me gustan las entradas bien dispuestas, y de ricos tapices guarnecidas!... respondió Rafael. El lujo, á principiar por el peristilo es en Francia muy raro... Aquí me siento renacer...

— Y allá arriba vamos á beber y reir todavia una vez en nuestra vida, mi buen Rafael.....

— Ah! cuidado, Rafael, continuó, mira que nosotros debemos ser los vencedores, y andar sobre todas estas cabezas que ves!...

Y con triunfante ademan, mostróle los convidados, al entrar en un salon resplandeciente de luces y opulencia.

Inmediatamente se hallaron rodeados de los mas distinguidos jóvenes de Paris.

Uno acababa de revelar un talento desconocido,

y rivalizar por su primer cuadro con las glorias de la pintura imperial.

Otro habia descollado dos dias antes con un libro lleno de verdor que con puntas de desprecio literario descubria nuevas sendas á la escuela moderna.

Mas allá un estatuario, cuyo áspero semblante indicaba un vigoroso jenio, hablaba con uno de esos críticos *imparciales*, que segun la ocurrencia ya no quieren ver superioridades en ninguna parte, ó ya las reconocen á cada paso.

Aquí, el mas ingenioso de nuestros caricaturistas de mirada maligna, y boca mordaz, espiaba los epigramas para luego traducirlos con el lapicero.

Un poco mas acá aquel jóven y audaz escritor quien mejor que otro cualquiera, la quinta escencia de los pensamientos políticos distilára en un folletin con la mayor facilidad, ó el espiritu de otro escritor fecundo condensára, conversaba con aquel poeta, cuyos escritos aterrarian todas las obras contemporáneas, si tuviere su talento la potestad de su odio. Ambos hacian lo posible para no decir la verdad, y al mismo tiempo para no mentir, dirijiendose placenteras lisonjas.

A un lado un músico famoso, con acento burlon y en *si bemol*, consolaba á un jóven político recientemente caido de la tribuna sin hacerse ningun daño. Veíanse jóvenes autores sin estilo al lado de jóvenes

autores sin ideas, y prosistas llenos de poesía juntos á poetas altamente prosáicos, y al contemplar tan imperfectos seres, llamaba la atención un pobre san-simoniano que asaz inocente todavía para creer en la doctrina de su religión, los hermanaba caritativamente, queriendo transformarles sin duda en cofrades de su orden.

Finalmente había dos ó tres de esos sabios destinados á acibarar la conversacion, y abundancia de vodevilistas, prontos siempre á entretenerla con sus efímeros resplandores, que parecidos al brillo del diamante, no dan ni luz ni calor...

A mas, algunos paradojistas se reían interiormente de los que aplaudían su misma admiración ó su desprecio para con los hombres y las cosas, sabiendo manejar aquella política de dos cortes por medio de la cual conspiran contra todos los sistemas sin intrincarse en ninguno.

No faltaba en aquella reunion el hombre *juzgador* el cual no se admira de nada, se suena en medio de una cavatina en el teatro, al mismo tiempo en que dice *brava!*... antes que todos los demas concurrentes, sin ceder por eso el derecho de contradecir á los que le precedieron en su voto; nuestro hombre estaba también allí, tratando de adjudicarse los pensamientos de los hombres á la moda.

Entre todos los convidados, cinco podían con fundamento esperar algun porvenir, á unos diez podiais

atribuirles alguna gloria vitalicia; y por lo que toca á los demas, ya podían decirse simultáneamente, ni mas ni menos que todas las medianías, la famosa palabra de Luis XVIII... Union y Olvido...

El anfitrión ó factotum tenía la cuidadosa alegría de un hombre que gasta para una reunion dos mil escudos, y como de tiempo en tiempo se dirijieron sus miradas con cierta impaciencia hácia la puerta del salón, era fácil pronosticar que todos los convidados se hallaban reunidos menos uno... En breve presentóse un gordo regachote inmediatamente acodado por un lisonjero rumor. Era el notario que aquella misma mañana había acabado de crear el periódico diario.

En este mismo instante, un ayuda de cámara se encaminó precipitadamente á una grande puerta, que era la del corredor, y cada uno fué sin ceremonia á instalarse en su puesto en derredor de una mesa enorme.

Y antes de dejar los salones, lanzó por todo su recinto Rafael una postrer mirada. Su deseo era por cierto bien completamente realizado. Los aposentos estaban guarnecidos de seda y de oro. Ricos candelabros sosteniendo innumerables bujias hacían brillar todas las frisas doradas, las delicadas cinceladuras de los broncees, y de los muebles los magníficos colores. Las escóticas flores de algunos jarros artísticamente construidos con cañas de india, embe-

lesadores perfumes derramaban; respiraban las colgaduras una elegancia nada afectada, y todas las partes con su conjunto tenían no sé que poética dulzura, cuyo prestigio debía indefectiblemente obrar sobre la imaginación de un hombre sin dinero.

Esa perspectiva le movió á decir muy tristemente:

—Cien mil libras de renta sirven para un comentario muy bello de nuestra doctrina cristiano-católica, y nos ayudan poderosamente á poner *la moral en acción!*... Ah! la virtud mia anda pocas veces á pie... El vicio, para mí, es una mala habitación, una casaca raída, un sombrero gris en invierno y deudas con el portero... ¡Ah! ¡ah! quiero vivir en el seno de ese lujo solo durante un año, ó medio, no importa... y en seguida venga la muerte. A lo menos habré agotado, reconocido, devorado mil jéneros de existencia.

Oh! oh!..... opuso Emilio que habia podido comprender sus razones aunque las habia pronunciado en voz baja. Parece que tomas la vida de un asenista por la felicidad. Pierde cuidado, bien pronto te fastidiaras de tu hacienda, luego que advertirías que te habia de quitar la probabilidad de ser hombre superior..... Entre las pobrezas de la riqueza y las riquezas de la pobreza, debe titubear nunca un hombre de talento? ; A nosotros vengarnos con luchas..... aqui si que hay placeres, así, prepara tus tripas!... Mira.....

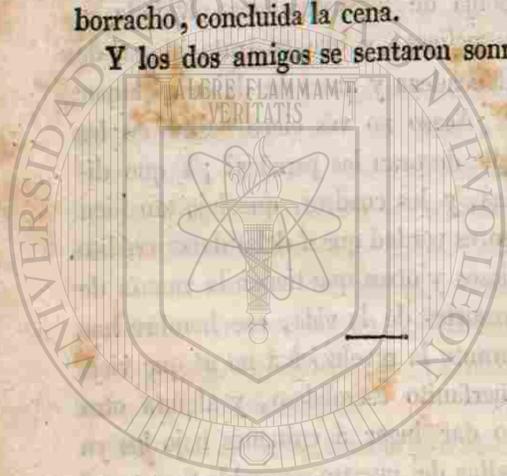
Y le mostraba con heróico jesto, el majestuoso, el tres veces santo, evanjélico y fortificante aspecto que presentaba el refectorio del bendito capitalista.

— Ese pobre diablo, continuó Emilio, no se ha tomado la molestia de amontonar su dinero mas que para nosotros... ¿No podria decirse que es una especie de esponja de los naturalistas olvidada en el órden de los *polipos*, y que se trata ahora de esprimir con delicadeza y antes de dejarla chupar por herederos? ; Acaso no ves cierto estilo en los bajos relieves que decoran las paredes? ; Y que dices de las arañas, y los cuadros, que lujo tan bien entendido! Bien es verdad que si debe darse crédito á ciertos envidiosos y otros que tienen la manía de investigar los resortes de la vida, ese hombre habria muerto durante la revolucion á no sé que vieja asmática, un huerfanito escrofuloso, y alguna otra persona. ; Como dar lugar á crímenes bajo los ya cenicientos cabellos de nuestro venerable factotum? Tiene el aire de muy hombre de bien... Pero, mira como brilla la platería!... Sin embargo, si estos rumores de que acabo de informarte fuesen ciertos, cada una de estas centellas que nos deslumbran, para él serian puñaladas. Vamos, no puede ser! entonces tanto valdria creer en Mahoma... Porque advierte Rafael, si el público decia verdad, tendríamos en este caso treinta personas de honor y de talento, que se prepararían para comer las entra-

ñas, y beber la sangre de una familia! Pero entonces, Rafael, nosotros dos, jóvenes llenos de integridad, de entusiasmo, seríamos cómplices de esa maldad!..... Estoy para preguntar á nuestro capitalista si es hombre de bien.

—¡ Ahora no, le dijo Rafael. Cuando esté bien borracho, concluida la cena.

Y los dos amigos se sentaron sonriendo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(99)

XII.

Colocados que fueron nuestros convidados, cada uno contempló por algun tiempo todavía mas corto que el que se requiere para decirlo, aquella mesa, blanca como capa de nieve recién caída, y sobre la cual se elevaban con simetría los cubiertos acompañados de sus blondos panecillos. Repetían los cristales los colores del arco iris en sus estrellados reflejos; trazaban las bujías fuegos cruzados al infinito; y las viandas colocadas debajo fuentes de plata agujoneaban el apetito y la curiosidad.

Las palabras no fueron muy abundantes que digamos: miráronse los vecinos, y el vino de Madéra circuló.

En seguida apareció el primer servicio en toda la majestad de su gloria. Digno era, á fé mia, del difunto Cambaceres, y estoy seguro que no hubiera dejado de celebrarle Brillat - Savarin. Sirviéronse con profusion verdaderamente Real, vinos de Burdeos, de Borgoña, blancos y tintos. Esta primera parte del banquete era en todo punto comparable con la exposición de una tragedia clásica.

El segundo acto empezó ya á ser un tantillo charador. Cada convidado habia bebido su buena pieza, variando á su capricho de manjares, de condimentos, de vino; es decir que al recojer los restos de servicio tan magnífico, habianse entablado tempestuosas discusiones. Algunas frentes pálidas se encarnaban, comenzaban á ponerse purpurinas muchas narices, las caras se encendían, centellaban los ojos. Eran los síntomas precursores de la borrachera, ó digamos su aurora. Aun no salió el discurso de los trámites de la urbanidad; pero escalábanse gradualmente de todas las bocas, mofas, algunos chistes, y empezaba la calumnia á elevar pasito á paso su cabeza sutil y hablaba con voz aguda. Entre todos los concurrentes, algunos hombres de reserva escuchaban atentamente esperando guardar su razon.

Con que, el segundo servicio encontró los espíritus enteramente acalorados. Cada uno comió hablando, habló comiendo, bebió sin atender á la afluencia

de los líquidos, tan radiantes eran, y perfumados, tan contajioso era el ejemplo... Interesado el amor propio del anfitrión en animar sus convidados, mandó avanzar los vinos del Ródano, los vinos rancios y empalagosos del Rosellon; y entonces desencadenados como corceles de posta al salir de su posada, todos nuestros hombres instigados por las picantes flechas del vino de Champaña ansiosamente aguardado, y sobre todo profusamente deramado, dejaron galopar su espíritu por entre el espacio de aquellos raciocinios, que nadie escucha, pusieronse á contar aquellas historias á las cuales todo sobra escepto oyentes, y reempezaron cien veces aquellas interpelaciones que se quedan incontestables, porque nadie quiere responder á ellas... Sola la orjia desplegó su grande voz, su voz compuesta de cien confusos clamores que iban engrosandose como los crescendo de Rossini... Vinieron en seguida los brándis insidiosos, las baladronadas, los desafíos. Y lo que es mas, todos renunciaban á envanecerse de su capacidad intelectual, para reivindicar la capacidad de las botellas, de los toneles y bodegas. No parecia sino que cada uno tuviera dos voces...

Llegó un momento en que los criados sonrieron, porque todos los amos daban órdenes á un mismo tiempo.

Pero esa mezcla de palabras, en la cual las paradojas dudosamente luminosas, las verdades grotes-

camente vestidas entrechocáronse al traves de los gritos, las decisiones, las bobadas, como se cruzan en medio de un combate las bombas, las balas y la metralla, hubiese sin duda interesado algun filósofo, por la singularidad de los pensamientos, ó sorprendido á un político por la peculiaridad de los sistemas. Era un libro y un cuadro á la par.

Las filosofías, las relijiones, las morales que de una latitud á otra son tan diferentes, los gobiernos y por fin todos los grandes actos de la humana intelijencia, cayeron bajo una guadaña tan larga como la del Tiempo; y acaso se hubiese visto uno embarazado para decidir si era manejada por la sabiduría embriagada, ó por la embriaguez sabia y perspicaz.

Arrastradas aquellas inmajinaciones por una especie de tempestad, parecían tener el intento de trastornar todas las leyes, entre las cuales las civilizaciones flotan, imitando á la mar contra sus diques irritada, satisfaciendo de este modo sin saberlo la voluntad de Dios, que en toda la naturaleza dejó el bien y el mal siempre en frente el uno del otro, reservándose el misterio de su combate eterno. Tan furiosa y burlesca la discusion fué, que se asemejaba á un *sabado* de las intelijencias. Mas, habia entre las tristes ironías pronunciadas por aquellas criaturas de la revolucion, y entre las conversaciones de los bebedores celebradas en el

nacimiento de Gargantua (1) habia digo, todo el abismo que separa el siglo xvi, del xix; aquel preparaba con burlas una destruccion, y nuestro siglo se reía en medio de los escombros...

¿Como llamis al jóven que está allí abajo?... dijo el notario señalando á Rafael. Sino me engaño le he oido apellidar *Valentin*...

— Ola! á que venís ahora con *Valentin* á secas, señor notario. Sabed, continuó sonriendo, que no somos ningun bastardo, y que aquí donde le veis tenemos el honor de mirar al descendiente del emperador *Valens*, soca de los *Valentines*, fundador de las ciudades de Valencia en España y en Francia, heredero lejítimo del imperio del Oriente... y si dejamos á Mahamud que truene en Constantinopla, no es mas que por nuestro buen consentimiento, á falta de dinero ó de soldados...

Y con el tenedor describió en el aire una corona sobre la testa de Rafael.

Recojióse por un instante el notario, y en seguida pusóse de nuevo á beber, dejando escapar un jesto auténtico por medio del cual parecia confesar que le era imposible reunir á su clientela las ciu-

(1) Alude el autor á la obra del tan célebre Babelais, en la cual pintó las costumbres de su siglo, con los mas chocantes sarcasmos, acelerando por su profunda mordacidad la caída del ignorantismo metódico, ó absurdamente científico de la edad media.

dades de Valencia, de Constantinopla, Mahamud, el emperador *Valens* y la familia de los *Valentines*.

La destruccion de aquellos hormigueros, llamados *Babylonia*, *Tyro*, *Cartago* ó *Venecia*, siempre aplastadas bajo los pies de un gigante que pasa, no es por ventura una advertencia dada por alguna potestad que se complace en burlarse del orgullo del hombre? dijo un periodista, especie de esclavo comprado para sermonear con énfasis á tanto por linea.

— *Moises*, *Sylla*, *Luis XI*, *Richelieu*, *Robespierre* y *Napoleon* son tal vez un mismo hombre que reaparece de vez en cuando como un cometa en los espacios!... respondió *Rafael*.

— ¿A que bueno sondear la providencia? dijo un fabricante de baladas.

— *Vamos*, cata ahí la providencia!... exclamó el juzgador interrumpiendole. Yo no conozco nada en el mundo que sea tan elástico.

— Pero señores, mas hombres ha hecho perecer *Luis XIV* para construir los *acueductos de Maintenon*, que no la *Convencion* para establecer las contribuciones justamente, para poner unidad en la ley, nacionalizar la *Francia* y dividir los patrimonios en partes iguales!... decia un jóven que pasára á ser republicano; por faltar una sílaba delante su apellido.

— Caballero, le contestó un propietario, vosotros

que tomáis la sangre por vino, ¿esta vez dejareis á cada uno la cabeza sobre sus espaldas?

— ¿Que importa?... ¿Son por ventura de poca monta los principios del orden social? Los hombres y los sucesos son nada; en politica y en filosofia no hay mas que ideas y principios, y solo á ellos debe atenderse!...

— ¡Que ideas! ¿Con que no os importaria un bledo el matar á vuestros amigos por un *sisté*?...

— Pero vos ignorais, que solo á un hombre de remordimientos puede considerarsele malvado, pues que concibe en algun modo la virtud; mientras que *Pedro el grande*, *Pizarro*, el *Duque de Alba* eran sistemas, y el corsario *Monbar* una organizacion...

— Si, pero, ¿no puede desentenderse la sociedad de vuestros sistemas, y de vuestras organizaciones?...

— Oh! en cuanto á eso, bien, exclamó el republicano.

— Y aun vuestra estúpida república me dá casi diarrea; No puede uno cortar con tranquilidad un capon sin dar con la ley agraria!...

— Tus principios son excelentes, mi republicanito relleno de manjares esquisitos!... Pero el mal está en que la aplicacion de tus principios me trae á la memoria lo de mi ayuda de camara; tan cruelmente poseido está el bribonzuelo de la manía limpiatoria, que si le dejaba cepillar mis vestidos á su

talante, andaria en cueros, pues que de tanto quitar el polvo destruiria la sustancia.

— Sois unas bestias!... Quereis limpiar una nacion entera, con medios superficiales!... replicó el hombre de la república. Tan insensatos sois, que con vuestras razones declarais ser mas peligrosa la justicia, que los ladrones!...

— Hé! hé!... dijo un procurador.

— Jesus! y cuanto me desagradan con su política!

— Cerrad la puerta.—Todas las ciencias y las virtudes del mundo, no valen una gota de sangre. Si examináramos atentamente las cosas, y la liquidacion de la verdad hicieramos, me parece que se hallaria en quiebra!...

Ah! sin duda hubiese costado menos divertirnos en el mal, que disputarnos en medio del bien... Asi es que yo diera todos los discursos pronunciados en la tribuna desde el principio de nuestras constituciones, por una trucha, por un cuento de Perrault, ó un pastel de Charlet...

— Teneis razon.—A ver esos espárragos....—Porque al fin todo bien considerado, tengo para mi, que la libertad enjendra la anarquía, la anarquía conduce al despotismo, y el despotismo, vuelve á traernos la libertad. Han perecido millones de seres para alcanzar el sólido triunfo de uno y otro!... Quien nos dice que no sea este el círculo vicioso, por el

cual dará siempre vueltas el mundo moral? Cuando el hombre cree haber perfeccionado, se observa despues que no ha hecho mas que mudar las cosas de sitio!

— Oh! oh!... exclamó un vodevilista, en ese caso señores, echo un brindis á Carlos X, padre de la libertad!...—Porque no! dijo un periodista. Cuando hay el despotismo en las leyes, hallareis la libertad en las costumbres, y *vice versa*.... Bebamos pues á la imbecilidad del que tanto poder nos dá para con los imbeciles!...

— Pero al menos Napoleon nos dejó gloria en grande! dijo muy militarmente un oficial de marina que nunca saliera del depósito de Brest.

— Ola! aqui tenemos la gloria! Vaya una mercaderia... tan triste mercaderia, que se paga muy cara, y no se guarda!... No es antes el egoismo propio de los grandes hombres, como la felicidad es propia de los tontos?...

— Señor mio, sois bien dichoso!

— El primero que inventó los fosos y las paredes, era sin duda un hombre flaco, pues que la sociedad no aprovecha mas que á la jente débil... El salvaje y el pensador como que están colocados en las estremidades del mundo moral, tienen igual horror á la *propiedad*.

— Bravo! exclamó el notario, sino habia propiedades, como podriamos hacer actos?

— ¡He aquí unos guisantes deliciosamente fantásticos!...

— Y al día siguiente encontraron al cura muerto en su cama.

— ¡Quién habla de muerte?.. Fuera chanzas, que tengo un tío...

— Sin duda os resignaríais á perderle.

— Esto por escusado se calla.

— ¡Escuchadme!... Señores! *Modo de matar á su tío*: chit! (Escuchad.) Tened primeramente un tío grueso y gordo, septuajenario al menos, esos son los mejores tíos... Hacedle comer bajo un pretexto cualquiera una empanada de hígado seboso...

— ¡Ay! mi tío es un hombre alto, seco, sób rio y avaro...

— ¡Ah! esos tíos son monstruos que abusan de la vida...

— Y dijo el hombre de los tíos, continuando su discurso: anunciadle durante su digestión la bancarota de su banquero...

— ¡La voz de la Malibrán ha perdido dos notas!..

— No señor...

— Sí señor.

— ¡Oh! ¡oh! — Si y no. — Esta es la historia de todas las disertaciones relijiosas, políticas y literarias... El hombre es un volatin que baila sobre un precipicio...

— ¿Con que á vuestro entender yo soy un necio?

— Si os obstináis en ello, os diré que lo sois porque no me entendeis...

— La instruccion! bella patarata. Mr. Heineffettermach ha calculado que la suma de los volúmenes imprimidos pasa diez mil millones, y cuando se considera que la vida del hombre no permite leer ni aun cincuenta mil!... Que me espliquen entonces lo que significa la palabra *instruccion*..... Para unos consiste la instruccion en saber el nombre del caballo de Alejandro, del dux *Berecillo*, de Tabourot señor de los Acuerdos, y de ignorar el apellido del hombre á quien debemos el flotaje de la madera por los rios, ó la invencion de la porcelana. Para otros, ser instruido, consiste en saber quemar un testamento y vivir honradamente, considerados y distinguidos, en vez de robar un reloj en recidiva, con las cinco circunstancias agravantes, y venir á parar en la plaza de la Gréve, en el cadalso...

— ¡Lamartine quedará!...

— ¡Ah el talento de Scribe es incontestable...

— ¡Y Victor Hugo?...

— Es un gran hombre, y se acabó.

— ¡Estais borrachos!...

— La consecuencia inmediata de una constitucion es la disminucion de las inteligencias... Artes, ciencias, monumentos, todo queda devorado por un terrible sentimiento de egoismo, nuestra lepra actual... Vuestros trescientos ciudadanos sobre sillones

sentados, no pensarán sino en plantar árboles... El despotismo hace ilegalmente grandes cosas, en tanto que la libertad ni aun se toma la molestia de hacer cosas pequeñas!...

— ¡Vuestra enseñanza mútua fabrica pesos duros en carne humana! dijo un absolutista interrumpiendo. ¡En un pueblo por la instruccion anivelado las individualidades desaparecen!...

¿Sin embargo el fin de la sociedad no es procurar á cada miembro el bienestar? preguntó el sansimoniano.

— ¡Si tuvierais cincuenta mil libras de renta, no pensaríais mucho con la felicidad del pueblo!... Vaya una pasion amorosa como teneis por vuestra humanidad!... Idos á Madagascar, allí hallareis una sociedad nuevecita para sansimonizar..... ¡Ah! ¡ah!

— ¡Sois un carlista!

— ¿Por que no? A mí me gusta el despotismo; deja traslucir cierto desprecio por la especie humana. Los reyes son tan placenteros, tan monos!... Tronar en una cámara á treinta mil leguas del sol!... ¿No es esto algo?

— Pero resumamos esa larga vista de la civilizacion!... decia el sabio, quien para hacer alarde de su instruccion delante el escultor desatento, habia emprendido una discusion sobre el principio de las sociedades, y sobre las tinieblas de los pueblos autóctonos. Al oríjen de las naciones, la fuerza del go-

bierno fué en alguna manera material, una, grosera... Despues, con el incremento de las agregaciones, los gobiernos han procedido por descomposiciones mas ó menos hábiles del poder primitivo. Vemos que en la mas remota antigüedad residia la fuerza en la teocrácia. El sacerdote tenia en sus manos el incensario y la cuchilla. Mas tarde, los sacerdocios fueron dos; el del pontífice y el del rey. En nuestros tiempos, en nuestra sociedad actual, último término de la civilizacion, la potestad ha sido distribuida segun el número de las combinaciones; y hemos llegado por último á las fuerzas llamadas: industria, pensamiento, dinero, palabra. No habiendo en este caso mas unidad en el gobierno, se camina incesantemente hácia una disolucion social que no tiene otra barrera que el interes, y solamente el interes puede detener esta disolucion!..... Por esto no nos apoyamos ni en la relijion, ni en la fuerza material, sino en la intelijencia... Todo el problema consiste en si los libros valen la cuchilla, ó mejor si la discusion es preferible á la accion...

La intelijencia ha dado al traste con todo lo mas precioso que el hombre tenia! exclamó el *vodevilista*. ¿Quien me negará que la libertad absoluta arrastra las naciones al suicidio? Hasta el triunfo acaba con dar fastidio, y sino que lo diga un ingles millonario... — Cuando un hombre ó una nacion se ha lanzado por el grande abismo de las sensaciones vehementes,

siempre van con frenesí en pos de la novedad... ¿y de aquí en adelante, que nos direis que sea nuevo? Habéis ridiculizado todos los poderes; hemos llegado á un punto en que hasta es cosa frívola negar á Dios! Todas las creencias están muertas. Pero tambien entre nuestro siglo y un viejo sultan perdido por su intemperancia, no hay ninguna diferencia!... ¿Y finalmente, que hizo vuestro lord Byron? Por la mas estensa de todas las desesperaciones de la poesía cantó las pasiones del crimen!...

— ¿Sabeis, contestóle un médico completamente borracho, que apenas hay una membrana de diferencia entre un hombre de jénio y un grande criminal?...

¿Pero, puede darse mayor escándalo que el tratar de esa manera la virtud? contestó el *vodevilista*. La virtud... asunto de todas las piezas de teatro, desenlace de todos los dramas, base de todo tribunal!...

— No me atolondres animal, tu virtud es como Aquiles sin talon!...

-- Venga vino...

-- ¿Apuestas á que bebo una botella de vino de Champaña de un solo trago?

-- ¡Aturcados están como carreteros! exclamó un jóven que daba con mucha gravedad de beber á su chaleco.

-- Si señor, no puede dudarse, el gobierno actual es el arte de hacer reinar la opinion pública.

-- La opinion, pero tampoco puede dudarse que es la mas viciosa de todas las prostitutas... Si debia uno creerlos á vosotros, hombres de moral y de política deberíamos constantemente preferir vuestras leyes, á las de la naturaleza, vuestra opinion á la conciencia... No metais tanta bulla, todo es cierto, todo es falso! Si nos ha dado la sociedad la blandura de los cojines, bien ha compensado el favor dándonos la gota, del mismo modo que para temperar la justicia, puso los procedimientos, y tras de los cachemiras, las enfermedades pectorales.

-- ¡Mónstruo! repuso Emilio interrumpiendo al misántropo; como así puedes blasfemar de la civilizacion en presencia de tantos vinos, de preciosos manjares, y colocado hasta las barbas en mesa tan opulenta!... Muerde ese cabritillo de pies y cuernos dorados que en aquel plato tienes, pero no muerdas á tu madre!...

-- ¿Tengo yo la culpa si llega el catolicismo á la desfachatez de estrechar un millon de dioses en un puñado de harina, si la república viene siempre á acabar con algun Robespierre; si se halla la monarquía situada entre el asesinato de Enrique IV y la sentencia de Luis XVI.... (1) y si el

(1) Que los partidos sean y hayan sido todos intolerantes, es una verdad demostrada por la historia humana y social; sin embargo, patentes los anales del clero, y antigua nobleza, el observador sensa-

liberalismo se personifica en algun Lafayette?.....

--¿Lo abrazasteis, en los tres dias de 1830?

--No.

--¿Entonces callad, escéptico!...

--Los escépticos son los hombres mas concienzudos.

--Si no tienen conciencia!

--¿Que decís que no tienen conciencia?... cuando menos, tienen dos!

--¿Beneficiar el cielo! esta si, señor mio, que es idea verdaderamente comercial. Las antiguas religiones habían únicamente cimentado el alhagueño desarrollo del placer físico; pero nosotros hemos desarrollado con las nuestras el alma y la esperanza. Por consiguiente tenemos progreso incontestable.

--Hé amigos míos; ¿que podremos esperar de un siglo podrido de política? Mirad que ha sido de Smarra! La mas encantadora concepcion...

--¿Smarra!... gritó el juzgador desde un extremo á otro de la mesa.--Se compone de frases tiradas dentro un sombrero, á la ventura!... obra escrita para Charenton, como hay Dios!...

--¿Sois un tonton!...

--¿Y vos un perro!...

to debe echar menos que no hayan procedido tocante á sus ídolos con mas respeto y justicia que sus enemigos los *furibundos* y *villanos*. ¿Todos tienen su buena parte de sangre!

--¿Oh; ¡oh!...

--¿Ah! ¡ah!...

--¿Mañana nos veremos caballero!...

--¿Como mañana! ahora mismo, respondió el poeta.

--¿Vamos! esto es lo que se llama ver á dos valientes.

--¿Ni solamente pueden sostenerse en pie!...

--¿Ah! ¿acaso no me tengo firme tal vez? repuso el marcial autor erguyéndose á la manera de cometa indeciso.

Lanzó sobre la mesa una mirada estúpida y ponderosa; en seguida como si se hubiese estenuado por el esfuerzo precedente, dejóse caer sobre la silla, inclinó la cabeza y quedó mudo.

--¿No seria esto bien chocante!... dijo el juzgador á su vecino, esponer mi vida por una obra que jamas he visto ni leído?...

--¿Eugenio, cuidado con tu casaca! mira que tu vecino muda grandemente de color...

--¿Kant!... (1) Todavía un globo lanzado para divertir á los necios! El materialismo y el espiritua-
lismo, son dos mimadas paletas de quienes se sirven charlatanes de túnica y bonete, para jugar á pelo-

(1) Kant es un metafísico moderno, fundador en Alemania de la escuela escocesa, la cual es una modificación de la aristotélica. Fue un gran sabio; y murió en el año 1804 en Königsberg su patria.

ta. ¡Que bestias! que Dios esté en todo segun Spinoza, ó que todo venga de Dios segun san Pablo... ¡Imbéciles! ¿abrir ó cerrar una puerta.... acaso no es el mismo movimiento? Tantas cuestiones se reducen á saber si el huevo viene de la gallina, ó la gallina del huevo!--; A ver ese pato! Lleva traza de ser delicioso. -- Héos aquí toda la ciencia!...

--; ¡Pardiez que eres muy impertinente!... gritóle el sabio, la cuestion que tu propones está resuelta por un hecho.

--; ¿Cual?

-- Voy á dilucidarlo. Las cátedras de los profesores no te parezca que se hayan hecho para la filosofía, sino al contrario, la filosofía para las cátedras.... Si no tienes buena vista, compra buenos anteojos, y despues lee el presupuesto, ó sea el catálogo de las contribuciones, y si tus anteojos son buenos, verás...

--; Ladrones!

--; Imbéciles!

--; Pillas!

--; Necios!

--; ¿Donde quereis encontrar sino es en Paris tan viva y tan rápida circulacion de pensamientos? exclamó el mas agudo de los artistas tomando una voz de bajo.

--; ¡Vamos Enrique, representanos alguna farsa clásica! Veámos hombre, una de las tuyas.

--; Quereis que haga el siglo XIX?

--; Escuchad!...

--; Silencio!

--; Comed, bebed y callad!...

--; Quereis guardar silencio, extravagante!...

--; Y bien dadle vino y que calle, ese pobre niño!

--; ¡Vamos Enrique!

El artista abrochó hasta el cuello su fraque negro, púsose los guantes amarillos, y se torció de un modo tortuoso para imitar *el Globo*; pero cubriendo el ruido su voz, fué imposible comprender una sola palabra de su satírica agudeza; y entonces si no pudo representar el siglo representó por lo menos el diario de ese nombre ó todo el periodismo... Porque no se entendió á sí mismo.

Aquí los postres se vieron ya servidos como por encanto. La mesa fué cubierta de un vasto tapete de bronce dorado salido de los talleres de Thomira. Altas figuras dotadas por un célebre artista de las formas que está convenido en Europa representan la belleza ideal, sostenian y traían canastrillos de fresas, y ananas, dátiles frescos, uvas amarillas, blondos melocotones, naranjas venidas con un paquete de Setubal, granadas, frutos de la China y todas las sorpresas del lujo, los milagros de la pastelería, las delicadezas mas atractivas, las mas seductoras glotonerías. Eran realizados los colores de aquellos gastronómicos cuadros por el lustre de la

porcelana, por líneas resplandecientes de oro, por las formas de los vasos, graciosa como las líquidas franjas del Oceano, verde y lijera coronaba la espuma los paisajes del Poussin, copiados á Sevres... La renta de un príncipe aleman no hubiese podido pagar riqueza tan insolente.

Y la plata, el nacar, el oro, los cristales fueron de nuevo bajo nuevas formas prodigados; pero los entorpecidos ojos, y la verbosa calentura de la embriaguez permitieron apenas á los convidados el tener una vaga intuición de esa hechiceria digna de un cuento oriental.

Trajeron sus perfumes y sus llamas los vinos de los postres, poderosos filtros, vapores sublimes que enjendran una especie de miraje intelectual, y cuyos poderosos lazos encadenan los pies, agravan las manos...

Las pirámides de frutas fueron pilladas, engrosáronse las voces, el tumulto creció. Ya no hubo entonces mas palabras distintas. Los vasos voláron á pedazos, y carcajadas atroces partieron como cohetes.

Un vodevilista tomó un cuerno y empezó á tocar una famfara. Fué esta como una señal dada por el diablo. Esta asamblea en delirio ahullaba, silvaba, cantaba, rujia, tronaba.

No podia uno menos de sonreirse al ver personas naturalmente joviales, convertidas en sómbrias como

los desenlaces de Crebillon, ó meditabundas como marineros en carruaje. Los hombres astutos confiaban sus secretos á curiosos que no escuchaban. Los melancólicos sonreian como bailarinas al acabar sus piruetas. Un periodista se pavoneaba á manera de los osos en su jaula..... Amigos íntimos reñian. Las correlaciones animales inscritas sobre los semblantes humanos, y tan curiosamente por los fisiólogos demostradas, reaparecieron vagamente en los jestos, en los hábitos del cuerpo..... Había allí un libro enteramente acabado para algun Bichat que hubiera presenciado la escena tranquilo y en ayunas.

Sintiéndose borracho el amo de casa, aprobaba las estravagancias de sus convidados por una mome-ria fija, y esforzábese en conservar un aire decente y un semblante hospitalario. Su ancho rostro que habia pasado á ser rojo y azul, casi morado, y era terrible de mirarlo, asociábase al movimiento jeneral por esfuerzos semejantes al balanceo y á la ar-fada de un brick.

Acordándose entonces los dos amigos de los rumores que acerca del banquero circulaban, dirijióle Emilio la cuestion siguiente:

— Los asesinasteis?...

— La confiscacion y la pena de muerte estan abolidas, contestó el borracho.

Luego echóse á reir elevando las cejas con es-

presion llena de astucia y estolidez á un tiempo.

-- Pero, que no os aparecen alguna vez durante algun ensueño?... repuso Rafael.

-- Hay prescripcion!... dijo el asesino regurjante de oro.

-- Y sobre vuestro sepulcro!... exclamó Emilio sardónicamente, el empresario del cementerio grabará:

Transeuntes, acordad una lágrima á su memoria!.....

-- Oh! continuó, cree Rafael que daría de buena gana un duro al matemático que me demostrase por una equacion aljebraica la ecsistencia del infierno!...

Luego tiró una moneda al aire.

-- ¡Cara en favor de Dios!...

-- ¡No la dejes caer!... gritó Rafael cojiendo la moneda. ¿Que sabe uno?; es tan estraña la casualidad!

-- ¡Valganme todas las potestades!... repuso Emilio con tono tristemente gracioso, no sabe uno donde poner los pies, entre la geometria del incrédulo y el *padre nuestro* del Papa.-- *Bebamos!... Trinc!* Este es si no me engaño el oráculo de la santa botella, y sirve de final al Pantagruel!...

-- Sin embargo, respondió Rafael, somos deudores al *padre nuestro* de nuestras artes, de nuestros monumentos, de nuestras ciencias, y beneficio todavía mayor, le somos deudores de nuestros gobiernos

constitucionales, por medio de los cuales una sociedad vasta y fecunda se halla maravillosamente representada por quinientas inteligencias, en la cual oponiendose las fuerzas entre sí, quedan neutralizadas, dejando todo poder á la *civilizacion*, reina gigantesca que reemplaza al Rey... esa antigua y terrible figura, especie de falsa potestad creada por el hombre entre él y el cielo... Delante tantas obras soberanamente cumplidas, el ateismo se entrevé como un esqueleto incapaz de enjendrar!... ¿Que te parece?...

-- Estoy recordando los torrentes de sangre que el catolicismo ha hecho manar!... dijo con frialdad Emilio. No parece sino que hubiese tomado nuestras venas y nuestros corazones para hacer un segundo diluvio.-- Pero no hay remedio!... Todo hombre que piense debe seguir la bandera de Cristo!... Solo él ha consagrado el triunfo del espíritu sobre la materia; solo él nos reveló poéticamente el mundo que nos separa de Dios!...

-- Bah! repuso, brotando de sus labios indefinible sonrisa de embriaguez, para no comprometernos, demos el famoso brindis:

-- *Diis ignotis!*...

Y aquí vaciaron sus calices de sabiduria, de gáz carbónico, de perfumes, de poesia y sobre todo de incredulidad.



XIII.

-- Si los señores quieren pasar al salón, el café les está aguardando!...

Y en esto las puertas se abrieron.

En aquella hora, casi todos los convidados navegaban por el seno de aquellos deliciosos limbos, donde se apagan las luces del espíritu, donde el cuerpo libre de su tirano se abandona á los delirantes placeres de la libertad.

Unos llegados ya al apojéo de la borrachera, se estaban quedos y ansiosamente afanados en cojer un pensamiento que les atestiguáse su propia existencia; otros, sumerjidos en el marasmo motivado por la pesadez de forzada digestión, negaban el movimiento; intrepidos oradores palabreaban toda-

via sin entenderse á buen seguro á sí mismos; en medio de eso, retumbaban algunos estribillos parecidos al ruido de una máquina obligada á cumplir con su vida facticia y sin alma. El silencio y el tumulto estaban unidos de un modo realmente extravagante.

Con todo, al oír la sonora voz del lacayo quien á falta de amos, les anunciara nuevos deleites, se levantaron en masa sostenidos, arrastrados ó traídos unos por otros.

Mas la compañía entera se quedó por un instante inmóvil y encantada al umbral de la puerta. Los escesivos goces del banquete palidieron cotejados con el cosquilloso espectáculo ofrecido por el banquero al mas voluptuoso de sus sentidos.

Debajo las resplandecientes bujías de una araña montada en oro, al rededor de una mesa de colores majicamente cargada, apareció como por encanto un grupo de mujeres á los embotados ojos de los convidados, y encendieronseles á su aspecto como otros tantos diamantes.

Ricos eran sus atavíos, pero mas ricas eran aun aquellas deslumbradoras beldades delante las cuales todas las maravillas del palacio desaparecieron. Los apasionados ojos de tales criaturas, prestigiosas como ninfas de la Grecia, estaban aun dotados de mayor vivacidad que los torrentes de luz ocasionada por el resplandor de los ropajes, la blancura de los

mármoles, los delicados ángulos y cortes de los bronces, y la gracia de las draperias. El corazon quemaba de ver los contrastes de sus hechiceros tocados, y de sus posturas, diversas todas en carácter y atractivos. Era una galeria de flores entremezcladas de rubíes, de zafiros y de coral; una cintura de collares negros sobre cuellos de nieve; fajas ligeras flotantes como las llamas de un farol; orgullosos turbantes; túnicas modestamente provocantes. Aquel serrallo ofrecía seducciones para todos los ojos, deleites para todos los caprichos.

Una bailarina en ademán encantador parecia hallarse sin velo bajo los ondulosos pliegues del cachemira. Allí una gaza diafana, aquí la voluptuosa seda ocultaban ó revelaban perfecciones sublimemente misteriosas. Piececitos hablaban de amor, bocas encarnadas y frescas se callaban. Habia niñas pulidas y decentes, de ayer virjenes, cuyas hermosas cabelleras respiraban religiosa inocencia. Y tambien aristocráticas beldades de mirada arrogante, pero indolentes, pero delicadas, delgaditas, graciosas, y tenian la cabeza inclinada como si tuvieran todavia protecciones Reales para vender.

Una inglesa blanca y llena de castidad, aérea figura, descendida de las nubes del Ossian, se parecia á un anjel de melancolía, á un remordimiento escapándose del crimen.

La parisiense, cuya hermosura consiste toda en

una gracia indescriptible, envanecida de su gusto y agudeza, armada de su omnipotente flaqueza, blanda y dura á la par, sirena sin corazon y sin emociones, pero que sabe crear artificiosamente los tesoros del alma, y finjir los acentos del corazon, no se hallaba de menos en la tan peligrosa asamblea donde brillaban tambien Italianas en apariencia tranquilas y concienzudas en medio de su felicidad; y altivas Normandas, de magníficas formas; y mujeres del medio dia, del negro cabello, y del ojo penetrante y bien desarrollado.

Se hubiese pensado que eran las hermosuras de Versalles convocadas por Lebel, habiendo por la mañana preparado todos sus lazos, y llegando como una compañía de esclavas del oriente despertadas por la voz del mercader para marchar á la hora del alba.

Estaban confusas, vergonzosas, y se apretaban al rededor de la mesa á manera de las abejas cuando zumban á la entrada de su colmena. Ese tímido embarazo, pudor y coqueteria á un tiempo, acusaba y seducía. Era pudor involuntario. Un sentimiento que jamas la mujer abandona completamente, la prescribe envolverse con el manto de la virtud para dar mas atractivo, mas sabor á las prodigalidades del vicio.

De modo que la conspiracion tramada por el amo de casa, perdió su efecto. Esos hombres sin freno

fueron primeramente sujetos por el majestuoso poder concedido á la mujer. Un murmullo de admiracion resonó pues como la música mas dulce. Como la borrachera se habia apoderado de nuestros hombres sin que el amor se hubiese entrado con ella, en vez de estallar un uracan de pasiones, no hicieron mas que abandonarse á dulce enajenamiento, porque quedaron sorprendidos. Obedeciendo á la poesia que les domina en todo los instantes de la vida, los artistas estudiaban con éstasis los sùtiles y delicados matices que aquella coleccion de elejidas beldades distinguian. Un filósofo, despertado por un pensamiento debido casi á alguna emanacion de acido carbónico que del vino de Champaña se desprendiera, horripilábase en todos sus miembros columpiando las desgracias que conducian hasta alli esas mujeres dignas tal vez poco antes de los mas puros homenajes... Cada una de ellas tendria sin duda un drama lancinante que contar, casi todas traian con ellas infernales torturas, y las desgarraban recuerdos de hombres perjúros, de alegrías por la miseria repagadas.

Acercaronse los convidados cortesmente, y entablaronse coloquios tan diversos entre sí como diversos eran los jenios ó caracteres. Y formaronse grupos. En breve fue este un salon, en el cual bellas servidoras van ofreciendo los socorros que traen consigo el cafe, los licores y el azúcar á los insóbríos

para cooperar al desembuche del estómago sobrecargado. Despues algunas carcajadas rebentaron..... Aumentóse el murmullo. Las voces crecieron en su ronquido. La orjía refrenada por un momento amenazaba por intervalos desbocarse de nuevo. Tales alternativas de alboroto y de silencio corrian parejas con una armonía de Beethoven.

Sentados ambos amigos en mullido divan, vieron como hacía ellos venia una arrogante jóven alta y bien proporcionada, de soberbio talante, de fisonomía no muy regular, si bien que penetrante, impetuosa, la cual impresionaba el ánimo por medio de contrastes vigorosos y chocantes. Su negra cabellera, desordenada artísticamente, mostraba al parecer que ya habia sufrido los combates del amor, y volvía á caer por sus bellas espaldas en bucles frondosos, cuya perspectiva era grandemente seductora. Largos anillos de seda parecían envolver su magestuosa garganta, sobre la cual pasaba por intervalos el reflejo de la luz revelando con sus capas brillantes la perfeccion y la finura de maravillosos contornos. Los tonos calientes, bien animados de sus vivos colores, resaltaban mas y mas por medio de su cútis meridional. Armado su ojo de pobladas cejas, brotaba llamas ardientes ó centellas de amor. Su boca de carmin, húmeda, entreabierta, convidaba al beso. Tenia un talle imponente, pero lascivo. Su seno y sus brazos eran como los hermosos retratos del Carra-

jio anchurosamente desarrollados; con todo, parecia ágil, blanda y suponía su vigor la lijereza de una pantera, como tambien la viril elegancia de sus formas anunciaba sus placeres devorantes.

Bien que se trasluciera, que sabia reir y jugueteonar á propósito, sus ojos espantaban la mente. Se-mejante á aquellas profetisas ajitadas por un demonio, asombraba mas bien que no gustaba. Todas las espresiones, y de todo jénero, pasaban agrupadas, y á manera de relámpagos por su movedizo semblante. Tal vez hubiese enajenado á hombres agotados; un jóven la hubiese temido. Era una estátua colosal caida desde una columna de un templo griego, sublime, si se veía de alguna distancia, y algo salvaje, mirada de cerca; pero su asombradora hermosura debia desaletargar los impotentes, encantar su voz á los sordos, y reanimar sus miradas á los vivientes que pertenecen á la tumba.

Comparábala Emilio, así en lontananza, con una tragedia de Shakespeare, especie de arabesco admirable, donde atraviesa la pasión, donde la alegría ahulla, donde el amor tiene no sé que de foréstico, donde el encanto de la gracia y de la bienaventuranza se sucede á los sangrientos tumultos de la cólera; monstruo que sabe acariciar y que sabe morder, llorar como los ánjeles, y reir como un demonio, improvisar en un solo abrazo todas las seducciones de la mujer, esceptuando sin embargo los suspi-

ros de la melancolía y las encantadoras modestias de la vírjen; luego en un momento rujir, desgarrarse los flancos, anonadar su pasion y su amante, destruirse finalmente á sí misma como un pueblo insurreccionado.

Ataviada con un vestido de terciopelo carmesí, hollaba con pie negligente algunas flores que de la cabeza de sus compañeras ya cayeran, y ofrecia desdeñosamente á nuestros amigos un azafate de plata. Altiya por su hermosura, orgullosa quizá por sus vicios, mostraba un brazo blanco y sedoso como su vestido. Hallábase aquí como la reina del placer, como una imájen de la humana alegría, de esa alegría que disipa los tesoros acumulados por tres jeneraciones, que rie sobre los cadáveres, se mofa de los abuelos, disuelve perlas y tambien disuelve tronos, transforma los jóvenes en viejos, y no pocas veces los viejos en jóvenes; de esa alegría cuyo jénero solo conocen los gigantes cansados del poder, experimentados por el pensamiento, ó para quienes la guerra ya no es mas que un juguete.

—¿Como te llamas?... preguntóla Rafael.

—Aquilina!

—Oh! oh! tú vienes de *Venecia salvada!* exclamó Emilio.

—Si, contestó. Así como los papas se dán nombres nuevos elevándose sobre los demas hombres, yo tambien he tomado otro elevándome sobre las mujeres.

—¿Tienes pues como tu patrona, un noble y terrible conspirador, que sepa morir por tí?...dijo vivamente Emilio estimulado por esa apariencia de poesia.

—Túvele!...respondió; pero tenia por rival la guillotina. Así es que siempre pongo algo de rojo en mis adornos para que nunca mi alegría vaya demasiado lejos.

-- Oh! si la dejais contar la historia de los cuatro jóvenes de la Rochela, seria nunca acabar. Calla pues Aquilina!...¿Acaso no tienen como tú todas las mujeres un amante que llorar? pero no todas tienen como tú la dicha de haberselo arrebatado el verdugo!...; Ah! que no diera yo para tener el mio en el cementerio de los ajusticiados en vez de saberle al lado de una rival!...

Esas frases tan cruelmente lójicas, las pronunció con voz dulce y melodiosa, la mas inocente, la mas linda, y la mas graciosa criatura que segun la expresion de Horacio Walpole, hubiese nunca salido de un huevo encantado.

Habiase acercado poco á poco y con silencio, y mostraba un semblante delicado, talle fino, ojos azules encantadores de modestia, mejillas frescas y puras. Una nayade injenua escapándose de su mantial, no es mas tímida, mas blanca, mas sincera...

Parecia tener no mas que unos diez y seis años,

ignorar el mal, ignorar el amor, no conocer aun las horrascas de la vida y parecia que acababa de salir de una iglesia, de rogar á los ángeles que plegáran al Señor para obtener antes de tiempo su vuelta al cielo.

Solo en Paris hay esas criaturas de cándido rostro, cuales bajo una frente tan dulce, tan tierna como la flor de una margarita, ocultan la depravacion mas profunda, los vicios mas acendrados. Engañados al principio por las celestiales promesas en el suave semblante de la jóven escritas, aceptando el café que les sirvió en las tasas presentadas por Aquilina, Emilio y Rafael quisieron cuestionarla.

Entonces acabó de transfigurarse, por lo menos á los ojos de ambos poetas, por medio de una alegoría siniestra, no sé que faz de la vida humana, oponiendo á la espresion terrible y apasionada de Aquilina el retrato de esa corrupcion fria, voluptuosamente cruel; siendo esta niña suficientemente irreflexible para cometer un crimen, y suficientemente valerosa para reir despues de él; especie de demonio sin corazon, espiritu infernal, que se complace en castigar las almas ricas y tiernas por el goce de emociones para él desconocidas, que siempre tiene á la mano un simulacro de amor que vender, y tambien lágrimas para la sepultura de su víctima, con la facultad inversa de sentir inmediatamente despues regocijos horribles al leer su testamento...

Todo poeta hubiese admirado la hermosa Aquilina, todo corazon debia alejarse de la encantadora Eufrasia. Era la primera el alma del vicio, pero la otra, el vicio sin alma.

— Yo quisiera saber si alguna vez piensas en tu porvenir...

— ¿El porvenir?... ¿A qué me venís ahora con el porvenir? ¿A que bueno pensar con lo que no existe aun? Pues sabed que nunca miro ni hácia adelante, ni hácia atras! ¿Acaso no es bastante el ocuparse de todo un dia á la vez? Por otra parte nuestro porvenir todos lo saben... ¡El hospital!...

— ¿Como es posible que siendo aun tan jóven entreveas el hospital, sin tratar de desviarte de baratro tan horrible? exclamó Rafael.

— ¿Pero, que tiene para nosótras el hospital que tanto deba espantarnos?... interrumpió la terrible Aquilina. Cuando no somos ni madres ni esposas; cuando la vejez nos viste las piernas con medias negras y con arrugas la frente; cuando la vejez marchita todo lo que hay de mujer en nosótras; cuando seca la alegría en las miradas de los que nos amaron, ¿que cosa mas horrible puede sucedernos?... Entonces de toda nuestra naturaleza, no veis mas que su barro primitivo... Es una cosa que anda con dos patas, fria, lívida, descompuesta, y marcha produciendo un ruido igual al de hojas muertas que el viento arroja de su ramo... Los mejores adornos

parecen guñapos en nuestro cuerpo miserable... El ambar que embalsamaba nuestro aposento toma el olor de muerto y sabe á esqueleto; y á mas, si aun ha quedado un corazon dentro ese fango, pareceos tener derecho de insultarle todos... Ni siquiera nos permitís mentar los recuerdos de nuestra juventud!... Y en ese caso, ora nos hallemos en una casa rica, destinadas á cuidar los perros, ora en un hospital á desmenuzar andrajos, ¿ acaso nuestro modo de existir no es igualmente detestable?... Toda la diferencia consiste en cubrir nuestras canas con un pañuelo ordinario, ó con encajes de algun precio... Por lo demas, en lugar de sentarnos en suntuosos hogares, nos calentamos con un brasero de tierra; y en lugar de ir al teatro de los palcos, vamos al teatro en el cual se cortan cabezas, y la plaza de las ejecuciones suministra tambien grandes ideas...

— ¡ Aquilina mia !... En medio de tus desesperaciones, jamás tuviste, que yo sepa, tanta razon! repuso Eufrasia. Si; los cachemiras, los brocados, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, todo cuanto brilla, todo cuanto agrada no parece bien sino á la juventud. Bien es verdad que el tiempo ó sea los años pueden vengarse de nuestros ininterrumpidos desórdenes!... ¡ Pero absuélvenos la felicidad de que disfrutamos!

— ¡ Ola! ¿ parece que reís de lo que digo? continuó

lanzando á entrambos amigos una sonrisa viperina.

¿ Creéis por ventura que deliro tocante á nuestra felicidad y á la venganza del tiempo? prefiero una muerte en medio del placer, á una muerte causada por la enfermedad... Ni tengo la manía de la eternidad, ni gran respeto para la especie humana, cuando considero lo que Dios hace de ella... Por lo tanto déñme millones y los gastaré..... Os juro que no guardaría un maravedí para el año que viene..... Vivir para ser bella y reinar, es la única sentencia que pronuncia cada latido de mi corazon!..... Y bien veis que la naturaleza no reprueba mi fallo, pues que ella sola es la que alimenta el manantial de mis prodigalidades... ¿ Y preguntóos ahora por que nuestro Dios me concede cada mañana lo que gasto cada noche?... Y siendo así que nos ha puesto entre el bien y el mal para elejir lo que bien nos acomode, bien necia debiera de ser para inclinarme á lo que nos fastidia ó nos hace sufrir... Por consiguiente dejadme gozar!

— ¿ Y los demas? dijo Emilio.

— ¡ Y bueno! los demas que se compongan!... Mas cuenta me tiene reírme de sus padecimientos, que lamentarme en causa propia... Preséntese el mas bien pintado, y le apuesto á que no me ha de causar el menor disgusto.

— ¿ Que has pues padecido para pensar de este modo?... preguntó Rafael.

— Qué? fuí abandonada por un patrimonio!... Yo! dijo Eufrasia tomando una postura con la cual manifestó sus atractivos personales y todas las seducciones de su sexo. Y sin embargo yo habia pasado las noches y los dias trabajando para mantener á mi amante... Pero de aquí en adelante, no seré ya mas víctima de alagos ni de promesas.... Y pretendo convertir mi existencia en una larga partida de placer...

— ¿Pero, que no sabeis, exclamó Rafael, que la felicidad solo se encuentra en los afectos del alma?...

— ¡Y bien! repuso Aquilina, ¿no es por ventura alguna cosa el verse admirada, lisonjeada, y teneis acaso en nada triunfar de todas las mujeres, hasta de las mas virtuosas, anonadándolas con nuestra hermosura y nuestro lujo?... Por otra parte, mas vivimos nosotras en un dia, que una buena ciudadana en diez años, y por este solo punto queda decidido el problema...

— ¿Una mujer sin virtud no te parece odiosa?... observó Emilio dirigiéndose á Rafael.

Lanzándoles entonces Eufrasia una mirada de vívora, respondió con inimitable acento de ironía:

— ¡La virtud!... Eso lo dejamos para las feas y contrahéchas... ¿Sin ella que serian las pobrecitas?...

— ¡Vamos calla!... exclamó Emilio, ¿quien te mete ahora en lo que no entiendes? ¿Como puedes hablar de la virtud sin conocerla!...

-- Ah! sin conocerla!... repuso Eufrasia. Entregarse por toda su vida á un hombre que debe aborrecernos, saber educar hijos que nos abandonan, y aun decirles gracias cuando nos traspasan el corazon... He aquí las virtudes que prescribís á la mujer!... Y ahora falta añadir que en recompensa de su abnegacion matrimonial, imaginais mil redes para sacrificarla durante su primera juventud... Y si se resiste, la comprometéis... Vaya una vida... Como sino valiera mucho mas quedar libre, amar á quien nos dé la gana, y morir jóvenes... Espirando entre los goces...

— ¿Y que no temes pagar caras algun dia tus liviandades? Y bien! respondió, en vez de entremezclar mis deleites y pesadumbres, quedará mi vida dividida en dos partes, que son, una juventud incontestablemente divertida, y despues no sé que vejez incierta durante la cual, podria resignarme á sufrir según mi buen parecer....

— ¿Como se conoce que jamas ha amado!... dijo Aquilina con un sonido de voz que exprimia convicciones profundas. Nunca ha caminado cien leguas para ir á devorar con mil delicias una mirada y un desesperante no... Que poco que ha tenido su vida atada á un cabello, ni probado dar de puñaladas á una muchedumbre armada para salvar su soberano, su señor, su Dios. El amor para ella era un bonito coronel...

-- He! he! *La Rochela!*..... respondió Eufrasia. El amor es como el viento: las mas de las veces se ignora de donde viene. Al fin y al cabo, si hubieses sido idolatrada por un animal, aborrecerías á todos los hombres de talento...

-- Ya sabes que el código nos prohíbe tener comercio con los animales!... replicó irónicamente la grande Aquilina.

-- Vamos; que te creía mas indulgente para con los militares!... exclamó Eufrasia sonriendo.

-- ¡ Cuan felices son de poder abdicar hasta tal punto su razon!... exclamó Rafael.

-- ¡ Felices!... dijo Aquilina, medio sonriendo de compasion y de terror, lanzando al mismo tiempo á entrambos amigos una horrible mirada. Ah! vosotros ignorais lo que debe experimentar una alma sensible condenada al placer con un muerto en el corazon!...

Y aquí se elevaban de todas partes gritos estrafños. Contemplar entonces los salones, era tener una vista anticipada del Pandemónio de Milton. Allí habia saltos y bailes, animados con salvaje energía. Las azuladas llamas del *punch* coloreaban los semblantes de una tinta infernal. Rebentaban cajadas como las detonaciones de un fuego artificial. Los sitios de refriega tenian su imájen particular, tal combatiente estaba ya muerto; tal otro lidiador iba á quedar aletargado.

Era caliente la atmósfera, y como la embriaguez habia tapado lijeramente todos los ojos, cada cual creía ver una nube rojiza, y por el aire vapores de ebriedad. Habíase elevado, como en una faja luminosa trazada por un hacecillo de sol que atraviesa un aposento, un polvo brillante, á través del cual se entrechocaban las mas caprichosas formas, las luchas mas grotescas. Y despues, acá y acullá, habia grupos de figuras enlazadas, las cuales se confundian con mármoles blancos, dignas obras de escultura que los aposentos adornaban.

Bien que los dos amigos conservasen aun un si es no es, de perspicacidad en las ideas, y en los órganos algun equívoco síntoma de accion, imperfecto simulacro de la vida, érales no obstante imposible reconocer con rigurosa ecsactitud lo que habia de real en aquel cuadro fantástico, y de natural, en las perspectivas que sus embotados ojos les ofrecian; tan de cerca les asediaba el cielo sufocante de la rejion de los ensueños, la suavidad ardiente que las figuras contraen; aquella ajilidad inesplicable cargada de cadenas; finalmente, de tal manera se hallaron en el imperio de los mas intrincados fenómenos del sueño, que fuerza les fué tomar la orjía llegada á este punto por un verdadero y caprichoso laberinto indescifrable. Habia movimiento sin ruido, gritos perdidos para el oido; y para acabar de una vez; los corazones, los semblantes, el

aire, estaban impregnados, poseidos de la borrachera, de amor, de delirio, de olvido del mundo; y hasta los tapices exalaban, esprimian el desorden...

Habiendo el ayuda de cámara de confianza conseguido, no sin trabajo, á arrastrar su amo á la antesala, dijole al oido:

— Señor, todos los vecinos rábian que se las pe-
lan por tanto ruido...

-- Si les dá miedo el ruido, ¿ quien les impide
poner paja delante sus puertas?... refunfuñó el an-
fitrion.

XIV.

Rafael soltó una carcajada tan burlescamente in-
tempestiva, que le preguntó su amigo porque se reía
con tanta brutalidad.

-- Mal año si me entendieras, respondióle. Pri-
meramente deberia decirte que me habeis detenido
en el muelle Voltaire, precisamente en el instante
en que iba á tirarme al Sena, y sin duda te ven-
drian tentaciones de saber los motivos de mi muer-
te... Y despues cuando te añadiese que por una ca-
sualidad casi fabulosa, las ruinas mas poéticas del
mundo material, acababan de resumirse á mi vista
por una simbólica traduccion de la sabiduría huma-
na; mientras que ahora los restos de todos los tesoros
del mundo intelectual, cuyo dominio con tanta

aire, estaban impregnados, poseidos de la borrachera, de amor, de delirio, de olvido del mundo; y hasta los tapices exalaban, esprimian el desorden...

Habiendo el ayuda de cámara de confianza conseguido, no sin trabajo, á arrastrar su amo á la antesala, dijole al oido:

— Señor, todos los vecinos rábian que se las pe-
lan por tanto ruido...

-- Si les dá miedo el ruido, ¿ quien les impide
poner paja delante sus puertas?... refunfuñó el an-
fitrion.

XIV.

Rafael soltó una carcajada tan burlescamente in-
tempestiva, que le preguntó su amigo porque se reía
con tanta brutalidad.

-- Mal año si me entendieras, respondióle. Pri-
meramente deberia decirte que me habeis detenido
en el muelle Voltaire, precisamente en el instante
en que iba á tirarme al Sena, y sin duda te ven-
drian tentaciones de saber los motivos de mi muer-
te... Y despues cuando te añadiese que por una ca-
sualidad casi fabulosa, las ruinas mas poéticas del
mundo material, acababan de resumirse á mi vista
por una simbólica traduccion de la sabiduría huma-
na; mientras que ahora los restos de todos los tesoros
del mundo intelectual, cuyo dominio con tanta

crueledad hemos recorrido durante la cena, desaguan ó vienen á parar á estas dos mujeres, vivas y oriñales imágenes de la locura, y que nuestra profunda negligencia para con los hombres y las cosas ha servido de transición á los cuadros fuertemente coloreados de dos sistemas de existencia tan diametralmente opuestos, ganarías tu mucho con eso? Si no estuvieras borracho amigo mio, tal vez verías aquí todo un tratado de filosofía...

-- Y si tu no tuvieras los pies sobre esa encantadora Aquilina, cuyos ronquidos tienen cierta analogía con el murmullo de una tempestad próxima á estallar, repuso Emilio, quien por su cuenta se entretenía en arrollar y desarrollar los cabellos de Eufrasia, sin tener mucha conciencia de esa ocupación inocente, te ruborizarías de tu embriaguez y de tu palabrería. Tus dos sistemas de existencia se resumen por una sola frase, y pueden reducirse á un pensamiento.

La vida sencilla y mecánica conduce á cierta sabiduría insensata, sufocando por medio del trabajo material á nuestra inteligencia; y la vida pasada en el vacío de las abstracciones ó en los abismos del mundo moral, encamina á cierta insensatez sabia.

En una palabra, acallar los sentimientos para vivir viejo, ó morir joven, aceptando el martirio de las pasiones, hé aquí nuestro destino. Y aun entre esta sentencia hay de por medio la variedad

de los temperamentos, que nos dió el Padre Eterno, quien hizo el tipo de todas las criaturas.

Imbécil!... exclamó Rafael interrumpiéndole. Sigue pues resumiéndote así, y tendrás que formar volúmenes!... Si yo hubiese pretendido formularte succinctamente tus dos ideas, hubiérate dicho que el hombre se corrompe por el ejercicio de la razón y se purifica por la ignorancia. Y esto es hacer en bien pocas palabras la crítica de las sociedades! Que tal! Pero ora vivamos con los sabios, ora perezquemos con los necios, ¿tarde ó temprano el resultado no debe ser el mismo?... Así es, que el gran abstractor de quinta esencia esprimió en su tiempo ambos sistemas con dos voces:— CARIMARY, CARIMARÁ.....

— Con lo que acabas de decir, me haces dudar del poder de Dios, puesto que mas bestia eres tú que no el poderoso!... replicó Emilio. Nuestro idolatrado Rabelais ha resuelto esta filosofía mas brevemente aun con su TAL-VEZ!... De donde sacó Montaigne su *Quien sabe?*... y Carlos Nodier el *Que me importa á mí eso?*... de Breloque. Y aun esas últimas palabras de la ciencia moral son poco mas de la exclamación de Pyrrhon quedándose entre el bien y el mal, como el asno de Buridan entre dos almudes de cebada.

Pero dejémonos de esta discusión eterna hoy reducida á un *si y no*!... Dime ahora que experimen-

to querías hacer tirándote al Sena?... ¿Estabas acaso celoso de la máquina hidráulica del puente de Nuestra-Señora?...

— Ah! si tu conocieras mi vida...

— Ah! ah! contestó Emilio, vive Dios que no te creía tan vulgar!... Me gusta la frase. No sabes hombre, que todos pretendemos sufrir mas que los demas?...

— Ah! exclamó Rafael.

— Vaya que eres gracioso con tu... ah!... ¡á ver!...

¿Alguna enfermedad física ó moral te obligaria acaso á tirar cada mañana por una contraccion de tus músculos, á los caballos que deberian descuartizarte por la tarde como le sucedió á Damiano?

¿Te has comido nunca á tu perro crudo y todo, sin sal, en tu albergue?...

¿Te ha sucedido nunca el oír de la boca de tus hijos con las manos hácia tí levantadas:— Padre tengo hambre?...

¿Vendiste jamas los cabellos de tu querida, para ir á jugar su valor?...

¿Fuiste alguna vez á cobrar con temor de llegar tarde, á un falso domicilio, una falsa letra de cambio, tirada sobre un falso tío?...

— Despacha, que te escucho...

Si te tirabas al agua por una mujer, por un protesto ó por melancolía, te reniego... Confiésate, pero no mientas; mira que no te pido memorias históri-

cas... Sobre todo, sé tan corto como tu embriaguez te lo permita, mira que soy arrebatado como un lector, y próximo á dormir como una jóven que reza sus oraciones.

— ¡Pobre atolondrado!... Opuso Rafael. De cuando acá no estan los dolores en razon de la sensibilidad? Cuando llegaremos al grado de ciencia que nos permitirá hacer la historia natural de los corazones, de darles nombre, de clasificarles en jéneros, en sub-jéneros, en familias, en crustáceos, en fósiles, en infusorios, en microscópicos, en... que sé yo?.. Entonces amigo mio, será cosa incontestablemente probada, que los hay tiernos, delicados como flores, y que como ellas deben quebrantarse por ciertas impresiones, que ni siquiera son perceptibles para ciertos corazones minerales!...

— Oh! por favor, ¡ahórrame tales introducciones!... dijo Emilio con un tono fraternal tomando al mismo tiempo la mano de Rafael.



SEGUNDA PARTE

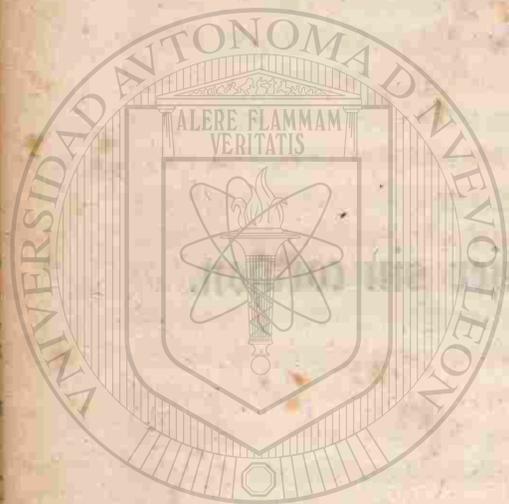
Una mujer sin corazón.

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

SEGUNDA PARTE.

UNA MUJER SIN CORAZÓN.

XV.

Después de un intervalo de silencio, comenzó Rafael negligentemente la plática siguiente :

— No podría asegurarte si ha de atribuirse á los vapores del líquido que he bebido, la especie de lucidez que me permite abrazar ahora mi vida entera como en un solo cuadro en el cual se me representan con la mayor fidelidad las figuras, los colores, las sombras, las luces, las medias tintas... Y ningun

caso haria de ese juego actual de mi imaginacion, sino estuviese acompañado de cierto desprecio para con mis dolores y alegrías acaecidas en el curso de mis años... Vista de alguna distancia hállase toda mi vida como por un fenómeno moral reducida; y soy juez en lugar de poeta, es decir que raciono en lugar de sentir! Ese padecimiento lento y prolongado por espacio de diez años, puede hoy reproducirse por medio de algunas frases, y su reduccion no será mas que un pensamiento, y algunas ráfagas de placer que por mi corazón han pasado, no serán mas que una reflexión filosófica...

— ¡A fé mia, que eres pesado como una enmienda!... opuso Emilio.

— ¡Bien puede ser! repuso Rafael sin murmurar. Así es que para no abusar de tu atención, te pasaré por alto mis primeros diez y siete años. Hasta entonces, viví como tú y como otros mil, con aquella vida de colejo, ó de liceo que ahora nos representamos con todas sus delicias, con sus desdichas aparentes, y sus alegrías reales; vida á la cual nuestro embotado paladar vuelve á pedir las groseras legumbres del viernes, en tanto que no hemos continuado con tales alimentos... Aquella tan placentera vida cuyos trabajos despreciamos ahora, y que sin embargo nos enseñaron á trabajar...

— Lleguemos al drama!... dijo Emilio con su tono burlon y compasivo.

— Cuando salí del colejo, repuso Rafael reclamando con un jesto formal, el derecho de continuar, sujetóme mi padre á una disciplina severa. Hizome habitar un cuarto contiguo á su gabinete. Retirabame á las nueve de la noche, y debia levantarme á las cinco de la mañana. Quería que siguiese estrictamente mi curso de leyes. Iba á cátedra y al estudio de un abogado. Pero las medidas del tiempo y del espacio estaban aplicadas con tanta precisión á mis viajes, á mis ocupaciones, y á la hora de comer pedíame mi padre tan exacta cuenta de...

— ¿Que me importa á mi eso?... dijo Emilio.

— Eh! ¡vete al diablo! siguió Rafael. ¿Como podrías concebir mis sentimientos, sin noticiarte los hechos imperceptibles que influyeron sobre mi alma, preparándola á la sujeción, y que me hicieron quedar por tanto tiempo en la primitiva sencillez del adolescente?!

Por tanto, hasta la edad de veinte y un años viví siempre sojuzgado bajo un despotismo tan frio como el de un rejimen claustral. Para revelarte mis tristezas, bastaráte tal vez describir á mi padre. Era un hombre alto, enjuto y delgado, con el rostro formado como hoja de navaja, de pálida tez y palabra corta, persistente como doncella entrada en años, meticoloso como un principal de oficina... Cerñíase su paternidad sobre mis niñerías y joviales ideas, hasta encerrarlas debajo una cubierta de plo-

mo... Cuando trataba de manifestarle algun sentimiento tierno y cariñoso, recibíame del mismo modo que si le dijese una necedad grosera. Oh! cuanto mas le temi á él que á nuestros tan temidos cate- dráticos... Para él siempre tenia ocho años... Parece- me todavia verle delante de mí... Estabase tieso co- mo un cirio pascual; y con su levita color de castaña pareciase á un arenque ahumado envuelto como en la rojiza cubierta de un folleto...

¡Y no obstante yo queria á mi padre! En el fon- do era justo. Pero acaso nunca aborrece el hombre la severidad cuando se halla justificada por un ca- rácter grande, por costumbres puras, y cuando está sabiamente entremezclada de bondad.

Si mi padre no me perdió jamás de vista; si hasta mis veinte años nunca me dejó dueño de dos duros, de dos picaros, de dos libertinos duros, inmenso tesoro cuya posesion envidiada en vano hacíame so- ñar inefables deleites; debo decir para su elojio que algunas veces procuraba regalarme con algunas dis- tracciones; y despues de haberme hecho aguardar meses enteros un placer, me acompañaba al teatro, á un concierto, á un baile donde yo confiaba encon- trar una amante... ¡Una amante!... era para mí la independencía.

Mas, lleno de timidez y de pudor, ignorando el lenguaje de los salones y sin conocer nadie en ellos, volvíame siempre con el corazón igualmente vírjen,

y mas y mas abundante de deseos... Despues, el dia siguiente, gobernado por mi padre como caballo de escuadron, no podia escaparme á la hora acostum- brada, de asistir á casa del abogado, á la univer- sidad, al tribunal.

Querer desviarme de la senda uniforme que me habia trazado, era esponerme á su cólera, y me ha- bia amenazado, á la primera falta, con meterme por galopin en un barco, que se marchase á Cuba así es que me acometian ánsias horribles, si por casualidad, alguna que otra vez me aventuraba en algun juego de niños, aun cuando no durase mi di- version mas que una hora...

Figurate la imaginacion mas vagabunda, el cora- zon mas amoroso, el alma mas afectuosa, el espíritu mas poético, continuamente en presencia del hombre mas duro, mas atrabiliario y mas frio del mundo!... casa una jóven de dieziseis años con un esqueleto, y podrás comprender la ecsistencia cuyas patéticas escenas me prohibes desarrollar; proyectos de fuga desvanecidos al aspecto de mi padre, desesperaciones apagadas por el sueño; volcánicos deseos comprimi- dos, y sómbrias tristezas disipadas por la música. Tocando pasablemente el piano, todas mis desdi- chas se ecsalaban en melodías; y cuántas veces ya en aquel tiempo, Beethoven ó Mozart fueron mis discretos confidentes!

Quando pienso ahora con todas las preocupaciones

que agitaron mi conciencia en aquella época de sencillez y de virtud, no puedo menos de sonreirme.

Si hubiese puesto los pies en una fonda, hubiese pensado estar perdido. Mi imaginacion me representaba un café como un lugar de disolucion, donde todo hombre debia perder su honor, y acabar con su hacienda. En cuanto á jugar dinero, deberia haberlo tenido...

Oh! aun cuando debiese adormecerte quiero contarte una de las mas terribles alegrías de mi vida, una alegría de aquellas que armadas en algun modo de garras, penetran en el corazon, como penetra la marca enrojecida dentro la espalda del presidario...

Hallábame en un baile en casa del duque de N... primo de mi padre... Mas, para que puedas formarte una cabal idea de mi situacion, debo decirtelo todo. Hallábame con un fraque raído, con zapatos mal hechos, con una corbata de cochero y con guantes ya llevados... Acomodéme en un rincon, desde el cual tomando sorbetes devoraba con los ojos á las mujeres que me parecían mas hermosas... Vióme mi padre, y por un motivo que nunca he podido adivinar, tanto me sorprendió aquel acto de confianza, me dió su bolsa y la llave á guardar... Algunos hombres jugaban no muy lejos de mí, yo oía claramente el movimiento del oro.

Veinte años tenia y deseaba con ansia pasar todo

un dia sumerjido en los crímenes de aquella edad... Era una liviandad espiritual cuya semejanza buscaríamos en vano, sea en los caprichos de cortesana, sea en los desvaríos de la vírgen. Mas habia de un año que me estaba considerando vestido con elegancia en cabriolé, con una querida á mi lado, echandola de señor, comiendo en alguna fonda lujosa, yendo por la noche al teatro, y decididamente determinado á no volver á casa de mi padre hasta el dia siguiente, pero armado contra mi déspota con una aventura romancesca, mas endiablada que el *casamiento de Figaro*, y cuyo laberinto le hubiese sido imposible sacar en limpio. Toda esa alegría junta la habia yo tasado á treinta duros... ¿No es verdad que aun me hallaba entonces bajo el sencillo encanto de la *escuela económica*?

Fuíme pues á un lugar escusado en el cual, solo, con ojos ardientes y manos convulsas conté el dinero de mi padre... Sesenta duros contenia la bolsa.

De repente, las alegrías de mi proyecto se me representaron bailando como brujas de Macbeth en derredor de su caldera; pero irresistiblemente atractivas, crujientes, y de todo punto deliciosas. Convertíme pues en resuelto bribon. Sin escuchar el campaneo de mis oídos, ni los precipitados latidos de mi corazon, tomé dos monedas de á cuatro duros, que todavía las veo ahora! Las letras y el retrato de Bonaparte percibiánse no muy clara-

mente. Despues de haber puesto la bolsa en la faltriquera, volví á la mesa de juego, agarrádas las dos monedas de oro en la húmeda palma de la mano, y rodé al rededor de los jugadores ni mas ni menos que un gavilan revolotéa al rededor de un gallinero. Sumergido entonces en angustias inefables, despedí precipitadamente una traslucida mirada á todo cuanto me rodeaba; en seguida bien seguro de no ser visto de ninguno que me conociese, aposté por un hombre gordo y carialégre, sobre cuya cabeza acumulé mas plegarias y mas votos que puedan hacerse por el mar durante tres tempestades seguidas. Mas, con un instinto de perfidia y maquiavelismo que hubiese sorprendido al mismo Sixto V, fuíme á establecer cerca una puerta mirando al través de los salones, sin ver nada en toda la concurrencia. Mi alma y mis ojos solo se cernian al rededor de la mesa fatal.

Desde esta noche, data la primera observacion filosófica á la cual he debido mas tarde esa especie de penetracion que me ha facilitado la comprehension de algunos misterios de nuestra doble naturaleza.

En efecto, estaba vuelto de espaldas á la mesa en la cual se disputaba mi dicha futura, dicha tanto mas profunda quizá, cuanto era mas criminal!..... Entre mí y los dos que jugaban, habia un parapeto prolongado de cuatro ó cinco grupos de habladores... Elevábase un confuso ruido de voces que

impedia distinguir hasta los sonidos de la orquesta... Sin embargo, por un privilegio concedido á todas las pasiones, y que las dá el poder de anonadar las leyes del tiempo y del espacio, oía distintamente las palabras de ambos jugadores, estaba enterado de los puntos que cada uno tenia, y sabia cual de los dos volvia el rey como si viese las cartas; y por mas que me hallase á diez pasos de distancia del juego, todavia sus horribles caprichos me trastornaban de pies á cabeza.

A la sazón mi padre pasó delante de mí como súbitamente; entonces si que pude comprender aquella palabra de la sagrada escritura;—el espíritu de Dios pasó por delante su cara!

Mas, habia ganado!... A través del torbellino de hombres que al rededor de los jugadores gravitaba, acudí á la mesa, colándome con la habilidad de una anguila que se escapa por la malla rota de la red. La dolorosa tirantez de todas mis fibras fué reemplazada por una expansion celestial. Hallábame en la situacion del condenado á muerte, quien al marchar al patíbulo se ha encontrado con el rey...

Quizo la casualidad que un hombre condecorado reclamase ocho duros. Pero faltaban en el juego. Todas las miradas se desplomaron sobre mí. Palidecí, y violentas gotas de sudor sulcaron mi frente amarilla. Entonces, parecióme completamente vengado el crimen del robo que hice á mi padre; pero el

gordete, el bueno del hombre que jugaba, dijo con voz realmente anjelical:

— Todos esos señores habian puesto, quedo responsable del juego!...

Y pagó los ocho duros. Aquí si que levanté la frente, y lancé triunfantes miradas sobre los jugadores. Luego, despues de haber con mucho cuidado reintegrado en la bolsa de mi padre el dinero que en ella habia tomado, dejé mi ganancia á aquel digno y honrado caballero quien siguió ganando.

En breve me ví poseor de treinta duros y luego que fué mia toda esa suma, la engrillé en el pañuelo de manera que no pudiese moverse ni sonar al tiempo de retirarnos; figúrate pues como la estreché, y no jugué mas aquella noche...

— ¿Que haciais al juego?... dijome mi padre al entrar en el coche.

— Miraba, padre... respondí temblando.

-- Es que, repuso, no seria extraordinario que por amor propio hubierais sido obligado á enseñar dinero en el juego... Segun las jentes del gran mundo, parecis tener ya la suficiente edad, para tener el derecho de hacer necesidades... Por tanto, Rafael, os escusaria de buena voluntad, si hubierais empleado mi bolsa...

Yo no contesté.

Al llegar á casa, volvíle la llave y la bolsa. Cuando estuvo en su cuarto, vació la bolsa sobre la chime-

nea, y contó el oro. Luego, tornóse hácia mí con un modo que no dejaba de ser algo gracioso, y dijome lo siguiente, separadas sus frases con pausas mas ó menos largas y significativas:

— Hijo mio, estais prócsimo á los veinte años.— Estoy contento de vos.--Necesitais una pension,-- aun cuando no fuera mas que para aprender á economizar,-- á conocer las cosas de la vida.-- A contar desde esta noche os daré veinte duros al mes. Podreis disponer de ese dinero como mejor os pareciere!...

-- Aqui teneis el primer trimestre de este año...añadió, acariciando un montoncillo de oro, como para verificar la suma.

Confieso sinceramente, que estuve para postrarme á sus pies, á declararle que era un insolente, un infame, y... mas que todo eso, -- un embustero!... Pero la verguenza me venció. Iba sin embargo á abrazarlo, apartóme lijeramente.

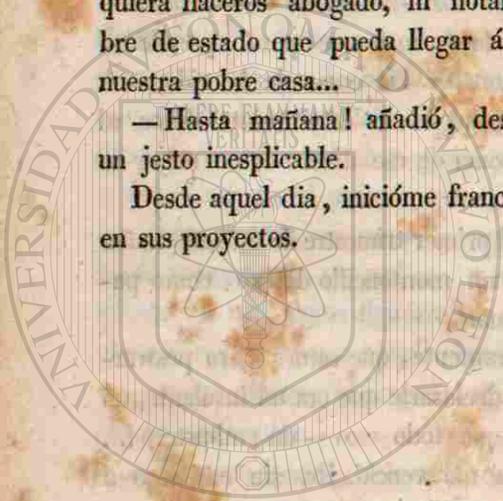
-- Ahora eres un hombre, *hijo mio!*... me dijo. Lo que hago ahora, es cosa muy regular y justa por la cual no debes darme gracias...

— Si algo podia reclamar de vuestro agradecimiento, continuó con tono dulce, aunque lleno de dignidad, seria, Rafael, por haber salvado vuestra juventud de los escollos en que se precipitan, en Paris, todos los jóvenes.— De aqui en adelante, viviremos como dos amigos. Dentro un año sereis doc-

tor en leyes.—Habeis adquirido, no sin algunos disgustos, y ciertas privaciones, conocimientos sólidos, y el amor del trabajo tan esencial para los hombres destinados á manejar grandes negocios... Ahora, empezareis á conocer vuestro padre.—No penseis, que quiera haceros abogado, ni notario; sino un hombre de estado que pueda llegar á ser la gloria de nuestra pobre casa...

—Hasta mañana! añadió, despachándome con un jesto inesplicable.

Desde aquel dia, inicióme francamente mi padre en sus proyectos.



XVI.

Era yo hijo único, y habia perdido mi madre á la edad de diez años.

Un dia, poco satisfecho mi padre del derecho de sulcar la tierra con espada al costado, bien que era jefe de una casa histórica casi olvidada en Auvernia, determinó venir á Paris para probar y reprobar al diablo.

Dotado de aquella astucia que dá tanta superioridad á los hombres del medio dia de la Francia, cuando va acompañada de enerjía, habia llegado, sin grandes protecciones, á tomar una posicion en el centro mismo del poder. En breve, la revolucion trastornó su fortuna; pero, habiéndose casado con

una rica heredera, habiase visto, bajo el imperio, prócsimo á restituir á nuestra familia su antiguo esplendor.

Vino la restauracion, y á la par que volvió á mi madre bienes considerables, arruinó á mi padre.

Habiendo comprado muchas haciendas dadas por el Emperador á sus jenerales, y en pais extranjero situadas, diez años habia que luchaba con liquidadores y diplomáticos, con los tribunales de Prusia y de Baviera, para mantenerse en la contestada posesion de aquellos donativos malhadados. Inmediatamente pues, introdujome mi padre en el laberinto inesplicable de aquel vasto proceso del cual pendia enteramente todo nuestro porvenir. Hasta podíamos salir condenados á restituir las rentas que cobrara, como tambien el precio de algunas aterradas en bosques, hechas desde 1814 hasta 1817; y en este caso todos los bienes de mi madre bastaban á penas para salvar el honor de nuestro nombre. De modo que desde el instante en el cual podia traslucir que mi padre me emancipaba en algun modo, recaí bajo el yugo mas ominoso. Víme obligado á combatir como en un campo de batalla, á trabajar de noche y de dia, á ir á visitar hombres de Estado, procurar sorprender su relijion, hacer todo cuanto imaginarse puede para interesarles por nuestra causa, seducirlos, á ellos, á sus mujeres, sus lacayos, sus perros, y disfrazar tan horrible ofi-

cio bajo formas elegantes, bajo lisonjeros agasajos.

Entonces fué, cuando empecé á comprender todas las pesadumbres inscritas en el semblante de mi padre.

Por espacio de un año, poco mas ó menos, seguí una vida en apariencia divertida; pero aquella disipacion y aquel empeño en relacionarme estrechamente con parientes de crédito, y con toda aquella jente que podia sernos útil, ocultaban trabajos inmensos. Mis pasatiempos eran aun informes de nuestro proceso, y mis conversaciones, largas memorias...

Hasta aqui fuí virtuoso, por la imposibilidad en que me hallaba de entregarme á mis caprichos de jóven; pero recelando causar la ruina de mi padre ó la mia por alguna negligencia ó desvarío, hiceme tirano de mí mismo. No me atrevia á permitirme ni un placer, ni un gasto cualquiera; porque durante nuestra primera juventud, cuando con sus repetidos contactos, los hombres y las cosas no nos han arrancado aun aquella flor de sentimiento tan delicada, aquella lozanía vírjen de pensamiento; aquella conciencia tan noble y tan pura nos impide transijir con los perversos; entonces sentimos vivamente nuestros deberes, entonces nuestro honor se eleva sobre toda pasion, y triunfa, entonces somos sinceros y francos sin rodeos. Por lo menos tal era yo, y tuve á pecho justificar la confianza de mi padre.

Poco antes, hubiérale sustraído con delicias una suma humilde; pero, llevando con él la carga de sus negocios, de su nombre, de su causa, hubiésele dado secretamente mis bienes, mis esperanzas, de la misma manera que le sacrificaba mis placeres. Y muy feliz aun por mi sacrificio... Asi es que cuando el ministro M. de Villèle desenterró, espresamente para nosotros, un decreto imperial sobre los descaecimientos, y que nos hubo arruinado, yo firmé sin titubear la venta de todos los bienes de mi madre, quedandome con una isla de casi ningun valor, situada en medio del Loira, y en la cual estaba el sepulcro de mi pobre madre.

Ahora, acaso, no me faltarian argumentos, rodeos, discusiones filosóficas, para dispensarme de efectuar lo que mi abogado llamaba una *tontería*... Pero á veintiun años, lo repito, somos toda jenerosidad, todo calor, todo amor... Las lágrimas de que ví entonces arrasados los ojos de un padre, fueron para mí la mayor y la mas placentera de todas las fortunas; ¡y cuantas veces el recuerdo de aquellas lágrimas me sirve de consuelo en mis angustias!...

Diez meses despues, murió mi padre de pesadumbre. Me idolatraba, y me habia arruinado. Esta idea le sepultó.

En 1826, á la edad de veintidos años, hácia fines de otoño, seguí sin acompañamiento el entier-

ro de mi primer amigo, de mi padre.. Pocos jóvenes habrá que se hayan encontrado solos, con sus pensamientos, tras de un féretro, perdidos en Paris, sin porvenir, sin fortuna. Los huérfanos recojidos por la caridad pública tienen á lo menos sobre la tierra un padre y un porvenir. Su riqueza futura es el campo de batalla; su padre, el fiscal, el gobierno, ó el hospicio... Yo, ¡nada tenia!—Nada!.....

Tres meses despues, un ujier tasador me devolvió mil ciento doce francos, producto líquido y ecsacto de la sucesion de mis padres. Algunos acreedores me habian obligado á vender nuestros muebles.

Acostumbrado desde mi infancia á dar un gran valor á los objetos de lujo de que me hallára rodeado, no pude menos de manifestar cierta admiracion al aspecto de aquel peculo sobrante.

—Oh! me dijo el ujier tasador, todo eso valia bien la pena!...

¡Que espantosas palabras!.. marchitaban todas las relijiones de mi niñez y me arrancaban las primeras ilusiones de mi vida, las mas alhagueñas de todas...

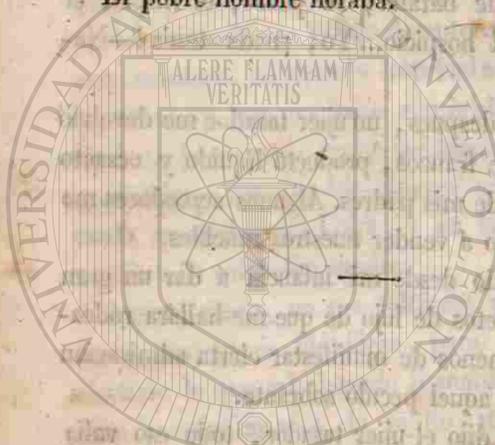
Todo mi porvenir yacía en un sacote de tela que contenia mil ciento doce francos.

La sociedad se me presentaba en la persona de un ujier tasador, que me hablaba sin quitarse el sombrero.

Finalmente, un ayuda de cámara que me que-
ria de corazón, y al cual mi madre constituyera
cuatro cientos francos de renta vitalicia, díjome al
dejar la casa, de la cual yo saliera en mi infan-
cia tantas veces en coche con alegría:

— Sed bien económico! mi buen señor!... mi

El pobre hombre lloraba.



CAPITULO A ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...

XVII.

A pesar de la vida interior que debe haber en el alma...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...

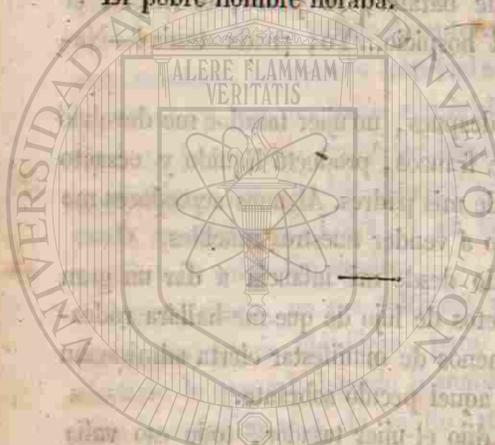
Tales fueron, mi buen Emilio, los sucesos que
encadenaron mi destino, modificaron mi inteli-
gencia, y me colocaron, joven aun, en la mas falsa
y peligrosa de todas las posiciones sociales.

Bien es verdad que vínculos de sangre me unian
con algunas casas ricas, cuyo acceso mi orgullo me
hubiese prohibido, si el desprecio é indiferencia no
me hubieran antes cerrado las puertas. Por tanto,
aunque pariente de personas muy influyentes, y pró-
digas de su protección para con los estraños, era
como si no tuviera parientes y quedábame sin pro-
tectores. A fuerza de contrarestar mi alma en todas
sus éxpansiones, habiase replegado contra sí misma;

Finalmente, un ayuda de cámara que me que-
ria de corazón, y al cual mi madre constituyera
cuatro cientos francos de renta vitalicia, díjome al
dejar la casa, de la cual yo saliera en mi infan-
cia tantas veces en coche con alegría:

— Sed bien económico! mi buen señor!... mi

El pobre hombre lloraba.



CAPITULO A ALFONSO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...

XVII.

A pesar de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...
... de la vida de la familia, de la familia de la familia...

Tales fueron, mi buen Emilio, los sucesos que
encadenaron mi destino, modificaron mi inteli-
gencia, y me colocaron, joven aun, en la mas falsa
y peligrosa de todas las posiciones sociales.

Bien es verdad que vínculos de sangre me unian
con algunas casas ricas, cuyo acceso mi orgullo me
hubiese prohibido, si el desprecio é indiferencia no
me hubieran antes cerrado las puertas. Por tanto,
aunque pariente de personas muy influyentes, y pró-
digas de su protección para con los estraños, era
como si no tuviera parientes y quedábame sin pro-
tectores. A fuerza de contrarestar mi alma en todas
sus éxpansiones, habiase replegado contra sí misma;

y lleno de franqueza, de natural, debía sin duda parecer frío, y reservado. Habiéndome el despotismo de mi padre arrancado toda confianza de mi mismo, era tímido y poco tenaz; no creía que mi voz pudiese ejercer el menor imperio, era muy poco pagado de mi persona, hallábame feo, y me avergonzaba de mi propia mirada.

A pesar de la voz interior que debe sostener á todo hombre de talento en cada una de sus luchas, y que me gritaba:—Valor!... Adelante!... A pesar de las luminosas revelaciones de mi poder en algunos instantes de mi soledad, á pesar de la esperanza que me animaba al comparar las nuevas obras admiradas del público con las que volteaban por las tortuosidades de mi imaginación, siempre dudaba de mí, como pueda hacerlo un niño sin madre. Hallábame mártirizado por una ambición desmesurada, creíame destinado á cosas grandes, y me sentía en las tinieblas de la nada.

Luego necesitaba á los hombres, y me hallaba sin amigos; debía fraguarme una senda por el mundo, y me quedaba solo, porque tenía vergüenza.

El año en que me tiró mi padre en el torbellino de la sociedad, tenía un corazón nuevo, una alma cándida y fresca, y como todos los niños aspiraba secretamente á románticos amores. Entre los jóvenes de mi edad, encontré una cáfila de fanfarrones que andaban con la cabeza erguida diciendo frioleras,

sentándose sin zozobra junto á mujeres que me parecían las mas terribles, hablando impertinencias, mascando el puño de su palo, pavoneándose y prostituyéndose las mas lindas señoritas, poniendo ó pretendiendo haber puesto la cabeza en todas las almohadas, haciendo como que aun rehusan el placer ofrecido, considerando á las mas virtuosas, á las mas discretas, fáciles como las otras y susceptibles de ser conquistadas con la simple palabra, con el menor jesto atrevido, con la primera mirada insolente!... Yo por mi parte te declaro en mi alma y conciencia que la conquista del poder ó de una grande celebridad literaria me parecía un triunfo menos difícil de alcanzar, que la conquista de una mujer de alto rango, jóven, astuta y graciosa. Por consiguiente encontré todos mis apetitos, mis sentimientos, mis cultos, enteramente discordantes con las máximas de la sociedad. Bien tenía atrevimiento, pero solo en la imaginación; y delante las mujeres era muy novicio en materias de cortesía. Mas tarde, he aprendido que las mujeres no quieren ser mendigadas....

Muchas conocí á las cuales adoraba tácitamente de lejos, y que les presentára un corazón á toda prueba, y una alma inmensamente impregnada de ternura, y una energía que no arredraban ni sacrificios ni torturas... y aquellas mujeres pertenecían á imbéciles á quienes yo no hubiese querido de porteros.

¡Cuantas veces mudo é inmóvil admiré la reina de mis ensueños, apareciéndome en un baile!... Consagrada entonces moralmente toda mi existencia á caricias indefinidas, eternas, imprimia todas mis esperanzas, todo mi ser en una mirada, y ofrecíale en mi éstasis, aquel amor jóven que no busca, ni anhela otra cosa sino ser engañado. ¡Mas de mil veces hubiese con el mayor contento, dado toda mi vida por una sola noche!...

¡Y bien! no habiendo jamás encontrado oídos tales como deseaba para confiarles mi amoroso frenesí, ni miradas donde fijar las mías, ni corazón para mi corazón, he vivido sufriendo todos los martirios de una energía impotente que debía devorarse á sí misma, sea por falta de atrevimiento y ocasiones, ó sea por falta de experiencia. Acaso he desesperado de hacerme comprender, ó temblado de ser demasiado comprendido... Y sin embargo, á cada mirada cortés que recibía, tenía un uracán pronto á desencadenarse! Pero á pesar de la instantaneidad con que me penetraban esas miradas ó palabras al parecer afectuosas como tiernos preludios de iniciativa, nunca he tenido osadía para hablar ó para callarme. Por el acopio de sentimiento, mi palabra era insignificante, y mi silencio era estúpido. Sin duda tenía demasiada sencillez para una sociedad facticia que no vive mas que de luces, y que esprime lo que quiere decir con frases combinadas, con palabras

dictadas por la moda; y luego yo ignoraba el lenguaje del silencio, y el silencio del lenguaje.

Finalmente, quedándome siempre con fuegos que me abrasaban, teniendo una alma semejante á aquellas de las cuales las mujeres parecen tan ávidas, poseyendo la energía de que se alaban los tontos, puedo decir que todas las mujeres que he conocido, solo han sido traidoramente crueles para mí. De aquí es que admiraba humildemente los héroes de tertulia al oírles celebrar sus victorias, creyéndoles, sin sospechar ni de lejos que pudiesen mentir. A mas de que era por cierto culpa mía, pretender un amor garantizado por una sencilla declaración, querer encontrar grande y fuerte en un corazón de mujer frívola y casquivana, hambrienta de lujo, ébria de vanidad, aquella pasión tan ancha y tan dilatada, aquel océano que tan tempestuosamente mi corazón atormentaba.

¡Oh! ¡sentirse nacido para querer, para hacer una alma bien feliz, y no haber encontrado siquiera una valerosa y noble Marcelina, ó alguna marquesa entrada en años!... Traer tesoros en una alforja, y no poder encontrar alguna alma inocente para hacerlos admirar.... cien veces he querido matarme de desesperación...

— ¡Eres diablenamente trájico!... Esclamó Emilio.

— ¡Y déjame condenar mi vida!.... respondió Rafael, y abogar para mi divorcio con ella! Si la

amistad no te dá fuerza para escuchar mis elejías; si no puedes prestarme una media hora de pesadez, duerme!... Pero no me pidas mas cuentas de mi suicidio que truena, que se eriza, que me llama y me saluda. Aprende que para juzgar un hombre debe uno por lo menos estar en el secreto de su pensamiento, de sus desgracias, de sus emociones. No querer conocer de todo el hombre mas que los hechos materiales, es hacer cronolojías!..... la historia de los pobretes!

El tono amargo con que pronunció esas palabras impresionó tan vivamente á Emilio, que desde aquel instante estuvo completamente atento á Rafael mirándole fijamente.

— Pero, repuso el narrador, todos aquellos accidentes vistos con la luz actual, presentan un aspecto muy diverso. Cada serie de cosas que yo consideraba entonces como una desgracia ha debido enjendrar las facultades, las fuerzas de que mas tarde me he altamente gloriado.

¿La curiosidad filosófica, los trabajos escesivos, el amor de la lectura que desde la edad de siete años han ocupado constantemente mi vida, no me habrán acaso dotado de esa facilidad poderosa con que segun decís vosotros, sé esprimir mis ideas y arrosstrar impávido los escollos del vasto campo del estudio humano? ¿El abandono á que estaba condenado, el hábito de comprimir mis pensamientos, y de

vivir solo en mi corazon, no me habrán revestido sin duda del poder de comparar, de discurrir? ¿No habiéndose mi sensibilidad disipado al servicio de estas irritaciones mundanas que diezman tan profundamente el alma mas bella y la reducen por fin á un guiñapo, no ha debido concentrarse hasta el estado de llegar á ser el órgano perfeccionado de una voluntad mas elevada que la voluntad de la passion?

Desconocido por las mujeres, acuérdome haberlas observado con toda la sagacidad del amor desdeñado. Ahora ya estoy seguro que la sinceridad de mi carácter ha debido disgustarlas! ¿Quizás necesitan cierta hipocresía!..... Pero á mí, que soy á la vez, que soy en una misma hora, niño, hombre, sabio, fútil, pensador, despreocupado y lleno de supersticiones, muchas veces mujer como ellas, á mí digo; no han debido tomarme en mi sencillez por un cínico, y en la franqueza pura de mi sentimiento por un libertino? La ciencia les causaba fastidio, mi languidez femenina la tenían por flaqueza. A mas, esa escesiva movilidad de imaginacion, la desgracia de los poétas, haciame sin duda juzgar por un ser incapaz de amor, sin constancia en las ideas, sin enerjía... Idiota cuando callaba, las esquivaba tal vez cuando trataba de agradarlas.

De modo que todas las mujeres me han condenado. Yo recibí, acepté en medio de mis lágrimas

y pesadumbre la sentencia fulminada por el mundo. Despues toda esa pena produjo su fruto. Quise vengarme de la sociedad. Quise poseer las almas de todas las mugeres, sometiéndome sus inteligencias, y ver fijas sobre mí las miradas, cuando un lacayo pronunciase mi nombre á la puerta de un salon. Instituíme gran hombre. Siendo ya niño me habia dado una palmada en mi frente, y me habia dicho en mí mismo como Andres de Chenier: «¡aquí hay algo!...» Creía sentir dentro de mí un pensamiento que esprimir, un sistema que establecer, una ciencia que explicar.

¡O querido Emilio! Hoy dia que cuento apenas veinte y seis años, que estoy cierto de morir desconocido sin haber podido llegar á ser amante de ninguna mujer, permítame contar todas mis locuras! ¿No hemos tomado todos mas ó menos nuestros deseos por realidades?... Ah! te juro que no quisiera por amigo al hombre que no se hubiese tejido, en sus éstasis, cien coronas, construido un pedestal ó dibujádose alhagueñas queridas...

Yo he sido muchas veces jeneral, emperador; hasta he llegado á ser lord Byron; luego... nada. Despues de haber representado en la cumbre de las cosas humanas, advertia que me faltaba salvar las montañas y superar tantas dificultades...

Aquel inmenso amor propio que en mí fermentaba, aquella sublime creencia á un destino, y que

constituye tal vez el jenio cuando el hombre no se deja empobrecer el alma por el contacto de los negocios, á la manera que un carnero abandona la lana á las espinas de los rosales que atraviesa, alcanzaron á sostenerme

Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio por la querida que un dia esperaba tener. Para mí todas las mujeres se resumian en una sola, y esa mujer, creía encontrarla en la primera que á mi vista se ofrecia. Pero considerando una reina en cada una de ellas, debian como las reinas las cuales están obligadas á tomar la iniciativa con sus amantes, adelantarse un poco hácia mí, enardecido, candoroso y pobre.

Ah! para la que se hubiera apiadado de mí, tenia yo en el corazon tanto agradecimiento, que la hubiese adorado toda mi vida.

Con el tiempo, mis observaciones me han enseñado verdades crueles. De modo que, caro Emilio, es muy verosimil que habria vivido eternamente solo. Las mujeres están habituadas por no sé que declive de su entendimiento á no ver mas que las faltas del hombre de talento, y únicamente las buenas cualidades del necio, las cuales son perpetua lisonja de tantas de que ellas adolecen, mientras que el hombre superior no les ofrece suficientes gajes para compensar sus imperfecciones. El talento es una calentura intermitente, y pocas son las mujeres á quienes

guste participar ni aun de su reposo. Todas en sus amantes quieren ver motivos para satisfacer su vanidad; y de modo que amándonos se aman aun solo á sí mismas!.. ¿Pero un hombre pobre, independiente, artista, dotado de la potestad de crear, puede dejar de tener cierto egoismo? A su alrededor ecsiste no sé que torbellino de pensamientos en el cual todo lo encierra, hasta su misma querida la cual debe seguir el movimiento.

¿Una mujer que siempre habrá sido adulada, puede creer en el amor de tal hombre? ¿Irá á buscarlo ella misma? Un tal amante tiene muy pocos momentos de descanso para venir á hacer en derredor de un divan esas pequeñas monadas de sensibilidad á las cuales tanta importancia dán las mujeres, y que sin embargo son el triunfo de las personas falsas ó insensibles... Teniendo apenas tiempo para sus trabajos, ¿como podría empequeñecerse haciendo el necio? Bien hubiese yo dado mi vida pero no la habria detallado...

Por fin hay en la conducta de un mancebo comerciante que hace las comisiones de una mujer pálida y melindrosa no sé que mezquindad que horroriza al artista. Un hombre pobre y grande necesita algo mas que amor, necesita desprendimiento. Pero las criaturillas que viven de cachemiras ó se hacen las trompetas de la moda, carecen de desprendimiento, y ellas lo ecsijen al contrario; no

viendo en el amor otra cosa que el placer de mandar y no de obedecer. La verdadera esposa en corazon, en carne y en huesos, se deja conducir allá donde vá aquel en quien residen su vida, su fuerza, su gloria, su felicidad. Los hombres superiores necesitan mujeres dignas de ellos que les comprendan... Todas sus desdichas provienen de un desacuerdo entre ellos y lo que les rodea. Y por mi mala estrella, yo que me creía hombre de jenio pensaba precisamente con aquellas amantes triviales.

Con ideas tan contrarias á las ideas recibidas, con la pretension de escalar el cielo sin escala, con tesoros que no tenian curso, armado de conocimientos dilatados de los cuales se hallaba sobrecargada mi memoria y que aun no habia clasificado, que aun no me habia asimilado; hallándome sin padres, sin amigos, solo, en medio del mas horrendo desierto, un desierto empedrado, un desierto animado, viviente, donde todo es mas que enemigo... ¡indiferente! La resolucion que tomé era natural aunque loca. Tenia en sí no se que de imposible que contribuyó á infundirme valor.

Fué esto como si hiciera una jugada conmigo mismo, yo era el jugador y la apuesta. Hé aquí mi plan.

CAPITULO ALFONSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... en el momento en que me encontraba en el momento de haberme levantado para ir a trabajar en el laboratorio...

... me encontraba en el momento de haberme levantado para ir a trabajar en el laboratorio...

... me encontraba en el momento de haberme levantado para ir a trabajar en el laboratorio...

... me encontraba en el momento de haberme levantado para ir a trabajar en el laboratorio...

XVIII.

... me encontraba en el momento de haberme levantado para ir a trabajar en el laboratorio...

Los mil ciento y doce francos debían bastar á mi vida por espacio de tres años, y me daba esos tres años para publicar una obra que pudiese llamarme la atención pública, crearme una fortuna, un nombre.

Regocijábame de pensar que iba á vivir de pan y leche como un solitario de la Thebáida, encerrado en el mundo de los libros y de las ideas en una esfera inaccesible en medio de ese París de tanto tumulto, en una esfera de trabajo y de silencio donde me construía como las crisalidas un sepulcro para renacer glorioso y brillante... Esponíame á perecer para vivir...

Con reducir la existencia á sus puras, á sus ver-

daderas necesidades, al estricto necesario, hallaba que trescientos sesenta y cinco francos debían bastar á mi lujo de pobreza. Y en efecto, esa estrecha suma satisfizo mi vida en tanto que quise sufrir mi propia disciplina claustral...

— ¡Esto es imposible! exclamó Emilio...

— ¡Debes pues saber que he vivido cerca de tres años así!... respondió Rafael con cierta arrogancia.

— Contemos!... repuso. Tres sueldos de pan, dos sueldos de leche, tres sueldos de tocino, eran suficientes para impedir que me muriera de hambre, y para tener al mismo tiempo mis facultades intelectuales en un estado de lucidez singular. He observado, como tu ya sabes, cuantos efectos maravillosos produce la dieta sobre la imaginación.

Después, el aposento me costaba tres sueldos por día; quemaba tres sueldos de aceite por la noche; arreglábase yo mismo mi cuarto; el limpiar de la ropa me costaba dos sueldos; calentábase con carbon de piedra, cuyo precio dividido entre todos los días del año no venía á costarme mas de dos sueldos; finalmente como ya tenía vestidos, camisas y calzado para tres años, no debía contar con mas gastos, no queriendo vestirme sino para asistir á algunos cursos públicos y visitar las bibliotecas.

Esos gastos reunidos montaban á diez y ocho sueldos: aun me quedaban dos para las cosas improvisadas. Mas no tengo memoria de haber pasado el

Puente de las Artes durante aquel largo período de trabajo, ni haber comprado jamás agua; iba á buscarla por la mañana á la fuente de la plaza San Miguel, en el ángulo de la calle de las Arenas. Oh! sobrellevaba mi pobreza con orgullo. El hombre que presiente un porvenir radiante, marcha en su vida de miseria como un inocente conducido al suplicio; no se ruboriza.

No habia querido prever la enfermedad; pero semejante en esto á Aquilina, entreveía el hospital sin terror. Ni un instante dudé de mi buena salud. El pobre no se acuesta mas que para morir.

Cortéme los cabellos hasta que un ángel de amor y bondad... Mas no quiero anticipar en la situación á la cual voy llegando.

Aprende solamente, amigo mio, que á falta de querida viví con un grande pensamiento, un ensueño, una mentira á la cual empezamos todos por creer mas ó menos. Hoy rióme de mí, de ese *mí* acaso muy sublime y santo, que ha desaparecido para siempre...

Después de haber visto bien de cerca la sociedad, el mundo, nuestros usos, nuestras costumbres, me he cerciorado del peligro de mi inocente creencia, y de la superfluidad de mis fervorosos trabajos. Todo eso es inútil al ambicioso. Poco bagaje necesita el que persigue la fortuna; y la principal falta de los hombres superiores consiste en gastar su juventud por

hacerse dignos de ella. Mientras que están atesorando fuerzas y ciencia para llevar con solidez el peso de un poder futuro que va siempre alejándose; los intrigantes, ricos de palabras y pobres de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, se aposentán en la confianza de los seminecios. Así sucede, que los unos estudian, los otros marchan; los unos son modestos, los otros impudentes; el hombre de jenio sofoca su orgullo, y el intrigante manifiesta anchamente el suyo; el último debe llegar necesariamente. Los hombres del poder tienen tanta necesidad de creer en el mérito visible, en el talento descarado, que hay de parte del verdadero sabio simpleza en esperar recompensas humanas. No trato ahora de comentar los lugares comunes de la virtud, el himno de los himnos perpetuamente cantado por las personas que se quedan en los entresuelos del gran edificio social, pero sí, deducir la razón lójica de las frecuentes venturas alcanzadas por los hombres insignificantes.

Sin embargo, la ciencia es tan maternalmente buena, que se comete tal vez un crimen en pedirla otras recompensas, que las alegrías dulces y puras con las cuales á sus ahijados alimenta. Acuérdomé haber algunas veces comido mi pan con júbilo, y bebido deliciosamente mi leche en la ventana sentado, respirando el verdader aire del cielo, dejando volar mis ojos sobre un paisaje de tejados more-

nos, grises, rojos, de pizarra, de tejas cubiertas de musgo verde y amarillo.

Si al principio aquella vista me pareció monótona, no tardé mucho en descubrir hermosuras singulares. Ora por la tarde, líneas luminosas que partían de ventanas mal cerradas, coloreaban y animaban las negras profundidades de aquel país orijinal: ora los pálidos esplendores de los reverberos tiraban desde abajo amarillentos reflejos al través de su cargada atmósfera, y descubrían indecisamente las calles por entre las ondulaciones de aquellos apretados techos, océano de olas inmóviles. A más, de cuando en cuando estrañas figuras aparecían en medio de aquel estraño desierto: era, entre las flores de algun jardín aéreo, el anguloso y ganchudo perfil de una vieja regando claveles, ó en el cuadro de una podrida claraboya, alguna jóven en su tocador, de la cual no veía mas que la frente y los largos cabellos alzados por un brazo anjelic. En los canales admiraba algunas vejetaciones efúmeras, y pensaba entre mí: ¡pobres hierbas, pronto os destruirá un aguacero! Estudiaba los musgos, sus colores por la lluvia reavivados, y que con el contacto del sol, se transformaba en un terciopelo seco y moreno de caprichosos reflejos... Finalmente los poéticos y fugaces efectos del día, las tristezas de la niebla, los instantáneos juguetes del sol, el silencio, los misterios de la noche, los en-

cantos de la aurora, los humos de cada chimenea, todos los accidentes de aquella naturaleza singular, habian acabado por serme familiares, y me divertian. Amaba mi cárcel, porque era tal vez voluntaria. Aquellas praderas de Paris formadas por techos anivelados como un llano, pero que cubrian abismos poblados, venian hácia mi alma, y se armonizaban con mis pensamientos.—¡Cuan pesado es volver á entrar bruscamente en el mundo al bajar de las alturas celestiales cuando á ellas hemos subido por las meditaciones científicas! Asi es, que entonces concebí perfectamente lo que se llama privacion de un monasterio...

XIX.

Cuando me hube resuelto á seguir invariablemente el espuesto plan de vida, traté de buscar mi habitacion en los barrios mas silenciosos de Paris. Al volver una tarde de la Estrapada, pasaba por la calle de los Corderos para irme á mi casa. En el ángulo de la calle de Cluny, vi una niña de unos catorce años que jugaba con una compañera suya. Sus risas y lijereza divertian á los vecinos. El tiempo estaba sereno, era caliente la tarde, el mes de setiembre todavia duraba. En todas las puertas habia mujeres sentadas jugando como en un pueblo de provincia en algun dia de fiesta. Chocóme luego la niña por la fisonomia que era de una espresion admirable,

cantos de la aurora, los humos de cada chimenea, todos los accidentes de aquella naturaleza singular, habian acabado por serme familiares, y me divertian. Amaba mi cárcel, porque era tal vez voluntaria. Aquellas praderas de Paris formadas por techos anivelados como un llano, pero que cubrian abismos poblados, venian hácia mi alma, y se armonizaban con mis pensamientos.—¡Cuan pesado es volver á entrar bruscamente en el mundo al bajar de las alturas celestiales cuando á ellas hemos subido por las meditaciones científicas! Asi es, que entonces concebí perfectamente lo que se llama privacion de un monasterio...

XIX.

Cuando me hube resuelto á seguir invariablemente el espuesto plan de vida, traté de buscar mi habitacion en los barrios mas silenciosos de Paris. Al volver una tarde de la Estrapada, pasaba por la calle de los Corderos para irme á mi casa. En el ángulo de la calle de Cluny, vi una niña de unos catorce años que jugaba con una compañera suya. Sus risas y lijereza divertian á los vecinos. El tiempo estaba sereno, era caliente la tarde, el mes de setiembre todavia duraba. En todas las puertas habia mujeres sentadas jugando como en un pueblo de provincia en algun dia de fiesta. Chocóme luego la niña por la fisonomia que era de una espresion admirable,

no menos que por todo su cuerpo hecho á propósito para un pintor; para mí aquella escena fué sublime. Luego pensando en los motivos de tanta sencillez en el seno de París, observé que no conduciendo la calle á ningun punto muy interesante; debia ser muy poco frecuentada. Acudiéndome entonces á la memoria que me hallaba en la calle que habitara Rousseau, no hice mas que mirar, y presentóseme la posada de San-Quintin. El estado de visible decadencia en que se hallaba, hizome esperar, que en ella encontraría el sitio que yo buscaba; determiné pues visitarla.

Al entrar en una sala baja, ví los clásicos candeleros de latón guarnecidos de sus velas, metódicamente alineados sobre cada una de sus llaves, y fui forzado á admirar la limpieza que reinaba en toda aquella sala, de ordinario muy mal arreglada por todas partes. Estaba cuidada como un cuadro reciente, y los utensilios, muebles y cama azul, tenían la coquetería de una naturaleza de conveniencia. La dueña de la casa, mujer de unos cuarenta años se levantó, y vino á mi encuentro. Veíanse en sus facciones infortunios escritos, y su mirada estaba como empujada de tanto llorar. Propúselá humildemente el precio de mi alquiler; sin parecer admirada de su escasez, buscó entre las demas una llave.

Condujome entonces por las alturas de su casa

y mostróme un cuarto que daba á los techos sobre los oscuros desvanes de las vecinas casas y por cuyas ventanas pasaban largas cuerdas cargadas de ropa blanca... Nada podia verse mas horrible.

Aquella manida de amarillas y mugrientas paredes olia á miseria y llamaba su sabio. La techumbre iba abajándose muy irregularmente y sus dislocadas tejas permitian entrever el cielo..... Habia justamente lugar para una cama, una mesa y pocas sillas; y bajo el ángulo obtuso del techo podia colocar el piano. Como la pobre mujer era sobrado menesterosa para amueblar aquella jaula digna de las cárceles de Venecia, nunca habia podido alquilarla. Pero por haber esceptuado precisamente de mi venta general los objetos que me eran en algun modo personales, fué muy pronto concluido el convenio y al dia siguiente héteme instalado en mi retrete.

Por espacio de casi tres años viví en aquel sepulcro aéreo, trabajando incesantemente de noche y de dia con tanto placer, que el estudio me parecia ser el tema mas bello, la solución mas feliz de una vida humana...

La calma y el silencio de que el sabio necesita tienen cierta dulzura, parecida á los encantos del amor. El ejercicio del pensamiento, la investigación de las ideas, las tranquilas contemplaciones de la ciencia nos prodigan inefables delicias, indescriptibles como todo cuanto participa de inteligencia cuyos fe-

nómenos son inapeables para los sentidos esternos del hombre. Por esto estamos siempre obligados á explicar los misterios del espíritu por medio de comparaciones con la materia. Sin embargo, el placer de nadar en una cristalina laguna circunvalada de rocas, árboles y flores, solo, y acariciado por mullida brisa, daría al ignorante una idea bien flaca aun, de la dicha que experimentaba al sentir mi alma bañada en los esplendores de no sé que luz, al escuchar las poderosas y confusas voces de la inspiracion, al chorrear de un manantial desconocido tantas imágenes en mi cerebro palpitante. Oh! figurarse una idea cuando apunta por el vacío de las abstracciones humanas como la salida del sol por la mañana, como él elevándose lanzando rayos; ó mejor todavia, verla nacer, crecer y robustecerse; esprimirla y considerarla inmortal... es una alegría igual á todas las alegrías terrenales, ó mejor es un placer divino. A mas de esto, el estudio comunica cierta majia á todo cuanto nos rodea.

El humilde escritorio y la morena badana de que estaba cubierto, el piano, la cama, el sillón, los dibujos del papel pintado, los muebles mas insignificantes, tomaron cierta vida y se convirtieron en jenerosos amigos míos, en cómplices silenciosos de mi porvenir... ¡ Cuantas veces con afecto inesprimible les comuniqué mi alma!... A menudo, con solo pasear mis ojos sobre una moldura descalabrada,

acudíanme nuevos desarrollos ó una prueba orijinal de mi sistema, ó palabras que yo creía precisas para manifestar pensamientos antes de mi intraducibles... A fuerza de contemplar sus particularidades, descubria en cada objeto una fisonomía, un carácter, y no pocas veces me consolaban con su lenguaje. Si al ponerse el sol, alguno de sus rayos tiraba por sobre los techos algun pasajero resplandor á través de mi estrecha ventana, entonces tomaban su color propio, indicaban caprichos, palidecían, brillaban, entristecíanse ó se alegraban, sorprendiendome siempre por mil efectos orijinales.

Esos menudos accidentes de la vida solitaria escapan á las preocupaciones del mundo, sin que pueda concebir el consuelo que dán á los encarcelados. Pero yo me hallaba aprisionado por una idea, cautivado en un sistema, mas, sostenido por la perspectiva de una vida de gloria.

Así es, que á medida que superaba dificultades, me estasiaba besando las delicadas manos de la bella, elegante y rica mujer, que acariciase un dia mis cabellos diciendome con ternura:

— Cuanto has sufrido, pobre anjel mio!...

Dos obras grandes habia emprendido. Primeramente, una comedia que debia alcanzarme en pocos dias nombre y fortuna, á mas la entrada de ese mundo ante quien queria presentarme de nuevo como hombre distinguido.

Todos visteis en mi obra maestra el primer error de un jóven al salir del colejio, una verdadera niñería... Vuestras jocosidades destruyeron ilusiones fecundas, y que nunca mas han vuelto á despertarse.

Sin embargo, tú, y solo tú, mi buen Emilio, calmaste la llaga profunda que otros abrieron en mi corazon. Tu admiraste mi *Teoria de la voluntad*.... esa obra estensa, para la cual aprendí las lenguas orientales, la anatomia, la fisiolojia, á cuya obra consagrara la mayor parte de mi vida; y una obra que sino me engaño debe completar los trabajos de Mesmér, de Lavater, de Gall, de Bichat, abriendo nuevo camino á la ciencia humana...

Aqui dá fin mi bella vida, aquella vida secreta, aquel sacrificio de cada dia, aquel trabajo de gusano de seda, desconocido en el mundo, y cuya sola recompensa consiste quiza en el trabajo mismo.

Desde la edad de razon hasta el dia en que hu-
be concluido mi *teoria*, aprendí, observé, leí, escribí sin cesar, y puedo decir que mi vida fué un largo viaje mental.

Siendo idólatra afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis poéticos ensueños, voluptuoso y sensual, hé no obstante trabajado siempre, rehusándome yo mismo todos los deleites de la vida juvenil. Amante como el primero de la gastronomía, pude conservar la sobriedad que me propuse. Aficionado á correr y á los viajes marítimos con ar-

dientes deseos de visitar muchos paises, complaciéndome aun en hacer saltar piedras sobre el agua; pude mantenerme constantemente sentado, con una pluma en la mano. Siendo de carácter algo bullicioso, iba á escuchar en silencio á los profesores en los cursos públicos de la Biblioteca y del Muséo. Hé dormido en mi cama solitaria ni mas ni menos que un relijioso de la órden mas severa; y sin embargo era la mujer mi sola quimera, quimera que estaba acariciando y que siempre me escapaba.

En pocas palabras, mi vida ha sido una cruel antítesis, una perpetua mentira. Luego id á juzgar los hombres del modo que se acostumbra; solamente por sus actos!...

A veces se despertaban todos mis gustos naturales, á manera de un incendio largo tiempo empollado. Y entonces por una especie de miraje ó de calenturienta permeabilidad veíame por entero, viudo, falto de todo y en una manida de artista, veíame digo, en aquellos instantes de ecsaltacion, rodeado de encantadoras mujeres; corría á través de las calles de París recostado en mullidos cojines de un equipaje brillante; y entonces me hallaba roido de vicios, hundido en el libertinaje, queriendolo todo y alcanzándolo todo. Estaba borracho en ayunas... Parecia esto á la tentacion de san Antonio.

El sueño, para mi bien, acababa por cubrir todas aquellas visiones devorantes. Y por la mañana, con-

vidábame sonriendo la ciencia, me llamaba y la era fiel.

Yo imagino que aquellas mujeres á quienes se dá el nombre de virtuosas no pueden dejar de ser arrastradas en esos torbellinos de locura, deseos, y pasiones, que en nuestro cuerpo fermentan bien á pesar nuestro. No obstante, esos estravíos tienen tambien su dulzura. Se parecen á aquellas conversaciones de la noche en invierno cuando nos trasladamos del hogar hasta la China. ¿Pero donde diablos se queda la virtud de las virtuosas durante esos deliciosos viajes en los cuales salta el pensamiento toda valla?...

XX.

Durante los diez meses primeros de mi reclusion pasé la pobre y solitaria vida que te he pintado, yendo yo mismo por la mañana á buscar sin ser visto mi provision para todo el dia, arreglando mi cuarto, siendo yo mismo á la vez el amo y el criado y diojenizando con un orgullo que no puedes figurarte.

Pero pasados aquellos diez meses en que espieron la madre y la hija mis hábitos y costumbres, ecsaminaron mi persona y comprendieron sin duda la miseria mia, porque ellas tambien por su parte eran muy desgraciadas, estableciéronse algunos vínculos entre los tres.

La anjelical Paulina, aquella encantadora criatura cuyas humildes y secretas gracias me habian en algun modo conducido allí, me hizo algunos favores que no podia rehusar. Todas las desventuras son hermanas; tienen el mismo lenguaje, la misma jenerosidad, la jenerosidad de las personas que á falta de riquezas son pródigas de sentimiento, y pagan con su tiempo y con su sangre.

De modo que Paulina se instaló insensiblemente en mi cuarto. Quiso servirme y su madre no se opuso á ello. Hasta llegué á ver la madre misma componiendo mis camisas, y ruborizábase cuando la sorprendia en ocupacion tan caritativa. Acabé por ser su protejido á mi pesar, y acepté sus favores.

Para comprender aquella amistad es preciso conocer el afan del trabajo, la tiranía de las ideas, y penetrarse de aquella repugnancia instintiva del hombre que vive en las esferas del espíritu para los detalles de la vida mecánica.

¿Acaso era yo dueño de resistir á la delicada atencion con la cual me traia silenciosamente Paulina mi comida frugal cuando advertia que desde nueve ó diez horas no habia tomado alimento?

Con las gracias de la mujer y los atractivos de la infancia me sonreía, haciéndome con la mano una señal para verla, y nada mas. Era Ariel desliziándose como un pajarito por entre mi techo y previendo mis necesidades.

Una noche, Paulina me contó su historia con inocente injenuidad. Su padre era comandante de caballería en la guardia imperial. En el paso del rio Berezina tan fatal á los franceses, los rusos le habian hecho prisionero. Y cuando despues Napoleon propuso el canje, le hicieron buscar en vano por la Siberia. Si debia darse crédito á las noticias de los demás prisioneros, se habia fugado con el intento de ir á las Indias.

Desde entonces madama Gaudin mi huésped, no habia vuelto á obtener mas noticias de su marido. Habian ya acaecido los desastres de 1814 y 1815; y encontrándose sola, sin recursos y sin apoyo, se habia determinado á tener una casa de habitaciones para mantener á su hija; sin embargo siempre confiaba que volveria á ver á su marido.

La pesadumbre que mas la afligia era dejar sin educacion á su Paulina, ahijada de la princesa Borgheresia, la cual hubiera debido corresponder á los bellos destinos que le prometiera su real protectora.

Cuando madama Gaudin me comunicó su dolor amargo, y que me dijo con desgarrador acento:

De muy buena gana daria el pedazo de papel que creó á Gaudin baron del imperio y el derecho que teníamos á la dotacion Witschnau, para tener á Paulina educada en san Dionisio. ¡Ah! si Napoleon viviera!...

Estremecíme violentamente y tuve la idea de ofrecerme á educar á Paulina en reconocimiento de todas las atenciones que me prodigaban. El candor con que aceptaron mi proposicion fué igual á la sinceridad que la dictára.

Desde entonces tuve horas de recreo.

Tenia Paulina las disposiciones mas felices. Aprendiendo con la mayor facilidad, en poco tiempo tocó el piano tan bien como yo. Era toda gracia, todo encanto. Escuchábame siempre con recojimiento, fijando sobre mí sus ojos negros que parecian sonreirme. Daba sus lecciones con dulce y acariciador acento, manifestando infantil alegría cuando yo me mostraba satisfecho de sus adelantos. Su madre mas inquieta cada dia para librar de todo peligro á una niña que iba desarrollando todas las promesas anunciadas por las gracias de su infancia, veía con placer que se encerráse todo el dia para leer y aprender la leccion. No teniendo mas piano que el mio, aprovechaba de mis ausencias para estudiarla.

A mi vuelta la encontraba en mi cuarto en el tocado mas modesto; pero al menor movimiento que hiciese su elegante y blando talle, todos los atractivos de su persona se revelaban debajo el grosero vestido que la cubria. Su pie lindo estaba sepultado en innobles zapatos; parecia una reina en servidumbre.

Mas, sus bellos tesoros, su riqueza de vírjen y

todo aquel lujo de hermosura fué como no ecistente para mí. Me hubiese horrorizado de engañar la confianza de su madre.

Asi es, que admiraba aquella vírjen como un cuadro, como el retrato de una querida muerta. Era criatura, mi estátua, y cual otro Pigmaleon queria convertir una vírjen colorada ó vivamente sensible y hablante en un mármol. Era severo con ella, y cuanto mas la hacia sufrir los efectos de mi despotismo majistral, tanto mas dulce y sometida la tenia.

Si me fortalecí en mi reserva y continencia por medio de nobles sentimientos, no me faltaron tampoco razones de procurador. Yo no puedo comprender la probidad en el dinero, sin la probidad en el pensamiento. Engañar á una mujer y hacer quiebra es lo mismo para mí. Amar una jóven ó dejarse amar por ella, constituye un verdadero contrato cuyas condiciones deben ser esplotadamente acatadas. Somos por cierto dueños de abandonar la mujer que se vende, pero no la jóven que se entrega, hasta que ignore la estension de su sacrificio.... Así que antes de ser traidor me hubiese casado con ella, y hubiera sido una locura. ¿No iba á tirar una alma buena y todavia inocente en un lago de estuendos martirios? Y entonces mi indijencia hablaba su lenguaje egoista y se interponia con su mano de hierro entre yo y la pobre Paulina...

Luego, debo confesar para mi confusion que no concibo el amor en la miseria.

Acaso será esto, en mí á lo menos, por depravacion debida á esa enfermedad humana que llamamos Civilizacion; pero si una mujer, aunque sea por otra parte mas seductora que la bella Helena, la Galatée de Homero, huele poco ni mucho á pobreza, ya no ejerce ningun poder en mis sentidos. Ah! viva el amor en la seda, en el cachemira, el amor rodeado de tantas maravillas del lujo que le adornan maravillosamente bien; y acaso consiste en que el amor mismo es un lujo tal vez! Me enajeno al considerar que debajo mis deseos manoséo preciosos vestidos y que quebranto flores, y ájo con mano devastadora elegantes edificios de embalsamadas cabbelleras... Y ojos ardientes ocultos bajo un velo de encaje que sus miradas desgarran con la enerjía de la llama que atraviesa el humo del cañon, me dejan saborear fantásticos deleites. Mi amor necesita escalas de seda montadas en silencio para una noche de invierno. Oh! que placer, llegar cubierto de nieve en un aposento iluminado por perfumes, tapizado de oro y de damasco... Y la mujer que en él me aguarda tambien sacude nieve como yo la sacudo.... ¿Y que son sino capas de nieve aquellos velos de voluptuosa muselina al traves de los cuales adivinaiis vagamente sus formas delineadas como las de ánjel en su nube, y que pronto va á

quitar para agradáros? Y aun necesito una felicidad medio incierta ó una seguridad que requiera atrevimiento... Por fin, deseo volver á encontrar aquella mujer misteriosa, pero radiante, y en medio del mundo, pero virtuosa y rodeada de homenajes, vestida de encajes y de diamantes, dando órdenes á Paris, y en alta posición y tan imponente, que nadie se atrevá á declararla sus deseos...; Luego echarme, á mí, una mirada al soslayo, una mirada que quiera decir: no soy tan inaccesible para tí, una mirada en la que me sacrifique el mundo y los hombres!...

A la verdad, me hé encontrado mil veces ridículo de amar tan locamente algunos palmos de blondas, de terciopelo, de fina batista, las habilidades de un peluquero, las bujias, los cóches, un título, heráldicas coronas pintadas por vidrieros, ó por plateros fabricadas, y finalmente todo cuanto hay facticio, y menos *mujer* en la mujer. Pero todas mis reflexiones han sido inútiles. Una mujer aristocrática, con su fina sonrisa, la distincion de su porte, y el respeto de si misma, me deja siempre embelesado. Cuando considero que pone una barrera entre ella y el mundo, lisonjea todas las vanidades que para mi constituyen la mitad del amor. Mi felicidad, como que es envidiada de todos los demas, parece-me tener mas sabor, mas sublimidad. No haciendo lo que las otras mujeres, no andando, no viviendo como las demas; envolviéndose en una capa que

ellas no pueden poseer, respirando perfumes que las son peculiares, me parece infinitamente mas encantadora. En Francia, para mi bien, hace ya veinte años que no tenemos reina jóven: sino, hubiese amado la reina!...

Para parecerse en un todo á una princesa, una mujer debe ser rica. Por tanto, atentidas mis romancescas fantasías, ¿que era Paulina?... ¿Podia ella venderme noches que cuestan la vida, un amor que mata, y remueve los mas ocultos resortes de todas las facultades humanas?... ¿Que poco que nos desesperamos por pobres doncellas que se dan sin ceremonia!...

Jamas pude desarraigar esos sentimientos y desvarios de poeta... Habia nacido para el amor imposible, y quiso la casualidad que fuese servido aun mas allá de mis deseos.

Asi es, que mil veces vestí de raso los delicados pies de Paulina, aprisioné su talle, esvelto como un álamo jóven, y tiré sobre su seno una lijera banda, haciéndola hollar los tapices de su casa; y conduciéndola á un carruaje brillante... Asi travestida la hubiera adorado. Dábala un orgullo de que carecia, despojábala de todas sus virtudes, de sus inocentes gracias, de su delicioso natural, de su injénua sonrisa, para hundirla en el cenagal de nuestros vicios y volverla el corazon invulnerable, ataviarla con nuestros crímenes, y convertirla en

fantástico maniquí de los salones, hacerla una mujer melindrosa que se acuesta por la mañana, para renacer por la noche, á la aurora de las bujías... Estaba dotada de todo sentimiento, de la mayor lozanía; yo la deseaba seca y sin afectos jenerosos.

A los postrimeros dias de mi vida, la memoria me ha recordado Paulina, del modo que nos recuerda las escenas de la infancia, y mas de una vez me he quedado enternecido, representándome deliciosos momentos; ora me la representára junto á la mesa, ocupada en coser, apacible, silenciosa, levemente aclarada por la luz que cayendo de la claraboya dibujaba plateados reflejos sobre su bella cabellera; ora, viesse su sonrisa y con su voz de rico timbre cantando los deliciosos himnos que ella misma componia sin trabajo. No pocas veces se exaltaba tocando el piano, y entonces asemejábase singularmente su semblante á la noble cabeza por medio de la cual quiso Carlo-Dolci representar la Poesía ó la Italia...

¡ Mi cruel memoria me tiraba despues aquella jóven al traves de las locuras de mi existencia como un remordimiento, como una imájen de la virtud! ¡ Pero dejemos la pobre doncella á su destino! Por mas desgraciada que sea, la habré puesto al abrigo de horribles borrascas, evitando de arrastrarla á mi infierno.

cualquiera, condujo mi propio entierro, y me tiró en la huesa de los pobres. Háblome de charlatanismo. Y con aquella amable conversacion que le hace tan seductor y persuasivo, mostróme á todos los hombres de jenio como á charlatanes, y vino por fin á declararme que tenia un sentido menos, una causa de muerte, quedándome solo en la calle de los Corderos. Segun él, debia ir al mundo, egoizar con sutileza, acostumbrar la jente á que pronunciara mi nombre con respeto, y quitar ese humilde señor que tan mal sentaba á un gran hombre de esos tiempos.

— Los imbéciles, dijo levantando un poco la voz, van á ese oficio, *intriga*; la jente de la moralidad lo prescribe bajo el epíteto de *vida disoluta*. Vamos paremos en los hombres; consultemos las leyes y los resultados. ¿Tu trabajas no es verdad?... No es bien, nunca serás cosa que valga.

La disipacion amigo mio, es un sistema político.

La vida de un hombre ocupado en disipar su hacienda, se convierte muchas veces en especulacion. Asegura sus capitales en amigos, en placeres, en protectores, en conocidos. ¿Que un negociante beneficia un millon? Sucede que durante veinte años no duerme, ni bebe, ni se divierte; empolla su millon; le hace correr toda la Europa; se apesára, se dá á todos los demonios que la sociedad ha inventado; y despues viene una quiebra y le deja á menudo sin

dinero, sin honor, y por consiguiente sin amigos. El disoluto por el contrario, se ocupa de vivir y de hacer trotar sus caballos; y si por casualidad pierde su capital, quedale siempre la probabilidad de ser nombrado administrador jeneral, la probabilidad de casarse y enlazarse con parientes de ministros, embajadores... y sobre todo siempre le quedan amigos, reputacion, y siempre dinero... Conociendo los resortes del mundo, los manobra á su provecho. ¿Es esto lógico, ó yo no soy mas que un necio?... ¿Acaso no es esta la moralidad esprimida de la comedia que todos los dias está representándose en ese gran teatro que se llama mundo?...

— Has acabado tu obra, continuó despues de una pausa. ¡Tienes un talento inmenso!...; Ahora bien! eso todavia no es nada. Solo estás en el punto de tu salida. Es necesario que hagas tu mismo el suceso de tu produccion, asi es mas seguro el buen écsito. Irás á formar alianzas con reuniones, á conquistar admiradores... Yo quiero tener el honor de ser el medianero de tu gloria, el platero que habrá montado tu diamante.

— Para comenzar luego, dijo, hállate mañana por la tarde aquí mismo. Te presentaré á una casa donde concurre todo Paris, nuestro Paris particular; ya me entiendes, los elegantes, los milionaros, todas las celebridades, y aquella jente que acostumbra hablar de oro siempre en grande. Desde el instante

en que han adoptado un libro, se hace de moda; y si es efectivamente bueno, dan una corona al jenio sin saberlo. Si sabes entenderte, mi buen jóven, harás tu mismo la fortuna de tu *Teoria* comprendiendo mejor que no has hecho hasta ahora la teoria de la fortuna... En una palabra, mañana por la noche, verás á Foedora! La bella condesa Foedora, la mujer á la moda.

— En mi vida he oido hablar de la tal condesa.

— ¡Eres un Cafre!... dijo Rastiñac sonriendo. ¡No conocer á Foedora!... ¡Una mujer casable que posée mas de ochenta mil libras de renta y que no quiere á nadie ó de la cual nadie quiere!...; Especie de problema femenino, una parisiense medio rusa, una rusa medio parisiense!... Una mujer en cuya casa se publican todas las producciones románticas que no salen á luz... La mas hermosa entre las hermosas de Paris, la mas graciosa...; anda! ni aun eres un Cafre, eres la bestia intermedia que separa al Cafre del animal. Adios, hasta mañana.

Hizo una pirueta y desapareció sin aguardar respuesta, no admitiendo ni por semejas que un hombre razonable pudiera rehusar el ser presentado á Foedora la sin par.

Mas, como explicar la fascinación de un nombre!

¡ FŒDORA!...

Persiguióme desde entonces aquel nombre como

nos persigue todo mal pensamiento con quien busca uno en vano transijir. Una voz interior me decia:

— ¡ Irás á casa de Foedora! y por mas que me hiciera violencia para sufocar esta voz y gritarla que mentía, disipaba todos mis forzados raciocinios con ese nombre:

— Foedora!

Pero ese nombre, esa mujer eran el logro de mis esperanzas, el símbolo de todos mis deseos, y el tema de mi vida. Es decir; que el nombre revelaba las poesías artificiales del mundo, haciendo brillar para mí las fiestas, la vanidad y todos los oropes; y la persona ó la mujer me aparecia con todos los problemas de pasion que por tanto tiempo ilusionado me habian. Y aun, ¡ quien sabe si el tumulto que mi reposo trastornára, era efecto de aquel nombre y de aquella mujer, ó bien de todos mis viciosos gustos que se alzaban implacables en mi alma para tentarme de nuevo!

¡ La jóven condesa Foedora, opulenta y sin amante, resistiendo á las seducciones en Paris!... Eso era precisamente la encarnacion de mis esperanzas, de mis visiones. Créeme una mujer, la dí formas ideales, la soñé.

Por la noche, ya no pude dormir, era su amante, forjéme una vida entera, una vida de amor improvisada, saboreando sus delicias fecundas y puras.

Por la mañana, incapaz de aguardar el suplicio del tiempo que mediaba hasta la noche, púseme á leer una novela, y estuve leyéndola todo el dia, poniéndome de ese modo en la imposibilidad de pensar y de medir el tiempo. Durante la lectura, el nombre de Foedora retumbaba en el hueco de mi mente á manera de un sonido que se oye á lo lejos, y que no estorba, pero que debe escucharse.

Afortunadamente que aun poseia un fraque negro, y un chaleco bastante decentes; y despues, quedábame de todo mi haber unos treinta francos, cuales al principio sembrára entre los muebles y papeles, á fin de poner entre un duro y mis caprichos la imponente barrera de una investigacion y los azares de una *circumnavegacion* por mi cuarto.

Antes de vestirme, perseguí mi tesoro al traves de un océano de papeles. Atendida la escasez del numerario, puedes facilmente concebir cuantas riquezas los guantes y el coche consumieron, á pesar de absorverme el alimento de todo un mes... Pero, tocante á caprichos nunca somos avaros, únicamente discutimos el precio de lo útil y necesario. Prodigáremos oro á bailarinas, y regateamos la sangre de un jornalero, cuya hambrienta familia está esperando el pago de la semana. No parece sino que jamás compremos el deleite bastante caro.

Encontré á Rastiñac fiel á la cita, chanceóme por la metamórfosis que en mi persona habia el

ocasionado, y en el entretanto que hácia la casa de la condesa viajábamos, dióme fraternales consejos tocante á la conducta que con ella debia guardar. Pintómela avara, vanidosa y desconfiada; pero avara con fasto, vanidosa con sencillez, y desconfiada con cierta injenuidad.

—Tú ya sabes, me dijo, en que situacion me hallo, y no ignoras cuanto perderia en mudar de amor. Asi es que observando á Foedora lo he hecho con desinterés, á sangre fria, y por consiguiente debo de haberla visto tal cual es en sí. Cuando me propuse presentarte en su casa, fué porque pensaba en tu fortuna, lo que quiere decir que debes andar con tiento y con cuidado. Mira que tiene una memoria atroz. Capaz es su astucia de desesperar un diplomático, y hasta de adivinar el momento en que no miente. Aquí, entre los dos, yo pienso que nunca ha sido casada. El embajador de Rusia se me echó á reir, una vez que le hablé de ella; no se visitan, y la saluda muy á la lijera, cuando la encuentra en paseo. Sin embargo es parte integrante de la sociedad de madama de F.... frecuenta las señoras de N..., de V... Lo que es en Francia, su reputacion es intacta. La mariscal de*** la mas pundonorosa de toda la compañía Bonapartista va con ella á pasar en su dominio la bella estacion. Muchos petimetres, y hasta el hijo de un par de Francia la han ofrecido un nombre en cam-

bio de la fortuna que tiene; á todos les ha boníticamente despachado. ; Quien sabe si su sensibilidad no comienza á despertarse mas que al título de conde! Y bien; ; no eres marqués?..... ; Pues, adelante si ella te gusta! Eso si que es *dar instrucciones*.

Esta última chanza me dió á entender que Rastiñac queria reir y aguzar al mismo tiempo mi curiosidad, de manera que al entrar en un patio adornado de flores, ya habia llegado mi pasion á su parosismo. Subiendo una vasta escalera entapizada donde ya me confundieron todas las suntuosidades del lujo ingles, se sobresaltó mi corazon, y me ruborizaba por ello, puesto que desmentia mi orijen, mis sentimientos, mi orgullo. En fin era tontamente paisano. Pero, salia del aposento que te he descrito, despues de tres años de pobreza, no sabiendo aun elevar sobre las frioleras de la vida aquellos tesoros cuya adquisicion no hace bajar la frente; aquellos fondos intelectuales que hacen súbitamente rico al poseor, cuando cae el poder entre sus manos; sin abatirle, porque el estudio le ha formado anticipadamente una alma de buen temple para luchar briosamente en los políticos combates.

XXII.

Ví una mujer de veintidos años, de mediana estatura, vestida de blanco, rodeada de un círculo de hombres, muellemente sentada en un sofá, con un abanico de plumas en la mano.

Luego que vió entrar á Rastiñac, se levantó, vino á recibirnos, y sonriendo con mucha gracia me hizo una cortesía, estudiada sin duda, con voz singularmente melodiosa. El amigo Rastiñac me habia anunciado como un hombre de talento, de modo que, gracias á la astucia y ecsajeracion gascona que le distinguen, quedé favorablemente recibido. Fué el blanco de una atencion tan jeneral que casi me ateraba; pero afortunadamente Rastiñac habia hablado

de mi extrema modestia. En cuanto á lo que me habia dicho mi amigo sobre la concurrencia, no me engaño; alli encontré sabios, doctos literatos, antiguos ministros, pares de Francia.

Poco despues de mi llegada, siguió de nuevo su rumbo la tertulia, y sintiendo que tenia una reputacion que salvar, esforcéme cuanto me fué posible en cobrar ánimo; despues traté, sin abusar de la palabra cuando la urbanidad lo permitia, de resumir las discusiones por medio de palabras mas ó menos incisivas, ya agudas, ya profundas. Produje efectivamente cierta sensacion, y Rastiñac fué profeta acaso por la primera vez de su vida.

Cuando la reunion hubo llegado al punto en que por la mucha concurrencia puede cada uno volver á encontrar su libertad, dióme mi introductor el brazo, y echamos á pasear por aquellos aposentos.

—Mira que no dejes traslucir ningun jénero de admiracion por la princesa, me dijo; porque podria muy bien adivinar la causa de tu visita...

Estaban amueblados los salones con esquisito gusto. En ellos vi cuadros de mérito. Tenia cada pieza su carácter particular, como en las casas de los ingleses mas opulentos; y entonces, los cortinajes de seda, los bordados, la forma de los muebles, la menor decoracion, todo se armonizaba con mi pensamiento dominante. De manera, que en un gabinete gótico cuyas puertas estaban ocultas por cortinas de ta-

piceria, eran tambien góticos los dibujos del tapiz, las circunvalaciones del ropaje, la péndula: la techumbre con esculpidas vigas construida presentaba á la vista cajones llenos de orijinalidad y de gracia, los enmaderamientos eran artísticamente bruñidos, y nada destruía el conjunto de tan lindo ornamento, ni siquiera las ventanas cuyos vidrios eran primorosamente coloreados.

Mas allá, quedé sorprendido al aspecto de un salon moderno, en el cual un artista eminente habia agotado la ciencia de nuestra sencillez tan hermosa, tan fresca, tan suave, ornamento sin pompa y sóbrio de dorados. Era el tal salon amoroso y poético como una balada alemana; verdadero recinto construido para una pasion de 1827, embalsamada por jarros llenos de flores raras, y contigua á ese salon vi una pieza dorada, en la cual renacia el gusto del tiempo de Luis XIV, el cual opuesto como es á nuestra actual pintura, producía un contraste extraño, pero muy agradable.

—; No dejarás de estar bien alojado!... dióme Rastiñac con una sonrisa lijeramente irónica. ; No es esto bien seductor? añadió sentándose al mismo tiempo.

Mas levantándose de repente, tomóme de la mano y condujome al cuarto en el cual dormía Fœdora; luego mostrándome debajo un dosel divino un lecho voluptuoso, oscuramente aclarado, verdadero lecho de una ninfa jóven unida con un jenio:

— ¿Pero no hay, exclamó en voz baja, desvergüenza, insolencia y coqueteria ilimitada en dejarnos contemplar ese trono del amor?...; No entregarse á nadie y permitir á todos que pongan aquí su papeleta!... Ah! si yo fuese libre, verías como viene esa mujer bien sojuzgada á llorar hasta la puerta de mi casa.

— ¿Con que pareces estar cierto de su virtud?

— Los profesores de galanteria mas atrevidos, los mas astutos se han estrellado con ella, hasta lo han confesado; la han sido fieles, la aman aun, y son amigos suyos á toda prueba... ¿Ese diablo de mujer no te parece un enigma?

Esas últimas palabras me embriagaron. Ya se habian despertado los celos, y temia por lo pasado. Estremeciéndome de esperanza, volví precipitadamente al salon en el cual habia dejado la condesa. Encontréla precisamente en el gabinete gótico. Detúvome con una sonrisa, hizome sentar á su lado, hablóme de mis trabajos y me pareció tomar por ellos un vivo interés, cuando la traducí mi sistema con chanzas negligentes en vez de ensalzar la importancia de mi descubrimiento en lenguaje de cátedra.

Díla mucho que reir, diciéndola que la voluntad humana era una fuerza material parecida al vapor, y que en el mundo moral, nada se resistia á esa potestad, cuando un hombre se acostumbraba á con-

centrárla, á aplicar la suma y dirigir constantemente sobre las demas almas la proyeccion de esa masa fluida ó de ese vapor; y que entonces todo podia modificarse por su accion relativamente al hombre, hasta algunas leyes de la naturaleza.

Hízome objeciones que me revelaron de su parte cierto tacto y alguna agudeza. Complacíme maliciosamente en darla razon por un instante para lisonjearla; pero destruia sus racionios de mujer, en dos palabras, ó torciendo su atencion sobre algun hecho cotidiano en nuestra vida, hecho bien que vulgar en apariencia, estaba en el fondo lleno de problemas insolubles para el verdadero sabio.

Con mis razones aguijoneé su curiosidad; hasta la hice meditar un momento cuando la hube dicho que nuestras ideas eran seres organizados, completos, que viven en un mundo invisible para nuestras miradas, pero influyendo sobre nuestros destinos, y le citaba por prueba los pensamientos de Descartes, de Napoleon, de Diderot, que habian conducido y conducian aun á todo un siglo.

De modo que tuve el honor de divertirla. Al separarnos, me convidó á visitarla. Segun la moda de córte me dió tarjetas.

Bien sea que yo tomase segun mi buena costumbre algunas fórmulas de ceremonia por palabras salidas del corazon, bien sea que ella me considerára destinado á tener en breve grande celebridad, ó

por fin que realmente quisiese acrecentar su compañía de doctos, me lisonjeé de haberla suficientemente gustado.

Llamando á mi valía todos los conocimientos fisiológicos y estudios anteriores sobre la naturaleza de las mujeres, consagré lo restante de la noche al mas detenido ecsámen de toda su persona y de sus procedimientos.

Solo y oculto en un ángulo de ventana, veíala ir y venir sentándose y hablando, ó llamando á un hombre; cuestionándole y apoyándose en un diutel de puerta para escucharle. En su porte reconocí un movimiento de tan seductor quebranto, una fluctuacion de vestido tan graciosa, escitaba deseos con tanta enerjía, que empecé desde entonces á ser muy incrédulo tocante á su virtud. Si en el dia Foedora desconocia el amor, debia á mi parecer haber sido muy apasionada en otro tiempo. Hasta en el modo de ponerse ante el interlocutor respiraba deleite. Si se sostenia sobre una chimenea, parecia un ángel prócsimo á caer ó á escaparse, continuando sin embargo en esa postura con los brazos voluptuosamente cruzados como si absorbiera las palabras escuchándolas benevolamente hasta con los ojos, y en todo esto ella toda escalaba el sentimiento. A mas de esto, sus labios encarnados y frescos esmaltaban su tez de viva blancura. Sus hermosos cabellos hacian resaltar el naranjado color de sus ojos mezcla-

dos de venas como una piedra de Florencia y cuya espresion parecia aumentar la suavidad de sus palabras. Estaba adornada su cintura con las gracias mas seductoras. Pero acaso una rival hubiera acusado sus cejas por demasiado pobladas, y reparado cierto plumon imperceptible que los contornos adornaban de su cara.

Finalmente en todo hallé la pasion imprimida; el amor escrito en sus párpados italianos, en sus hermosas espaldas dignas de la Vénus de Milon, en sus facciones, en su lábio superior algo saliente y lijeramente sombreado. Oh! cierto que habia una novela entera en aquella mujer!...

Verdad es que aquellas riquezas femeninas, aquel armonioso conjunto de líneas y las promesas hechas al amor leidas en tamaña estructura, eran temperadas por una reserva constante, por una modestia extraordinaria que con la espresion de toda su persona contrastaban. Necesaria era una observacion tan sagaz como la mia, para descubrir en aquella naturaleza las señales de un destino de lujuria. Para explicar con mayor claridad mi pensamiento, diré que podia dividirse en dos mujeres; la una residente solo en la cabeza no estendiéndose mas lejos su pasion; la otra residente en lo demás del cuerpo enteramente fria. Antes de parar los ojos en un hombre preparaba su mirada como si pasase en sí misma algun misterio; hubiérase dicho una convulsion;

aunque sus ojos eran siempre hermosos y brillantes. Por fin, ó mi ciencia era imperfecta, y no hay duda que me faltaban que descubrir muchos secretos del mundo moral, ó la condesa poseía una alma bella, cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban á su fisonomía aquel hechizo que nos avasalla, nos fascina; ascendiente de todo punto moral, y tanto mas poderoso, cuanto mas concuerda con las simpatías del deseo...

Salí pues embelesado de su casa, embriagado de su lujo, poderosamente conmovido en todo cuanto tenía mi corazón de noble, de bueno, de malo. Sintiéndome entonces tan penetrado, tan viviente, ec-saltado, creí comprender el aliciente que atraía á aquel sitio todos aquellos artistas, aquellos diplomáticos, aquellos hombres de poder y aquellos ajiotistas forrados de hoja de lata, ni mas ni menos que sus cajas. ¡ Probablemente iban allí á buscar á su lado aquella delirante emoción que hacia revibrar todas las fuerzas de mi ser, instigaba la sangre en la menor de mis venas, y picaba el mas pequeño nervio concentrándose en mi cerebro el estremecimiento todo! Yo decia para mí; si á todos los ha guardado, es que no se ha entregado á ninguno. Una mujer es coqueta solo cuando no ama...

Y luego dije á Rastiñac: tal vez habrá sido casada con algun viejo, ó la habrán vendido que viene á ser lo mismo, y el recuerdo de su primera

boda la inspirará horror para un nuevo enlace.....

Volvíme á pie desde el arrabal Saint-Honoré donde Fœdora vive. Entre su casa y la calle de los Cor-deros casi hay de pormedio todo Paris; sinembargo el camino me pareció corto, y eso que hacia frio. ¡ Emprender en el invierno la conquista de Fœdora, en un crudo invierno, cuando no tenia treinta francos en mi poder, cuando era tan grande la distancia que nos separaba!... Solo un jóven pobre y menesteroso puede hacerse cargo de lo que cuesta una pasión entre coches, guantes, vestidos, etc!... Y si el amor se conserva demasiado platónico, llega á ser ruinoso en demasía. Y efectivamente, hay estudiantes de leyes á los cuales es imposible acercarse á una pasión que viva en un primer piso!.. ¿Y como podía yo luchar, yo feble, delicado, sencillamente vestido, pálido y macilento como un artista convaleciente de una obra, con jóvenes bien adornados, lindos, robustos, capaces de desesperar al mas elegante, ricos, armados de cadenas y de impertinencias?...

— No hay remedio! ó *Fœdora*, ó *la muerte*! grité al pasar un puente. Fœdora, es la fortuna!

Y el hermoso retrete gótico y el salon á la Luis XIV pasaron ante mis ojos; y la veía, á ella á la condesa, con su vestido blanco, sus graciosas mangas y su porte seductor y su cintura tentadora.

Cuando llegué á mi desnudo albergue, frio, y mal peinado como peluca de naturalista, contemplaba

aun las imágenes del prodijioso lujo de Fœdora me rodeaban todavía, y mal consejero era el contraste por cierto. Ese origen y no otro deben tener los crímenes. Entonces maldecí jadeando de rabia mi decente y virtuosa miseria, mi fecunda manida en la cual sin embargo se habían agrupado tantas ideas... Pedí cuenta á Dios, al diablo, al estado social, á mi padre y al mundo entero, de mi destino, de mi destierro, de mi desgracia y acostéme hambriento, re-funfuñando imprecaciones infernales, pero con todo, bien resuelto á seducir la condesa. Aquel corazón de mujer era el último billete de lotería encargado de mi fortuna...

XXII.

Te dispensaré la molestia de oír la esplicacion de las primeras visitas que á Fœdora hice, para llegar prontamente al dráma, ó como tu dijiste. Al mismo tiempo que tentaba insinuarme en su alma, traté de hacerla una por parte del ingenio, valiéndome de su vanidad. A fin de ser amado íntegramente agoté mi talento para probarla que debía proceder con mas respeto de sí misma. Y nunca la dejé en estado de indiferencia, puesto que las mujeres quieren emociones á todo precio y con abundancia. Hubiese preferido encolerizarla, que no verla conmigo indiferente.

aun las imágenes del prodijioso lujo de Fœdora me rodeaban todavía, y mal consejero era el contraste por cierto. Ese origen y no otro deben tener los crímenes. Entonces maldecí jadeando de rabia mi decente y virtuosa miseria, mi fecunda manida en la cual sin embargo se habían agrupado tantas ideas... Pedí cuenta á Dios, al diablo, al estado social, á mi padre y al mundo entero, de mi destino, de mi destierro, de mi desgracia y acostéme hambriento, re-funfuñando imprecaciones infernales, pero con todo, bien resuelto á seducir la condesa. Aquel corazón de mujer era el último billete de lotería encargado de mi fortuna...

XXII.

Te dispensaré la molestia de oír la esplicacion de las primeras visitas que á Fœdora hice, para llegar prontamente al dráma, ó como tu dijiste. Al mismo tiempo que tentaba insinuarme en su alma, traté de hacerla una por parte del ingenio, valiéndome de su vanidad. A fin de ser amado íntegramente agoté mi talento para probarla que debía proceder con mas respeto de sí misma. Y nunca la dejé en estado de indiferencia, puesto que las mujeres quieren emociones á todo precio y con abundancia. Hubiese preferido encolerizarla, que no verla conmigo indiferente.

Al principio tomé algun ascendiente en su alma porque mi impertérrita voluntad estaba animada por el violento deseo de ser amado; pero en breve mi pasión fué real, acrecentóse y no fuí ya desde entonces dueño de mí mismo. Llegué á caer en la verdad del papel que me habia propuesto desempeñar, y tal es la naturaleza del amor, que la verdad causó mi ruina. Y me enamoré perdidamente.

No sabria decirte de fijo y menos podria patentizarte en que consiste lo que poética y familiarmente llamamos amor. Pero el pensamiento que súbitamente se desarrolló en mi doble naturaleza, en ninguna parte lo he visto pintado, ni en las elocuentes frases de J. J. Rousseau cuyo cuarto tal vez habitaba (1), ni en las frias concepciones de esos últimos siglos literarios, ni aun en los cuadros

(1) Esta es en efecto la posada en la cual vivió por algun tiempo J. J. Rousseau, y aqui fué donde conoció á su Teresa con la que de alli en adelante quedó tan intimamente unido, que á pesar de su tan sabida ineptitud é ignorancia, llenaba completamente el corazon del gran hombre, que vivía tan satisfecho con ella, como con *el mas radiante ingenio del mundo*. No obstante, la buena Teresa dejaria despues algun vacío, y por alli debió de entrarle al filósofo la violenta pasión que no se apagó mas en su vida. Observamos esto para indicar que si Rousseau no pudo alcanzar á la pintura del amor en su delirio como dice Rafael, dudamos que ningun hombre llegue jamás á esprimirlo; pues que cuando compuso sus mas encantadoras y sublimes pájinas estaba enamorado de madama de Houdetot con toda la violencia de que su imaginacion era

de la Italia... Algunas producciones de Rosini, la Madona de (1) Murillo, que el mariscal Soult trajo de España, las cartas de Lescombat, algunas palabras esparcidas en colecciones de anécdotas, y algunos pasajes de los sencillos fabulistas pudieron únicamente transportarme á las divinas rejiones de mi amor.

¡ Nada es capaz en los lenguajes humanos de esprimir el nervio, la inmensidad, la prontitud del sentimiento en el alma; tradúzcase del modo que se quiera el pensamiento, ya con colores, ya con mármoles, con palabras ó sonidos! Si! no hay duda; basta que sea arte, para ser mentira.

El amor pasa por infinitas transformaciones, antes de mezclarse para siempre en nuestra vida, y teñirla indeleblemente. El secreto de esa infusion imperceptible, se sustrae al análisis del artista. La pa-

susceptible, la cual él mismo declara ser portentosa, y sus escritos lo demuestran claramente. Algo debía de decir el inmortal autor de obras inmortales, cuando una noche su idolatrada que no correspondia ni de lejos á su amor, exclamó arrebatada por las palabras de Rousseau; no: jamás ningun mortal amó como vos.

(1) Significa madre del Salvador. En un artículo reciente. Mr. Julio Janin hablando de las satisfacciones que tiene el pillito de Paris, cuenta la de poder admirar al niño mendigo de Murillo como la mejor obra maestra del Luvre. Si es una satisfaccion para el pillito, no lo es á buen seguro para un español que ve las obras citadas y otras y otras donde no debieran estar.

sion verdadera se esprime por medio de gritos, de suspiros que fastidian al hombre frio. Si se lee un libro de amor, *Clarisa Harlowe* por ejemplo, para bramar con *Lovelace* debe uno estar enamorado... Es el amor un manantial puro, salido de su lecho de hierba, de flores, de arena, cambiando de aspecto el pais y la corriente, á cada ola que se sucede; y despues, va á parar en un océano inmensurable donde las almas incompletas no ven mas que monotonía, mientras que las grandes se abisman en contemplaciones infinitas... ¿Como atreverse á describir transitorias tintas del sentimiento, aquellas bagatelas que tienen tanto precio, aquellas palabras cuyo acento agota todos los tesoros del lenguaje, aquellas miradas mas fecundas en pensamientos, y mas bellas que poemas?... En cada una de las místicas escenas por medio de las cuales nos vamos insensiblemente enamorando de una mujer, hay un abismo capaz de sumerjir á todas las poesías humanas.

¿Y, como podriamos reproducir por medio de glosas, las vivas y misteriosas sensaciones del alma, cuando nos faltan palabras aun para pintar los misterios visibles de la hermosura? Oh! ¡Qué fascinaciones!... Cuantas horas he vivido nadando en éstasis inefable, ocupado en verla. Dichoso... ¿De qué dicha?... Lo ignoro.

En aquellos momentos, si estaba su semblante

inundado de luz, operábase en él cierto fenómeno que lo hacia resplandecer. El imperceptible plumon que cubre su tan delicado cutis, dibujaba suavemente los contornos con la misma gracia que todos podemos admirar en las lejanas líneas del horizonte cuando se pierden en el sol. Hubiérase dicho que el dia la acariciaba uniendose con ella, ó que de su radiante rostro se escapaba una luz mas viva que la luz misma.

Luego, pasando una sombra por tan suave cara, dábala un color que variaba las espresiones, cambiando sus tintas. Muchas veces parecia que acababa de pintarse un pensamiento en su frente de mármol; sus ojos parecian ruborizarse, los párpados vacilar, y todas sus facciones escitadas por una sonrisa, como olas se mecian; el intelijente coral de sus labios se animaba, se desplegaba y volvia á plegarse; y aun el reflejo de sus cabellos tiraba tonos morenos sobre sus frescas sienas. ¡Y bien! á cada uno de estos accidentes habia hablado. A cada matiz de hermosura, eran otras tantas fiestas para mis ojos, ó gracias desconocidas que á mi corazon se revelaban. En todas aquellas fases de su cara queria leer un sentimiento. Aquellos unidos discursos iban penetrando de alma en alma como penetra un sonido en el eco, prodigándome alegrías que bien que pasajeras me dejaban impresiones profundas... Causábase su voz un delirio tal, que apenas podia com-

primir. A buen seguro que no hubiese entonces sentido en la palma de la mano un carbon encendido mientras hubiera pasado por mi cabellera sus cosquillosos dedos.

Aquello pasaba ya de admiracion, de desvelo; era un hechizo, una fatalidad...

A veces, de regreso á mi manida, veia indistintamente á Foedora en su casa, y participaba como de su vida. Si ella sufría, se me comunicaba su pena, y la decia al dia siguiente:—Señora, ya sé que habeis sufrido. Cuantas veces vino en medio de la silenciosa noche, por la fuerza de mi éstasis evocada! Entonces, ya me aparecia de repente como una luz, que brota súbitamente, haciéndome dejar la pluma, y ahuyentando á la Ciencia y al Estudio á quienes abandonaba, irresistiblemente obligado á admirarla en la atractiva postura en la cual poco antes la viera; ya iba yo mismo á convidarla en el mudo de las apariciones, saludábala como una esperanza, pedíala que me dejara oír su voz platina, luego me despertaba... llorando.

Un dia, despues de haberme prometido que iríamos los dos al teatro, antojósele súbitamente no salir y me rogó que la dejara sola. Desesperado por una contradiccion que me costaba un dia de trabajo, ¿y lo diré? mi último escudo... fué donde ella debería haber ido, para ver la pieza que mi amante habia deseado. Apenas colocado, recibí como un

golpe eléctrico en mi corazon. Una voz interior me dijo:

— ¡Allí está!...

Vuélvome, y veo la condesa en el fondo de su palco, oculta en la sombra, en el entresuelo. Ah! no vacilaron mis ojos. Con la singular mirada que la dirijí, distinguíla con segura y casi fabulosa lucidez. Habia volado mi alma hácia su esfera, hácia su vida, como el dorado insecto vuela á su flor.— ¿Que aviso habrian tenido mis sentidos de su asistencia?—Hay algunos estremecimientos íntimos que bien pueden sorprender á las personas superficiales, sin embargo no son mas que efectos de nuestra naturaleza interior tan simples como los fenómenos habituales de nuestra vision exterior. Así es, que no me quedé pasmado, sino mohino. Los estudios que me habian revelado el imperio de la potestad moral, y cuyos fuegos desconocemos, servian cuando menos á hacerme encontrar en mi pasion algunas pruebas palpables, vivientes, de mi sistema.... Una tal alianza del docto y del enamorado, de una idolatría cordial y de un amor científico, tenia no sé que poesia estravagante. Muchas veces, la ciencia quedaba contenta de lo que desesperaba al amante, y el amante rechazaba bien lejos la ciencia, cuando pensaba triunfar.

Foedora tambien me vió, y entonces púsose seria. Mi vista la contenia, y por eso la incomodaba.

Sin embargo, fui á visitarla en el primer entreacto.— Estaba sola.— Y me quedé. Aunque nunca nos hubiesemos hablado de amor, ya presentí una esplicacion. Sin haberla comunicado mi secreto, ecsistia sin embargo entre los dos una especie de interpretacion recíproca. Confiábame sus proyectos de diversion, y preguntábame la vijilia con alguna inquietud amistosa, si vendria al dia siguiente. Consultábame con una mirada cuando decia alguna agudeza, como si hubiese querido agradarme esclusivamente. Si me enfadaba, me hacia caricias, de palabra no obstante, y si ella ponía mal jesto, tenia casi el derecho de preguntarla el porqué, y si yo habia cometido alguna falta, mucho tiempo se hacia de rogar antes que no me perdonára. Algun amor habia en aquellas travesurillas, y nos gustaban. Desplegaba ella tantas gracias y tanta coqueteria, y á mí me ocasionaban tanta felicidad!...

En el momento empero de la visita á su palco, hallóse suspendida nuestra intimidad, y quedámonos el uno cerca del otro como dos desconocidos. La condesa estaba friúsima, y yo debajo la amenaza de un gran infortunio.

¡Me acompañareis!... díjome al acabarse la funcion.

En eso, el tiempo habia mudado de repente, y cuando salimos, nevaba, y casi llovía. No pudiendo el coche de Foedora llegar hasta la puerta del

teatro, un pobre anciano estendió un paragua sobre nuestras cabezas, viendo á una señora bien vestida obligada á atravesar el baluarte. Luego que estuvimos dentro el coche, reclamó el precio de su favor.— ¡Yo no tenia nada!... Entonces hubiese vendido diez años de mi vida por dos sueldos... Todo cuanto constituye al hombre y sus vanidades se anonadó en mí por un dolor infernal.

Estas palabras:— No tengo sueldos amigo!.... fueron pronunciadas con tan severo tono que ya pareció que venia de mi pasion contrariada, pronunciadas por mí, que conocia tan bien la desgracia! por mí que poco antes habia dado siete cientos mil francos con tanta facilidad!

Rechazó al hombre el lacayo y hendieron el aire los caballos.

Foedora afectaba por el camino estar preocupada, y respondió con monosílabos á mis preguntas ó á mis observaciones. Luego guardé silencio.

— Fué aquel un horrible momento.— Al llegar á su casa, nos sentamos en derredor de la lumbre; y luego que el ayuda de cámara se hubo retirado, volviéndose la condesa hácia mí con espresion indefinible, me dijo con una especie de solemnidad:

Desde mi vuelta á Francia, mis bienes han tentado á algunos jóvenes. He recibido declaraciones de amor que hubieran podido satisfacer mi vanidad. Hasta he llegado á encontrar hombres cuyos afectos eran sín-

ceros, fecundos y que me hubiesen tomado por esposa, tal lo pienso por lo menos, aun cuando hubiese sido una jóven pobre como antes era. En una palabra, sabed, caballero de Valentin, que nuevas riquezas y nuevos títulos se me han ofrecido... Pero debo tambien deciros que nunca mas he vuelto á ver las personas bastante mal inspiradas por haberme hablado de amor. Si el afecto que os profesaba era superficial no os daria esta advertencia mas llena de amistad que de orgullo. Una mujer se espone á una cortesía á la inversa, cuando suponiéndose amada se rehusa de antemano á un sentimiento que siempre es lisonjero... Ya conozco que podriais hacerme sentir que donde las dan las toman; por lo tanto, ya me he familiarizado con las respuestas que puedo esperar en semejantes asuntos. Pero, no creo que un hombre superior como sois me acrimine por haberle dicho con franqueza lo que siento.

Y se esplicaba con la impasibilidad de un procurador, de un notario, descubriendo á sus clientes los medios de un proceso, ó los artículos de un contrato. El rico y seductor timbre de su voz no acusaba la menor emocion. Solo si, que su rostro y ademan siempre nobles y decentes, me parecieron tener una frialdad y constancia diplomáticas. Sin duda habia meditado aquellas palabras y hecho el programa de aquella escena. Oh! amigo mio, cuando ciertas mujeres se complacen en desgarrarnos

el corazon; cuando han determinado atravesarlo con un puñal, y volverlo repetidas veces á la llaga.... ¡Esas mujeres son adorables!... O aman ó quieren ser amadas. Algun dia nos recompensarán de los dolores que causaron... del mismo modo que Dios debe remunerar, segun se dice, nuestras buenas obras. Nos volverán en placeres el centuplo del mal cuya violencia han debido apreciar... Porque, en su dureza hay pasion. Pero, ser torturado por una mujer que nos hace sufrir, por una mujer que nos mata con indiferencia... Oh! es un suplicio mil veces atroz!... En aquel instanté, Foedora hollaba sin advertirlo todas mis esperanzas, quebraba mi vida y destruía mi porvenir, con la seca indiferencia y la inocente crueldad de un niño que desgarrá por curiosidad las alas de una mariposa.

— Mas tarde, añadió Foedora, confio en que reconocereis la solidez del afecto que ofrezco á mis amigos... Siempre me hallareis buena, y llena para ellos de desprendimiento... Sabria darles hasta mi vida, pero vos mismo me despreciaríais, si permitiera que me amaran sin corresponder con mi parte de amor... ¡Ya concluyo!... Aun sois el único hombre á quien he dicho esas últimas palabras.

A la primera impresion me faltaron voces y costóme comprimir el uracán que en mi cuerpo se iba alzando; pero retirando en breve mis sensaciones al fondo del alma, empecé á sonreír.

—Si os declaro que os amo, respondí, me cerrareis la puerta; si me acuso de indiferencia me castigareis tambien; porque sacerdotes, majistrados y mujeres jamás llegan á olvidar enteramente su papel: y siendo así que el silencio en este punto nada deja traslucir, no lleveis á mal, señora, que tenga á bien el callar. Para haberme dirijido tan fraternales advertencias, preciso es que hayais temido perder mi compañía, y esto solo podria bastar para la satisfaccion de mi orgullo... Pero dejemos personalidades á un lado. Acaso sois la única mujer con la cual pueda discutir, en verdadero filósofo, una resolucion á las leyes de la naturaleza tan contraria. Lo cierto es que relativamente á los demás individuos de vuestro sexo, sois un fenómeno bien singular. ¡Ahora bien! investiguemos aquí los dos de buena fé la causa de esta anomalía psicológica.

¿Teneis acaso como otras mujeres, pagadas de sí mismas y enamoradas de sus perfecciones, un sentimiento de refinado egoísmo que os impida transijir con la idea de pertenecer á un hombre, de abdicar vuestra voluntad y estar sujeta á una superioridad de convencion que aborreceis?... ¡En este caso no parecerais mil veces mas hermosa!... ó ¿fuisteis ya víctima alguna vez del amor?

Quizá no quereis perder la soltura de vuestro gracioso talle, esponiendoos á los cuidados de la maternidad!... Bien podria ser esta una de vuestras

secretas razones para rehusar el ser querida con sobrado ardor...

¿Teneis imperfecciones que os hagan virtuosa á pesar vuestro? No lleveis á mal palabras tales. Ahora ecsamino, estudio, y estoy á mil leguas de la pasion. Bien hace la naturaleza ciegos de nacimiento, ¿porque no podria crear mujeres sordas, mudas y ciegas en amor?... Sois á fé mia un precioso asunto para la observacion médica. ¡Que poco que sabeis el precio de vos misma!...

Posible es que tengais un muy lejítimo disgusto para los hombres, y lo apruebo, de modo que todos me parecen feos y odiosos.

Mas, teneis razon, añadí sintiendo que mi corazon se iba mas y mas inflamando: bien hacéis en despreciarnos, ¡no hay ningun hombre que sea digno de vos!... Estos y muchos mas fueron los sarcasmos que la tiré, pero siempre sonriendo... ¡Y bien! la palabra mas lancinante, la mas aguda ironía no bastaron para arrancarla un solo movimiento, un solo jesto de despecho. Me escuchaba, guardando siempre en los labios y ojos su sonrisa habitual, aquella sonrisa que tomaba cual otro vestido siempre igual para sus amigos, conocidos y estraños.

—¿No debo de ser bien bondadosa para dejarme colocar de este modo sobre un anfiteatro? opuso Fœdora, aprovechando un instante en el cual yo la miraba fijamente y en silencio.

— ¡Eso puede daros á entender, continuó riéndose que no soy muy irritable en amistad! Las mas de las mujeres castigarían vuestra imprudencia haciéndoos cerrar la puerta.

— Dueña sois de desterrarme de vuestra casa sin estar siquiera obligada á manifestar las razones de vuestra severidad...

Pero pronunciando estas palabras, me sentía con ánimo de matarla, dado caso que me hubiese despedido.

— ¡Estais loco!... exclamó, siempre con su maldita sonrisa.

¿Que nunca habeis meditado, repúse, sobre los efectos de un amor violento? Mas de un hombre desesperado ha llegado á asesinar á su querida.

— ¡Mas vale ser muerta que infeliz! respondió friamente. Un hombre de tan calientes pasiones, debe un dia ú otro abandonar á su mujer y dejarla en la miseria, despues de haber malgastado su fortuna...

Una tal aritmética me trastornó. Desde entonces entreví con evidencia un abismo entre mí y la condesa. Con su modo de mirar las cosas, nunca podíamos aunarnos.

— Adios, la dije con frialdad.

— Adios, respondió inclinando la cabeza con aire familiar. Hasta mañana.

Miréla aun por un instante, tirándola como con

un arco todo el amor á que renunciaba. Y ella se estaba en pié, enviándome la sempiterna sonrisa de una estatua de mármol, seca y cortés, que bien parece esprimir amor, pero amor frio.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya podrás concebir, Emilio mio, todos los dolores que me lastimaron al volver á mi casa, por una noche lluviosa, andando sobre el cieno de los muelles, por espacio de una legua, y habiéndolo perdido todo. Oh! ¡Pensar que ella no imaginaba ni de lejos la miseria mia, y que me creyera rico, y como ella blandamente mecido en un coche... ¡Qué de ruinas y decepciones! Ah! ¡ya no se trataba ahora de dinero, pero de todas las fortunas de mi alma!...

Andaba maquinalmente, á la ventura, discutiendo en mi mismo las palabras de aquella conversa-

XXIV.

ción para mí desgarradora, y de tal manera me estraviaba por entre mil comentarios, que concluía con dudar hasta del valor nominal de las palabras é ideas!... Y sin embargo amaba siempre aquella mujer fría cuyo corazón quería ser conquistado á cada intervalo de tiempo, en el cual borrándose las promesas de la víspera, aparecía al siguiente día como si fuese una querida toda nueva.

Al revolver por debajo los portillos del Instituto, apoderóse de mí una tempestuosa calentura. Acordéme entonces que estaba en ayunas; pero no tenía un maravedí. Por sobrecúmulo de desdicha estropeábame la lluvia el sombrero, lo destruía... ¡Como podría de allí en adelante abordar una mujer elegante y presentarme en un salón sin un sombrero corriente!...

Merced á una extrema vijilancia, aunque sin dejar de maldecir la moda bestial que nos condena á mostrar la copa de los sombreros con guardarlos en la mano constantemente, había logrado conservar el mío en un estado indeciso. Sin estar curiosamente nuevo ó patéticamente viejo, ni desprovisto de barba ni sedoso, podía pasar por un sombrero problemático; podía conocerse si, que era sombrero de un hombre cuidadoso; pero llegaba ya su existencia artificial al último período: estaba herido, cicatrizado, decrepito; verdadero guiñapo digno representante de su amo...

En fin, á falta de dinero para entrar en algún fiacre, perdía los últimos vestidos.

Ah! ¡si te contaba los sacrificios que había hecho á Fœdora por espacio de tres meses! Consagrar todo el dinero que necesitaba para el pan de una semana, al suplicio de verla un instante; abandonar mi tarea y no comer.— ¡Eso no era nada!...— Pero, atravesar las calles de París sin dejarse salpicar, correr para evitar los estragos de la lluvia, llegar á la reunión tan elegante como los petimétres que la rodeaban... Ya puedes figurarte cuan difícil era todo eso para un poeta enamorado y naturalmente distraído... ¡Pensar que mi felicidad, mi amor, dependía de una manchita de lodo en mi chaleco blanco!.. Tener que renunciar á mi supremo bien si me ensuciaba, ó si me mojaba... Ni siquiera tener un real para hacerme limpiar las botas en caso urgente... Todos esos sacrificios insignificantes, si bien que inmensos para un hombre irritable, habían acrecentado mi martirio.

Tienen los infelices ciertos desprendimientos de los cuales ni aun pueden hablar á las mujeres que viven en una esfera de lujo y de elegancia. No parece sino que vean el mundo al través de un prisma que tiñe en oro á hombres y á cosas. Optimistas por egoísmo y crueles por buen tono, se escimen de reflexionar en nombre de sus goces, y por la seducción del placer se absuelven de su indiferencia para

con la desgracia. Para tales mujeres un sueldo nunca es un millon, al contrario es un millon que las parece un sueldo... Si debe el amor pleitear su causa por medio de grandes sacrificios, tambien debe saber cubrirlos con delicado velo, sepultarlos en el silencio; pero á lo menos prodigando su fortuna, su vida, consagrándose á su culto, los hombres ricos aprovechan de las preocupaciones mundanas que siempre dan algun brillo á sus amorosas locuras: entonces el silencio habla por ellos, y el velo sirve de gracia; mientras que mi horrible necesidad me condenaba á torturas tremendas sin que tuviera derecho de decir: — ¡Amo! — ó — ¡Me muero!

Pero, quizas si bien se calcula, todo aquel martirio no era un desprendimiento bien puro!... ¿Qué no era ricamente recompensado por el placer de sacrificarlo todo por ella?... La condesa habia dado un precio infinito, y sembrado goces escesivos en los mas vulgares accidentes de mi vida. Neglijente poco antes en cuanto al vestir, respetaba ahora mi vestido como á otro yo mismo. Ya puedes estar seguro que le amaba. Entre una herida á recibir y un rasgon de mi fraque, no hubiese vacilado, ¡no!...

Injierete pues ahora en mi situacion, y mira si puedes comprender las iras de mis pensamientos, el creciente frenesí que me devoraba, al venir de casa de mi tormento, animado aun por la marcha. Hasta llegué á pensar, que mi suerte debia mejorar-

se: tan fatal y culminante era la crisis que todo mi ser despedazaba; pero el mal tiene en su seno tesoros inagotables!...

La puerta de mi posada estaba entreabierta, y ví en la calle el reflejo de una luz, que pasaba al traves de las aberturas hechas en los postigos en forma de corazon. Es que Paulina y su madre estaban aguardándome en la sala. Oí pronunciar mi nombre, y escuché.

— ¡El señor Rafael, decia Paulina, es muy diferente del estudiante que tenemos en el número siete!... ¡Sus blondos cabellos son de tan lindo color! ¿Qué no encuentras algo madre mia en su voz? — No sé como decirlo, algo que remueve el corazon... Y á mas aunque tenga el aire asi arrogante, es tan bueno, sus modales son tan distinguidos. — Vamos, que no puede ser mas bien parecido... Cierta estoy de que todas las mujeres deben estar locas por él...

— Tu hablas, hija mia, del señor Rafael, repuso madama Gaudin, como si le amases.

— Oh! le amo como á un hermano... respondió con dulzura. ¡Muy ingrata debria de ser para no quererle de corazon!... Que, ¿no ves que me ha enseñado la música, el dibujo, la gramática... finalmente, que me ha enseñado todo cuanto sé?... Parece, mi buena madre, que no atiendes mucho á mis adelantos; pero mira, voy haciéndome muy instruida... De aqui á poco ya sabre lo suficiente para

dar lecciones; y entonces, podremos tener una criada.

Retiréme poco á poco; y luego, despues de haber hecho algun ruido, entré para tomar la lámpara para la cual quiso Paulina encender. Acababa la pobre niña de tirar un delicioso bálsamo sobre mis llagas. Aquel sincero elojio de mi persona me infundió valor. Necesidad tenia de creer en mi mismo y recojer por fin un imparcial juicio tocante al verdadero valor de mis cualidades.

Reanimadas de ese modo mis esperanzas, refléjaronse quiza sobre las cosas que á la sazón me rodeaban. Quizá tambien nunca habia ecsaminado con la debida seriedad, la escena muy á menudo á mi inspeccion ofrecida por aquellas dos mujeres en medio de aquella sala; pero entonces, admiré en su justa realidad, el cuadro delicioso de aquella modesta y tierna naturaleza, tan candorosamente reproducida por los pintores flamencos.

Sentada la madre en un ángulo del hogar medio apagado, hacía calceta, y dejaba errar en sus labios una buena sonrisa. Paulina coloreaba abanicos de chimenea. Sus colores y pinceles, en una mesita colocados hablaban á los ojos por efectos chocantes. Y como estaba en pie, encendiendo mi lámpara, recibia su blanco semblante toda la luz que despidiera. Ah! preciso era estar dominado por una pasión bien infernal, para no admirar aquellas manos transparentes

y rosadas, su virjinal ademan, y su poética cabeza. A mas, la noche y el silencio comunicaban su hechizo á aquella velada, á aquel apacible interior. Bien habia resignacion en aquellas taréas, pero una resignacion relijiosa y llena de sentimientos elevados. Por fin, allí ecsistia entre objetos y personas una armonía indefinible.

En casa de Foedora el lujo era seco; y despertábame malas ideas; mas, allí, aquella pobreza humilde, aquel esquisito natural me refrescaba el alma. Tambien podia esto depender de que ante del lujo me hallaba humillado; y junto á aquellas dos mujeres, en medio de aquella sala dentro la cual la vida simplificada parecia refugiarse en las emociones del corazón, quizá me reconciliaba con mi mismo, hallando con que ejercer la proteccion, cuyo prurito tanto corroe al hombre en todas las edades de la vida.

Cuando estuve bien cerca de Paulina, miróme con mirada casi asombradora, y exclamó temblorosa, dejando vivamente la lámpara.

— ¡Jesus! cuan pálido estais... Ay! ¡si está calado de agua!... ¡Aguardad; que mi madre vá á enjugaros!... ¡Señor Rafael!..... repuso, despues de una breve pausa, la leche os gusta... Esta noche hemos tenido crema... Ya vereis... ¿Quereis catarla?

Y saltó como un cabritillo sobre un pucherito de porcelana lleno de leche; presentómelo tan vivamen-

te, púsomelo debajo la nariz con tan gentil donaire que titubeé.

—¿Acaso me rehusareis? dijo con voz alterada.

El amor propio de entrambos se comprendió: parecía que Paulina sufriese de su pobreza, y me reprochára mi orgullo. Me enternecí. Quizas aquella crema era su almuerzo de mañana. Sin embargo acepté. Hizo la pobre niña cuanto le fué posible para ocultar su alegría, pero sus ojos despedían centellas de placer.

—¡ Me ha hecho bien !... la dije sentándome ; la necesitaba...

Y entonces una espresion cuidadosa me pasó por la frente.

—¿ Os acordais , Paulina , de aquel pasaje en el cual Bossuet pinta á Dios recompensando un vaso de agua mas ricamente que una victoria ?

— Si... dijo ella.

Y latía su seno como el de una jóven silvia , estrechada entre las manos de algun niño.

— ¡ Pues bien ! Como debemos separarnos en breve , añadí con voz no muy asegurada , permitid que os testifique el reconocimiento que os debo por tantos cuidados que de mí habeis tenido vos y vuestra madre.

— Oh ! No contemos , no... dijo como sonriendo ; pero encerraba su sonrisa una espresion que me desgarró el alma.

— Mi piano , repuse como si ella no hubiese interrumpido , es uno de los mejores instrumentos de Erard... aceptadlo... ya podeis tomarlo sin escrúpulo... Tampoco podria llevármelo en ese viaje que quiero hacer...

Avisadas por el acento de melancolía con el cual pronuncié esas últimas palabras , me comprendieron en alguna manera , y me miraron con una curiosidad mezclada de espanto. El afecto que por las frias rejiones del gran mundo buscaba , estaba allí , verdadero , sin fasto , bien profundo y duradero.

No os deis tantas inquietudes ; me dijo la madre. Bah ! ; quedáos aquí !... El corazon me dice , que á estas horas mi marido está de vuelta. Esta noche , hé leído el evangelio de san Juan , teniendo Paulina suspendida entre sus dedos á nuestra llave atada á la Biblia , y la llave ha dado una vuelta..... Esto anuncia que Gaudin está bueno y prospera... Paulina ha hecho lo mismo para vos , y para el jóven del numero siete ; pero la llave no ha rodado mas que para vos. ; Perded cuidado , todos seremos ricos ! Gaudin volverá millonario. Víle la otra noche en un ensueño dentro un barco lleno de serpientes ; pero por fortuna , estaba turbia el agua , lo que significa oro y pedrerias de ultramar...

Esas palabras amistosas y vacías , semejantes á las vagas canciones con las cuales acalla una madre los dolores de su criatura , me volvieron cierta quie-

tud. En el acento, y la mirada de la buena mujer, habia aquella dulce cordialidad que bien que no borra pesadumbres; las calma, las mece, las embota.

Paulina, mucho mas perspicaz que su madre, me ecsaminaba con inquietud, y parecia que sus ojos inteligentes debian adivinar mi porvenir. Di gracias por una inclinacion de cabeza á la madre y á la hija; y luego me fuí al cuarto, por temor de enternecerme demasiado.

Luego que me hallé solo, debajo mi techo, acostéme en mi desgracia. Mi fatal imaginacion me dibujó mil proyectos sin base, me dictó resoluciones imposibles. Cuando un hombre se arrastra por los escombros de su fortuna, aun encuentra algunos recursos; pero yo, me hallaba dentro la nada... Ah! ¡amigo mio! acusamos sobrado facilmente á la miseria... Es el mas activo de todos los disolventes. Donde se halla la miseria, á fuera pudor, á fuera idea de virtud ni de crimen, á fuera voluntad libre.... Hallábame sin ideas y sin fuerza, como una doncella arrodillada delante un tigre. ¡Un hombre sin pasion y sin dinero queda á lo menos dueño de su persona, pero un desgraciado que ama ya no se pertenece mas! Ni aun puede matarse. El amor nos infunde cierto culto para con nosotros mismos; y es que respetándonos, respetamos otra vida. ¡Esta es la mas horrible de todas las desgracias; la

desgracia con una esperanza, una esperanza que hace aceptar tantas torturas!

Me dormí con la idea de ir la mañana siguiente á confiar á Rastiñac la singular determinacion de Fœdora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXV.

— Ah! ah! me dijo Rastiñac viéndome entrar en su casa á las nueve de la mañana. Ya doy en el caso de tu temprana visita. Es que Fœdora te habrá dado pasaporte. Debes de saber, amigo, que algunas buenas almas de la familia murmurativa, desesperadas por el imperio que sobre la condesa ejercias, han anunciado vuestro enlace. ¡Dios sabe las locuras que te han atribuido tus rivales, y las calumnias de que has sido objeto!

— ¡Entonces todo queda corriente!... exclamé. ¡Y en aquel momento, recordando todas las impertinencias mias, hallé que la condesa era realmente un ser sublime!... A mi modo de pensar yo era un in-

fame y aun decia en la efusion de mi alma: cuanto he sufrido es nada comparado con las faltas que he cometido...

— ¡No vayas tan aprisa!... dijo el prudente Gascon. Mira que Foedora posée la penetracion natural á las mujeres profundamente egoistas. Sin duda que te habrá juzgado, y conocido en el tiempo en que tu no veías aun en ella mas que su lujo y su riqueza. — A pesar de tu ciencia, habrá leído en tu alma. Es disimulada lo bastante por llegar al punto de descubrir todas las disimulaciones.

— Creo que te habré encaminado mal... Con toda la finura de sus palabras y maneras, esta criaturilla me parece imperiosa como todas las mujeres; y que no tiene mas placer que en la cabeza. La felicidad para ella consiste únicamente en el bienestar de la vida, en los goces sociales; y en ella el sentimiento que ves no es mas que exterior, es un papel que vá jugando. Tengo para mí, que te volveria desgraciado, y que te habria de hacer su mas humilde lacayo...

Pero, Rastiñac hablaba á un sordo. Interrumpile manifestándole con aparente alegría mi situacion financiera.

— Anoche, me respondió, una vena contraria me sopló todo el dinero. Sin este vulgar infortunio, de muy buena gana hubiésemos partido fraternalmente mi bolsa.

— Mas, vamos á almorzar á la fonda; las ostras nos darán algun consejo.

Se vistió, mandó aparejar su carretela; en seguida, semejantes á dos milionarios, llegamos al café de Paris con la impertinencia de aquellos atrevidos especuladores que viven sobre capitales imaginarios. Aquel diablo de Gascon me confundia con la soltura de sus maneras, y con su serenidad imperturbable.

Cuando estábamos tomando café, despues de un refrijerio delicado y muy bien entendido, Rastiñac quien distribuia sendas cabezadas á una muchedumbre de jóvenes igualmente recomendables por las gracias de sus personas y elegancia de sus vestidos, me dijo, viendo entrar á uno de aquellos *petimetres*.

Ola! ¡precisamente aquí tenemos lo que te conviene!... Hizo seña á un jentilhombre en toda regla, el cual pareció buscar una mesa que le acomodase.

— Este mozalvete, me dijo Rastiñac al oido, es condecorado por haber publicado obras que ni siquiera entiende... ¡Es químico, historiador, romanero, publicista, tiene cuartos, tercios, mitades en no sé cuantas piezas de teatro, y es ignorante como la mula de don Miguel!... No pienses que sea un hombre; es un apellido, una etiqueta familiar al público. Así es que se guardaria muy bien de entrar en aquellos gabinetes en los cuales se lee esta inscripcion: *Aquí puede escribir uno mismo*. Pero tiene astucia bastante para engañar á un congreso. Y final-

mente, por lo que toca á la moral es mestizo: ni enteramente honrado, ni completamente pillo. Pero, chit... ya ha tenido un desafio... Esta es una cualidad que hace olvidar lo demas, y el público dice de él: *es un hombre de honor.*

Ola! mi excelente amigo, mi nobilísimo amigo, ¿como se halla vuestra inteligencia? le dijo Rastiñac, al sentarse el desconocido en la vecina mesa.

— Pero ni bien ni mal... ¡Estoy cargado de trabajos!... Tengo entre manos todos los materiales necesarios para hacer unas memorias históricas, muy curiosas, y no sé á quien atribuir las. Esto me atormenta un poco, porque verdaderamente las memorias históricas empiezan á decaer...

— ¿Son memorias contemporáneas, antiguas, sobre la corte, ó qué?

— Sobre el asunto del collar de la reina...

— ¿Que te parece? me dijo Rastiñac sonriendo.

Y tornándose luego hácia el especulador:

— El señor de Valentin, repuso designándome, es uno de mis amigos, que tengo el honor de presentaros como á una de las futuras celebridades literarias mas eminentes. No es eso todo, sino que ha tenido una tia en palacio y marquesa además; y hace ya dos años que mi amigo está componiendo una historia realista de la revolucion... Y acercándose mas al singular negociante, le dijo en voz baja:

— Es un hombre de talento, pero un necio...

Puede arreglaros las memorias que teneis en nombre de su tia á tres cientos francos cada tomo.

— ¡El asunto me cuadra! respondió el otro alzando su corbata. ¡Mozo, vaya! ¡y mis ostras!...

— Si, pero me dareis veinticinco luises de comision, y pagareis un tomo adelantado, repuso Rastiñac.

— No, no. Adelantaré solamente ciento y cincuenta francos á fin de tener con mas prontitud *mi* manuscrito...

Rastiñac me repitió disimuladamente aquella conversacion; y sin pedirme pareceres:

Ya estamos entendidos, le observó.

— ¿Y cuando podremos venir para terminar el negocio?

— ¡Y bien! mañana, á las siete de la tarde, venid á cenar aquí...

En esto, nos levantamos; tiró Rastiñac algunos sueldos al mozo, puso la lista de pago en su bolsillo y salimos. Quedaba cada vez mas estupefacto de la lijereza é indiferencia con que habia vendido á mi respetable tia, la marquesa de Monbauron.

Prefiero embarcarme para el Brasil, y enseñar allí el álgebra á los indianos, antes de marchitar el nombre de mi familia.

Rastiñac me interrumpió con una buena carcajada.

— ¡Vaya, que eres muy torpe! toma los ciento y cincuenta francos y arregla las memorias. Despues cuando estén concluidas te rehusarás á firmarlas con

el nombre de tu tia. — Imbécil!... madama de Monbauron, muerta en el cadalso, sus armarios, su consideracion, su hermosura, su lujo, con sus mulas y todo, bien vale mas de seiscientos francos...; Y si entonces el librero no quiere pagar tu tia en todo cuanto vale, que vaya á buscar algun antiguo caballero de San-Luis ó alguna arrinconada condesa para que se las firmen!

— Oh! exclamé, porque me cansé de habitar mi pobre manida... El mundo tiene un reverso, bien hediondamente innoble...

— Eso es, respondió Raстиnac, vienes ahora con poesías, y se trata de negocios. Eres un niño! Por lo que toca á las memorias, ya las juzgará el público. En cuanto á mí hombre de libros, ¿qué no habrá pagado bien caras por experimentos crueles, las relaciones que tiene ocho años há con impresores? ; Dividiendo con él y desigualmente el trabajo de las memorias, no es para tí mucho mas bella la parte que te toca! veinticinco luses son para tí mayor suma que mil francos para él. — Bien puedes escribir memorias históricas, que serán indisputablemente lo mejor que pueda verse, atendido que Diderot hizo seis sermones por cien francos.

— Vamos pues le dije, es necesario resignarse. Por tanto, mi buen amigo, te debo mil agradecimientos. Veinticinco luses me volverán muy rico.

— Y mucho mas rico de lo que piensas. ; Te parece

que cuando le he pedido una comision, le he pedido mas que para tí?

Aquí le apreté la mano.

— Vamos al Bois de Boulogne, d^o veremos á tu condesa; y luego te mostraré una audita con la que me caso: una mujer bonita, de Alsacia, algo gordita. Lee Kant, Schiller, Jr^o Pablo, y una infinidad de libros hidráulicos¹). Tiene la manía de pedirme siempre mi par^{te}; y para contentarla tengo que hacer como q^u comprendiera toda aquella sensibleria alemana²; y atarearme con un monton de baladas! Todavía he podido desacostumbrarla de su entusiasmo verario. Con la lectura de Goëthe llora á raudales, entonces véome obligado á llorar un poquito, por complacencia. ; Veinticinco mil libras de renta amigo mio, y el mas pulido pié y la mano mas juda de la tierra! Sino fuera algo zalamera en pronunciar ciertas palabras seria una... no habria más que pedir.

Vine á la condesa. Brillante estaba en un equipaje brillante; y saludónos muy afectuosamente la coqueta, tirándome una sonrisa que entonces me pareció divina y llena de amor.

(1) Este adjetivo es indisputablemente característico para calificar los libros sentimentales, y Balzac como ya lo habrá observado el lector abunda en ese jénero de palabras que á la par que nuevas son muy significativas.

Ah! ¡cuan feliz era en aquel instante!... Me creía amado; tenía dinero, y tesoros de pasión; fuera miseria... Lijero, alegre, contento de todo, ví á la querida de mi amigo, y me pareció bella; porque los árboles, el aire y la naturaleza toda, me repetían la sonrisa de Fœdora.

Al volver de los Campos Eliseos fuimos á casa del sombrerero y del sastre de Rastiñac; de manera que mi traje me permitiría dejar el miserable estado de paz, para pasar á un formidable estado de guerra. De aquí en adelante ya podía luchar sin temor con los jóvenes que tobellineaban al rededor de Fœdora.

Volvíme á la posada, enceriéme en el cuarto, estando cerca de la ventana con tranquilidad aparente, sin dejar de dirigir eternas despedidas á los tejados, viviendo en el porvenir, dramatizando mi vida, negociando con el amor y sus placeres... Ay! ¡cuan borrascosa puede llegar á ser una existencia entre las cuatro paredes de una manida!... El alma humana es una hechicera. Transmuta una paja en diamantes, y debajo su varita brotan los palacios encantados como las flores de los campos bajo las calientes inspiraciones del sol.....

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LA PIEL
DE ZAPA.



NUEV
LIOTEC